

LA IGLESIA EN LA ACTUALIDAD

Evangelización y Sacramentalización. Sebastián Mier, S. J.	5
Tópicos Eclesiales. Renuncia de un Obispo Joven. Teólogos Profesionales. Alfonso Castillo, S. J.	7
El Caso de Colima. Una Reflexión Eclesial. Enrique Maza, S. J.	10

LA IGLESIA EN SU REALIDAD SOCIAL

Promoción Humana y Conversión. Xavier Cuenca, S. J.	18
--	----

CUADERNO: IGLESIA Y MISIONES

La Aplicabilidad Apostólica del "Ad Gentes" a las "Situaciones Misioneras" de América Latina y de Nuestro Mundo Indígena de México. Alberto Gutiérrez Formoso, S. J.	25
La Actividad Misionera: Un Diálogo Intercultural. Jesús Ricardo Robles, S. J.	27
Mitos Etnicos y Mitos de la Iglesia. Dr. Luis González R.	32
Mensaje del Papa para la Jornada Mundial de las Misiones	36

¿Las Misiones Violentan la Libertad Religiosa? Jesús Pavlo Tenorio	39
---	----

PREDICACION

Del Domingo XXX Durante el Año al Domingo XXXII Durante el Año. Roberto Garza Evia, S. J.	41
--	----

DOCUMENTOS

La Liturgia de las Horas en Castellano	43
Liturgia de las Horas	45
Nuevo Obispo de Zacatecas	48

COLABORACIONES

¿La Liturgia Actual Opio o Concientización? Dr. Fernando Torre López	50
El Obispo Cabeza y Guía del Prebiterio. P. Rafael Figueroa.	55
Reflexiones en Torno a la Urgencia del Proceso de Evangelización. José Melgoza Osorio	58

Intención General: "Que los esposos cristianos llenen cada vez más prácticamente su propia vocación en el Cuerpo de Cristo". Intención Misional: "Que los fieles en las misiones reconozcan como deber principal, dar testimonio de Cristo en su vida y de palabra".

CHRISTUS — Revista Mensual de Teología.

Año 37 No. 443 1o. de Octubre de 1972.

Director: Enrique Maza

Consejo de Redacción: Sebastián Mier, Jorge Alonso, Javier Jiménez Limón, Alfonso Castillo, Luis Fernández Godard, Humberto Ochoa

S. Luis Morfin L.

Equipo de Trabajo: Luis García Orso, Eduardo Montagne, Pedro de Velasco, Jesús Pavlo Tenorio, Fermín Santa María, Ana Santamaria.

Colaboradores Fijos: Alvaro Quiroz, Luis M. Narro.

Órgano Oficial de las Diócesis de Acapulco, Cd. Juárez, Cd. Obregón, Cd. Valles, Cuernavaca, Huejutla, Jalapa (Guatemala), Papantla, Mérida, Tabasco, Vicariato Apostólico de la Tarahumara.—Registrada como artículo de 2ª Clase en la Administración de Correos N° 1 de México, D. F., 3 de enero de 1963. Registro de propiedad intelectual en la S. E. P. N° 70534 el 15 de diciembre de 1950.—Con aprobación Eclesiástica.—Suscripción anual: \$ 60.00 - Dis. 5.00 Número suelto \$ 6.00 - Dis. 0.60. Obra Nacional de la Buena Prensa, A. C. Donceles 99-A. Apdo. M-2181. México 1, D. F. Tipografía: Composición Técnica. Roma 3-B, México 6, D. F. Impresión: Offset Multicolor, S. A. Calz. de la Viga 1332, México 8, D. F.

NOTA: LA OFICIALIDAD DE CHRISTUS

Christus ha querido siempre ser un servicio a la jerarquía mexicana: obispos y sacerdotes. Y, en este sentido, se ha puesto a disposición de las diócesis, máxime de aquellas que lo aceptaban o pedían como su gaceta diocesana.

En este sentido se ha llamado y se llama órgano oficial de algunas diócesis.

La oficialidad en Christus no significa una representación oficial de pensamiento, ni reflejo de pensamiento oficial. Su oficialidad no consiste —ni quiere consistir— en otra cosa que en el hecho práctico de servir de Boletín Eclesiástico a los obispos que no tengan uno en sus diócesis y que quieran adoptar a Christus en su lugar. No tiene propiamente respaldo oficial, en cuanto al pensamiento, ni pretende complicar a los obispos en las opiniones que expresa.

La oficialidad de Christus funciona como un hecho práctico y un servicio, libremente aceptado o rechazado, no como un concepto determinado y obligatorio. Christus no es órgano institucional del episcopado, del que la institución es responsable. La responsabilidad editorial queda exclusivamente a cargo de Buena Prensa.

La Redacción de Christus

PRESENTACION

Suele considerarse el mes de octubre como mes de las misiones. Y a ese tema dedicamos el cuaderno, en este número.

Si el hombre —como dice el Concilio— "debe responder al llamamiento de Dios, de suerte que, no asintiendo a la carne ni a la sangre, se entregue totalmente a la obra del Evangelio" (Ad Gentes, 24, 1), también la Iglesia, "enviada por Dios a las gentes, para ser 'el sacramento universal de la salvación', por exigencias íntimas de su catolicidad", debe esforzarse en anunciar el Evangelio a todos los hombres. (Ad Gentes, 1, 1).

Sólo que, en estos tiempos, la Iglesia debe, por necesidad, emprender una reflexión —siempre antigua, siempre nueva, siempre profunda— para encontrar los caminos de su tarea misionera. Con nuestro cuaderno, queremos ofrecer un ángulo de reflexión, que puede ser útil, en estos días en que muchos reflexionan sobre el tema.

Por otro lado —quizá conectado, pero distinto— nos importa la reflexión sobre lo que pasa en nuestra Iglesia, en México. En Colima sucedieron acontecimientos hasta cierto punto inusitados. No es el caso narrarlos en sus detalles dolorosos. Pero sí es importante reflexionar seriamente sobre ellos; porque es una reflexión que sirve a la Iglesia.

Cerrar los ojos a los hechos, y no tratar de iluminarlos con la luz de la fe, en el contexto de esta hora de la Historia de la Salvación, sería impedir que llegue a nosotros una comunicación de Dios.

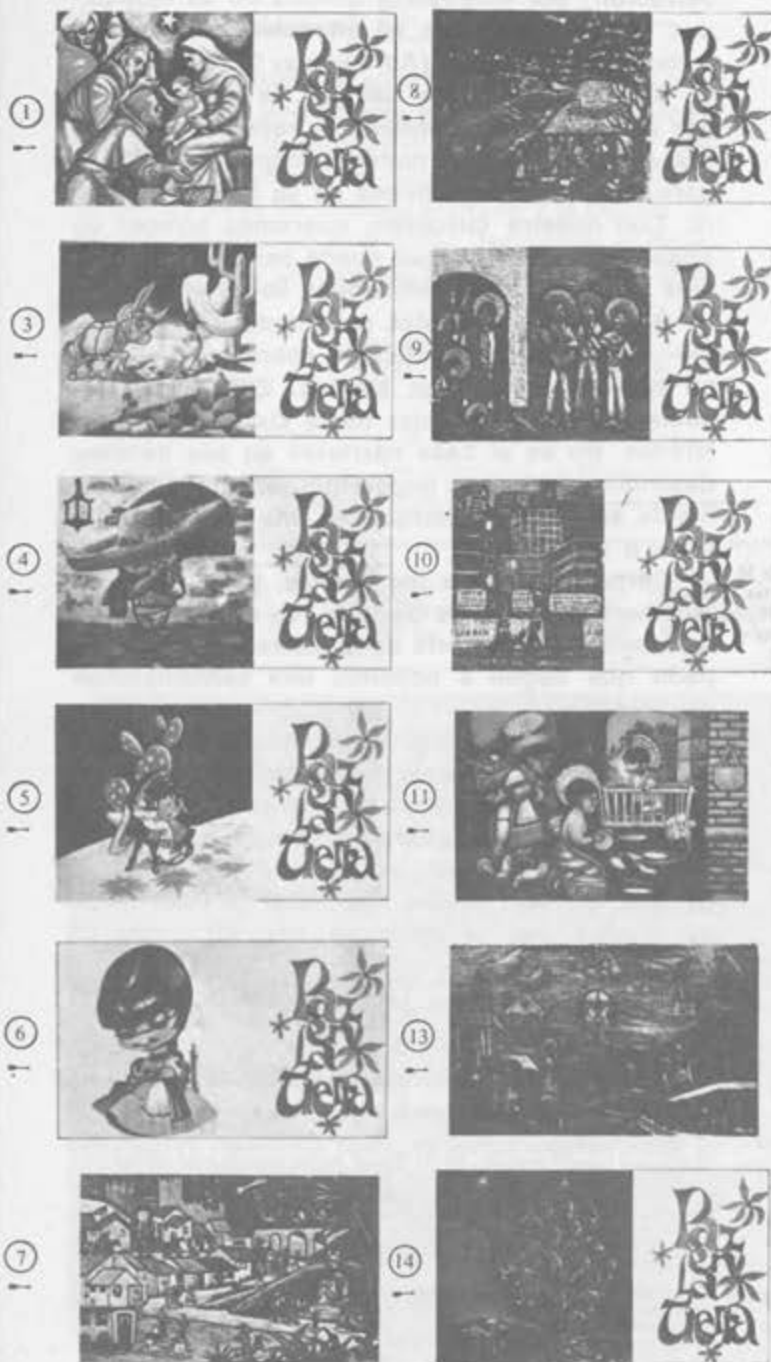
Puede ser que otros interpreten los acontecimientos de otra manera. Y muy posiblemente mejor que la nuestra. Pero eso, por un lado, no nos quita la libertad de expresar nuestro aspecto de la verdad. Y, por otro, no les cierra a ellos las páginas de esta revista, para que puedan decir su versión. Por el contrario, deseamos que lo hagan.

La Redacción de Christus.

BIBL. DONUS. PROBATIONIS

SA

QUE NO SEA UNA FORMULA DECIR ¡FELIZ NAVIDAD! DIGALO CON AUTENTICIDAD



**A LO
CRISTIANO**

**A TODO
COLOR**

**A LA
MEXICANA**

**CON ARTE
Y
ORIGINALIDAD**

**¡HAGANOS SU PEDIDO
CUANTO ANTES!**

Paquete de 10 tarjetas iguales, con sobres:

\$ 12.50-1.15 Dls. paquete.

Paquete de 10 tarjetas DISTINTAS con sobres:

\$ 12.50-1.15 Dls. paquete.

De 10 a 50 paquetes: \$ 10.00-0.90 Dls. paquete

Precios especiales en pedidos mayores de 60 paquetes

CITE EL NUMERO QUE LLEVA CADA TARJETA

Envíenme _____

Nombre: _____

Dirección: _____

Para gastos de envío, calcule \$ 0.40 por paquete

Mándemelas por reembolso

Para el Extranjero no hay servicio de Reembolso.

Obra Nacional de la Buena Prensa A.C.

Donceles 99-A

Apartado M-2181
México 1, D. F.

Orozco y Berra 180
(A un costado de
Omnibus de México)

LA IGLESIA EN LA ACTUALIDAD LA ACTUALIDAD EN LA IGLESIA

EVANGELIZACION Y SACRAMENTALIZACION

Sebastián Mier, S. I.

Adelanto cultural y sus implicaciones

Es evidente que la cultura se difunde cada día más. Asimismo lo son las modificaciones que ello acarrea en los diversos aspectos de la vida. De todo esto se habla y escribe continuamente. Por eso no deseo insistir más en una descripción pormenorizada de dichos adelantos y modificaciones. Es sin embargo indispensable una reflexión constante en todo lo que esto implica. Las consecuencias de esos cambios no son tan evidentes como los cambios mismos. Toca al hombre, y sobre todo al cristiano, juzgar esos cambios y dirigirlos. Sería infantil tratar de ignorarlos y pretender seguir como si nada pasara. Podría parecer todo esto demasiado patente; sin embargo, con frecuencia lo olvidamos en la práctica. Y no siempre realizamos el esfuerzo necesario de continua reflexión. Tampoco se trata de caer en la manía de una revisión angustiosa y destructora; sino simplemente de utilizar el entendimiento para que ayude a llevar a cabo la obra de Dios.

Una de las principales implicaciones del adelanto cultural se mueve en la doble línea de la simplificación y la diversidad. Simplificación porque es necesario descubrir lo esencial del hombre, lo esencial del cristianismo a través de sus varias manifestaciones. Diversidad porque eso mismo esencial tenderá a ir buscando nuevas expresiones. Es indispensable este doble movimiento. No podemos —faltando a la diversidad— pretender frenar la historia, encasillarla dentro de los moldes a los que ya nos acostumbramos. Y este no-poder no significa que deberíamos hacerlo, pero nos resulta imposible; sino que si lo logramos estaríamos causando un daño mayor. Por otra parte tampoco podemos omitir la simplificación, pues dejaríamos la historia —personal y comunitaria— a la deriva. Tenemos que encontrar, a pesar de todas las dificultades, el sentido de la propia existencia y el de toda la humanidad.

Simplificación y evangelización.

Cristo se ha encarnado, y nosotros lo hemos conocido. Y en la medida en que esto es cierto, ¡ay de nosotros! si no evangelizamos, si no predicamos la buena nueva. Sin embargo, esa predicación requiere que hayamos asimilado el mensaje de Jesús, que lo hayamos hecho vida. No basta repetir sin más lo que aprendimos de memoria en el catecismo y en la teología. Es indispensable que encontremos lo medular del evangelio y que sepamos comunicarlo a los diversos tipos de gentes.

Una primera distinción que hemos de hacer va a separar lo que es auténticamente cristiano de lo que tan sólo constituye la forma como nosotros lo vamos viviendo. Esto es de suma importancia, sobre todo en una época de cambio. No podemos imponer a otros cargas que no provienen de Cristo, y mucho menos imponerlas precisamente en su nombre.

Todavía hay un segundo paso. No todo lo auténticamente evangélico puede ser enseñado de buenas a primeras. El hombre no crece de un día para otro. Ni el cristiano se improvisa con pura buena voluntad. Es, pues, indispensable una vez más precisar lo central del evangelio para que ello sea el punto de arranque y la guía del crecimiento cristiano.

¿Qué sentido tiene, por ejemplo, la exacta recitación del credo y la repetición minuciosa de los mandamientos cuando se desconoce el significado de las palabras y de las realidades mismas? Creo que la presentación del evangelio debe hacerse en una forma mucho más significativa. Tanto para aquellos que tienen una cultura más sencilla, digamos los campesinos; como para los que se han cultivado en un ambiente laico. Antes de pronunciar la palabra evangelizadora, hemos de escuchar la voz y comprender la manera de vivir de aquellos a quienes nos vamos a dirigir. Ciertamente no es fácil, pero sí indispensable. Vale recordar que la gracia no sustituye lo que le toca a la naturaleza, antes lo supone. Lo contrario sería pedirle a Dios un milagro para suplir nuestra flojera.

Tal vez lo primero que descubramos al escuchar a los demás es que Cristo está ya presente entre ellos. Sabemos que la voluntad salvífica del Padre es universal. Sabemos también que dicha voluntad es efectiva. No es, pues, de maravillar que encontremos muchos rastros de su gracia esparcidos entre todos los hombres. Y esa gracia es cristiana aunque no todos sean capaces de darle ese nombre. Ante esas manifestaciones de bondad, no debemos sentirnos celosos; antes al contrario podemos reconocer gozosos la extensión del triunfo de Cristo Jesús.

Estas consideraciones requieren una reflexión sincera y profunda. Corremos el peligro de engañarnos o de banalizar a Cristo. El concilio Vaticano II nos ofrece a este respecto orientaciones valiosísimas.

Los sacramentos como plenitud de la presencia de Cristo.

Los sacramentos suponen la evangelización significativa de que hablaba en el párrafo anterior. Esta afirmación tiene un valor especial en esta época en la que la sociedad deja de ser en su conjunto una "sociedad cristiana". Ante este fenómeno se

hace más necesaria una toma de posición personal. No puede responderse con una sacramentalización masiva, confiándolo todo al ex opere operato. Una vez más no podemos pedir a Dios que supla el esfuerzo que nos corresponde a nosotros. No podemos descansar tranquilos en que todos los de la parroquia están bautizados, si ellos no saben cuál es el significado de ese bautismo y si no lo viven.

Los sacramentos tienen su lugar como fuente y expresión de la vida cristiana, pero no pueden serlo todo. Es más, en condiciones de ignorancia se desvirtúan y pueden llegar a constituir un engaño. ¿Qué valor puede tener un sacramento sin fe? ¿Qué fe puede haber sin una evangelización adecuada?

Claro que el crecimiento cristiano requiere de los sacramentos. Los vestigios descubiertos de la presencia universal de Cristo deben conducir igualmente poco a poco a una explicitación. Lo fundamental es vivir en Cristo; pero es mucho mejor cuando además se sabe que se está viviendo en Él. Mejor todavía cuando esta vida puede expresarse en una forma sacramental dentro de la comunidad de la Iglesia.

CASA MORFIN, S. A.

Sucursal No. 1
Calzada de la Viga 376
Tels.: 538-03-69
530-34-91

Matriz
Av. Cuauhtémoc 216-A
Conmutador 578-22-11
Directos: 578-19-24
578-33-43
578-20-65

Sucursal No. 3
Marina Nacional 265
Col. Anáhuac
MEXICO, D. F.
Tel.: 527-25-56

Sucursal No. 4
Calzada Ignacio
Zaragoza 574
Col. 4 Arboles,
MEXICO, D. F.

Sucursal No. 2
Héroe de 1810 No. 123
Tacubaya
Tels: 515-78-12
515-04-38

Refacciones para Autos Americanos y Europeos
Especialidad en Balata Industrial

—Renuncia de un Obispo Joven —Teólogos Profesionales

Alfonso Castillo S. J.

RENUNCIA EPISCOPAL.

Apenas hace unos días, el señor Obispo José Pablo Rovalo, S.M. consagró obispo a su sucesor, Rafael Muñoz, como obispo de Zacatecas. El renunció a su diócesis y su renuncia fue aceptada. Se trata de un acontecimiento que afecta a la Iglesia mexicana. Sobre el cual, la fe tiene que volver su rostro para comprender mejor el hecho.

En una breve carta enviada a toda la Iglesia diocesana expone el señor Rovalo algunos elementos de juicio. Ellos ayudarán a comprender la renuncia y su sentido. La condición será que "sepamos ver todo en la fe y apoyarnos en nuestra esperanza" (Carta a toda la Iglesia diocesana, que citaremos continuamente entrecomillada).

Como presupuesto que disipa especulaciones, "ha sido una decisión personal mía, con toda mi responsabilidad, mi fe de obispo y de cristiano... se basa en el amor".

Entre las realidades que le posibilitaron cuestionar su posición de obispo diocesano destacamos algunas:

1º "La situación de la Iglesia en el mundo, en México, y en Zacatecas me han obligado a reflexionar en el hombre y en el Plan de Dios.

EL HOMBRE. Vive una situación de injusticia palpable, que no puede sino desgarrar el corazón de quien no es indiferente a su vida. El hombre es pisoteado por el hombre.

EL PLAN DE DIOS. El hombre es hijo de Dios y su único mandamiento es que nos amemos los unos a los otros como El nos ha amado.

Surge para mí entonces una pregunta que me quema ¿Qué hacemos los hombres y los cristianos en nuestro mundo? Y sobre todo ¿qué hago yo?"

2º "Ligado a una diócesis, su administración, su problemática y su estructura actual hacen imposible una acción en el sentido que busco". Consiguientemente, "para el trabajo que me parece urgente realizar, entregando así mi vida a la Iglesia de México, se necesita quererlo y sentirlo como algo propio en lo más íntimo del ser... Hay que buscar caminos nuevos".

Planteamientos de fondo.

Indudablemente que esta renuncia y los elementos que se nos ofrecen dan oportunidad de profundizar en nuestra propia realidad eclesial.

1o. Este hecho sólo es posible enfocarlo en un marco de búsqueda constante de voluntad de Dios. "Me parece ver claro lo que Dios quiere de mí". Se trata de un llamamiento del Espíritu a la conciencia personal. La renuncia es la condición para proseguir en el camino que el Espíritu va marcando. Por encima de una posición establecida, rodeada de privilegios, de poder, de riqueza, como es con frecuencia la del obispo, está la fuerza del Señor.

Impulso que mueve a cada persona a seguir el sendero único y personal. Independientemente de su actual status.

2º Es patente que para el seguimiento de este llamado personal no era posible continuar en una estructura rígida, cargada de exigencias burocráticas como es la diócesis. En realidad, la función episcopal, en este caso concreto, inhibía al señor Rovalo a vivir el evangelio con mayor plenitud. La tarea de creador de la unidad en la Iglesia encontraba muchos obstáculos en esa posición precisa. Como manifestación de profunda libertad de espíritu, era indispensable una desinstalación más radical. Implicaba renuncia a autoridad, privilegio, poder.

3º. Un esfuerzo de mejor servir a la Iglesia mexicana impulsó esta decisión. La búsqueda de nuevos caminos en el servicio del Señor caracterizarán este esfuerzo. El futuro que este esfuerzo pretende no ha sido claramente delineado. Lo importante es "buscar de verdad la vida nueva en Cristo Jesús". Las últimas frases de la carta "sólo hay un Señor, y un solo Padre y Dios" reflejan un anhelo de unidad y preanuncian el espíritu de esta búsqueda.

"NO SE DEJEN LLEVAR POR TEOLOGOS PROFESIONALES":

Cardenal Wright.

No sabemos bien a bien si la Primera Convención Nacional de Evangelización y Catequesis se organizó porque iba a venir el Cardenal Wright o al revés. En todo caso, varias de sus declaraciones a la prensa no dejaron de desconcertar a muchos. Generalizaciones simplistas. Condenas implícitas. Vaguedades irónicas. Por lo tanto, conviene aclarar que cuanto afirmó suponemos lo hizo a título personal. Además, al margen de la situación eclesial, desencuadradas en el contexto mexicano.

En estas líneas queremos referirnos particularmente a la crítica que hizo a los "teólogos profesionales". Su insistencia motivada a precaverse y a no dejarse llevar por ellos.

Un breve análisis nos exige ver las circunstancias de la declaración, y quién fue quien la hizo.

Circunstancias.

La prevención contra los "teólogos profesionales" fue dicha en dos ocasiones ante obispos, sacerdotes, religiosos y laicos mexicanos, de acuerdo con la prensa. Es decir, se pronunció ante una parte de la Iglesia mexicana. Una Iglesia que no

cuenta con auténticos "teólogos profesionales". Quien ni siquiera tiene un número respetable de "teólogos amateurs". Una Iglesia donde la reflexión sobre la fe propia y la de los demás es un privilegio. Donde la mayoría del clero, obispos, sacerdotes y religiosos, están agobiados por cargas burocráticas y urgencias inmediatas. Donde el menor esfuerzo de verdadera catequesis exige una comprensión, no sólo psicológica y sociológica, sino teológica del catequizado. Donde por una tradición secular, no sólo eclesial, ni los obispos como tales, ni los sacerdotes se distinguen por la lectura, por el estudio, por la reflexión sobre la existencia cristiana, encarnada en la situación concreta de México.

Quién hizo la declaración.

Independientemente del público a quien se le dirigía, fue pronunciada por el Prefecto de la Congregación del Clero. Tenemos esperanzas que la prensa haya modificado el pensamiento del Cardenal. Pero desconcierta que el encargado de promover y auspiciar el crecimiento humano y espiritual del clero haya fustigado a los que consagran su vida a comprender más plenamente la fe que la Iglesia está viviendo. Cuando la teología se comprende como "una reflexión en la fe para vivir mejor en la fe y para comunicarla mejor", no podemos afirmar que los que de esta forma ofrecen su servicio a la Iglesia ya no tengan cabida en ella.

En busca de valores.

Más allá de estos interrogantes, conviene entender la declaración más positivamente. Entre las realidades implícitas en ella, la más significativa y mayor alcance es que la fe no está fincada en la reflexión de los teólogos. Que mi adhesión al Señor por la fe no está condicionada a las explicaciones más o menos aceptables, que los teólogos hacen de la fe de la Iglesia. Mi fe es aceptación del Señor Jesús, presente misteriosamente en la Iglesia. La promesa del Espíritu, corresponde a la autoridad jerárquica el oficio de enseñar.

Pero tanto por ser Iglesia encarnada como por estar formada de hombres inteligentes, esta fe que la Iglesia tiene que irse comprendiendo a sí misma en los diversos sitios, de acuerdo a las cambiantes circunstancias. A todos nos toca ir dando con nuestra vida más que con nuestras palabras, razón de nuestra esperanza. Esta es labor de todo cristiano. Y de entre ellos, hay algunos llamados a consagrarse al servicio de esta reflexión teológica, para bien de la misma Iglesia.

LAS PEÑAS, S. A.

Vitrales y emplomados artísticos

Precios especiales para las iglesias.

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

*El mejor equipo de artistas especializados
en el arte vitrario.*

EXPORTADORES DE VITRALES

A TODO EL MUNDO

MARIANO ESCOBEDO No. 84

México 17, D. F.

Tel. 527-92-66

Pídanos presupuesto y condiciones de pago.

**PARA EL 12
DE
DICIEMBRE**

CUADRO DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Con motivos folklóricos muy artísticos.
Impreso en tela, a todo color. Mide 31 x 30 cms.
Ejemplar: \$ 25.00 - Dls. 2.10



Obra Nacional de la Buena Prensa A.C.
Donceles 99-A. Apartado M-2181. México 1, D. F.

UNA REFLEXION ECLESIAL

■ El Problema Social

■ El Problema de la Autoridad

Enrique Maza, S. J.

INTRODUCCION

El caso de la diócesis de Colima ha sido inusitado en México. Pero es un caso que resume, reúne y simboliza los problemas por los que pasa la Iglesia mexicana.

No es fácil hablar del caso. Porque se revivirían inútilmente los acontecimientos dolorosos que sucedieron en la diócesis. Herir es fácil; pero no tiene sentido cristiano. Hay que callar muchos hechos concretos que sólo reabrirían las heridas, sin aportar mayor luz y sin proporcionar soluciones.

Por otra parte, la crisis de la diócesis de Colima es del dominio público. Ha sido un acontecimiento de la Iglesia. Y está llena de enseñanzas para todos. Sólo la verdad nos hará libres. Y tener miedo a una reflexión cristiana y libre sobre hechos que forman parte de la historia de nuestra salvación, tampoco parece ser una actitud cristiana.

Todavía más. Muchos sacerdotes de la diócesis de Colima han sido calumniados públicamente, han visto manchada su fama, con injusticia y hasta con crueldad. Se ha formado la "leyenda negra de Colima", que no corresponde a la verdad. Y es de estricta justicia que la fama de los calumniados se restaure. Y que se haga luz sobre acontecimientos confusos, mal interpretados, manipulados.

La misma historia de los hechos, narrados como fueron, aclararía las cosas. Pero los sacerdotes de Colima —los calumniados— no quieren que se haga así. Porque, aunque eso limpiaría su fama, mancharía la fama de otros. Por eso, acato su deseo, y respeto y admiro la profundidad de su actitud cristiana.

Pero, si no puede hacerse la narración de los hechos dolorosos, tal como fueron, sí puede hacerse una reflexión sobre los grandes temas que estuvieron en juego en Colima. Y esto es lo que intento hacer. Para fruto de toda la Iglesia. Aun sabiendo que, en la misma problemática, estarán envueltas las actitudes personales que intervinieron en el conflicto.

Sólo que no podemos ya callar esa problemática —cada vez más generalizada— que está desgarrando a la Iglesia. Siempre hay hombres detrás de los problemas. No pretendemos condenar ni juzgar a nadie. Pretendemos reflexionar sobre lo que hoy pasa en la Iglesia.

I. EL PROBLEMA SOCIAL

1. El Problema en General.

El problema social fue una de las causas profundas del conflicto en Colima. Este es un problema que hoy divide a mucha gente. En sí mismo, tiene manifestaciones diversas; pero una sola actitud de fondo.

No es aquí el lugar para demostrar ni la existencia de la injusticia socioeconómica; ni la necesaria derivación de la injusticia directamente de las estructuras vigentes; ni la conexión intrínseca de la justicia con el Dios de la Biblia y con el mensaje del Evangelio; ni la urgencia y prioridad de este problema, en las circunstancias actuales; ni la relación esencial que tiene el problema con nuestro sacerdocio, nuestro compromiso, nuestra acción y nuestra palabra; ni su obligatoriedad, que, para nosotros, deriva del Magisterio de la Iglesia, además de derivar de la más elemental moral y de la Revelación. En el Magisterio de la Iglesia, hay más de 120 documentos básicos que tocan este tema, entre ellos 40 encíclicas, desde León XIII hasta nuestros días. Sin contar los innumerables documentos episcopales al respecto, como Medellín. Las 40 encíclicas de siete Papas más los documentos del Vaticano II —en lo que este problema se refieren— deberían bastarnos. Nos bastan.

Pero no es aquí el lugar ni el momento para demostrar todo esto. El hecho es simple. Unos lo comprenden. Otros no lo comprenden. Y otros no quieren comprender. Unos se comprometen. Otros no se comprometen. Y otros no se quieren comprometer.

Y se ha entablado la lucha. Hay un significado para todas las cosas. Aquí, en este problema, la lucha es el significado mismo de las cosas, por duro y doloroso que sea para el hombre que lucha. La lucha por la justicia es el significado mismo de nuestro tiempo, define la sustancia moral de nuestras actitudes y marca los límites de nuestra actividad.

Un día, Jeremías recibió el mensaje. Era un hombre bajo las órdenes de Dios. Y el mensaje tenía que ver con los poderes establecidos. "Para extirpar y destruir, para perder y derrocar, para reconstruir y plantear". Palabras que suenan demasiado radicales y demasiado destructivas para nuestros oídos modernos y complacientes. Sólo que eran palabras de Dios.

La visión y la pasión de Jeremías incluían una conciencia aterradora de la injusticia. Y la palabra de Dios para Jeremías era una palabra que no admitía gradualismo. Que no admitía nuestras modernas teorías del crecimiento paulatino y graduado de la justicia. Dios habló claro. Los tiempos eran tan injustos, que la única misión profética genuina —la primera y la única— era derribar las imágenes de la injusticia y de la muerte que hacían del hombre su víctima. En estos tiempos y en ese modo se le ordenó hablar al profeta. No se trataba de mejorar las condiciones en un cierto grado. Se trataba de un nuevo comienzo, porque la injusticia ya no tenía cura.

El problema es si nuestros tiempos son equivalentes a los de Jeremías. Esta es la pregunta que tantos se hacen. Si la injusticia que vivimos es tan incurable como la injusticia que presenció y denunció el profeta, por orden de Dios. O si sólo hay que mejorar un poco estas condiciones, que se han salido un poco de la línea moral de justicia que constituye el esfuerzo humano de conjunto. O si los hombres de hoy estamos tan cautivados por la injusticia y el pecado que ya no caemos en la cuenta de nuestro mal. En el primero y en el tercer caso, Dios tendrá que suscitar en su Iglesia la misión profética de extirpar y destruir.

El problema es si estamos tan acostumbrados a una religión infantil, tan unida a la sociedad —a una sociedad de injusticia, de represión, de militarismo, de discriminación, de guerra, de materialismo, de miedo a la vida— que ya somos incapaces de entender a Jeremías. O si hemos hecho de Dios una lluvia de mermelada para endulzar nuestra neutralidad humana y moral, de tal modo que nos escandaliza un Dios que nos manda subvertir el orden de la injusticia.

Si nuestros tiempos son como los de Jeremías, Dios "luchará contra nosotros" hasta que aceptemos su misión profética. ¿Pero lo son?

Aquí es donde empieza la lucha. Y la división.

Para unos, 120 documentos del Magisterio,

—llamada y palabra de Dios— son prueba y urgencia suficiente. Para otros no lo son. Ni siquiera los conocen. Ni siquiera saben que son 120.

Para unos, los innumerables documentos episcopales de todas partes del mundo, son también prueba y urgencia. Para otros no lo son. "No se aplican a México".

Para unos, el análisis de la realidad mexicana es una prueba de la injusticia que reina. El enfrentamiento con la realidad les ha creado una aterradora conciencia, como a Jeremías, del mal, de la injusticia y del pecado en que estamos hundidos. Y la opresión y la miseria en que se debate la mayoría de los mexicanos han despertado en ellos la misión profética que suscitó a Jeremías.

Otros interpretan distinto la realidad. Para ellos no es apremiante. No urge la situación de los pobres. En todo caso, no es misión de la Iglesia remediarla, porque el terreno de la Iglesia es lo espiritual. O es una situación que no tiene remedio y que no queda más que aceptar; porque nos sobrepasa la solución del problema. En último término, aceptan ciertos parches.

Otros están de acuerdo con la situación. No es remoto oír justificaciones religiosas de este estado de injusticia. Que si Dios no nos hizo a todos iguales. Que si no hay que cambiar lo que Dios quiso que así fuera. Y frases por el estilo.

Otros ni conocen la situación ni se han molestado en conocerla. La ignoran y viven.

Otros la aprovechan y son parte de la explotación, sólo que por motivos religiosos. Y crean esa imagen de una Iglesia que vende la salvación y los sacramentos. Limosnas y colectas para todo. Bodas clasistas. Cuotas para todos los sacramentos.

Finalmente, otros tienen miedo. Aceptan, quizá, que la situación es mala. Y hasta urgente. Pero cualquier solución les da miedo. Piensan que toda solución conduce al comunismo. Y, como el comunismo es ateo... Tienen miedo del enfrentamiento —y de sus consecuencias— con los poderes económicos y políticos. Piensan que toda solución conduce a la revolución violenta. Y se quedan en una angustia y en una inacción estériles.

No son todas las posiciones. Ni, quizá, sean tan en blanco y negro. Quizá. Hay toda una gama de posiciones frente a la realidad mexicana. Y frente al Magisterio de la Iglesia a este respecto.

No sólo. También las hay frente al Dios de la Biblia. Y frente a la enseñanza de Jesucristo en el Evangelio. El Dios que manda a Jeremías contra los poderes establecidos; el Dios que se caracteriza a sí mismo como el que hace justicia al huérfano, a la viuda y al oprimido; Jesucristo que lucha y se enfrenta a los poderes eclesiásticos opresores de su

época, que nos anuncia un juicio final por la justicia, que da —como señal de su mesianidad— la liberación de los pobres; el Dios del Exodo que manda a Moisés la lucha contra el poder opresor para la liberación material de su pueblo; ese Dios no cabe en muchas categorías cristianas.

El problema de la justicia en México nos lleva —y, sobre todo, nos llevará— a una lucha sobre la concepción misma de Dios. Y de Jesucristo. Y de la misión de la Iglesia. Y del sacerdote. Y del hombre mismo.

Será una lucha desgarradora. Ya lo es. No parece que pueda negarse que hay en la Iglesia actual, en todos sus niveles, desde el más alto hasta el más bajo, una buena parte de estos rasgos.

— Escándalo y represión ante aquellos que luchan por la justicia.

— Intento de conservar el orden establecido.

— Confusión ideológica notable ante el problema.

— Desconocimiento casi total de la doctrina social de la Iglesia. Y mejor aún, del espíritu social de la Iglesia. De la Biblia. De la exégesis moderna. De la situación del país. De la realidad mexicana de injusticia.

— Miedo al enfrentamiento con los poderes establecidos, cuyas consecuencias son de prever. Miedo a perder el status conseguido, los privilegios y la aparente paz de la Iglesia. Y, desde luego, los favores económicos.

— Oscuridad ante las posibles soluciones. Y, porque no se ve, y mientras no se vea una solución perfecta, pacífica, viable, sin lucha, sin enfrentamiento, sin pérdida; se aceptan el pecado y la injusticia. Pecado e injusticia del comunismo ateo, como posibilidad futura.

— Desconfianza hacia todos aquellos que buscan una solución a la injusticia.

— Y, por tanto, alianza tácita —tal vez involuntaria, tal vez considerada inevitable— con la situación de injusticia, con los poderes establecidos, con el orden socioeconómico que produce la injusticia.

— La Iglesia mexicana, en su conjunto, no es una Iglesia que se distingue por su lucha en favor de los pobres. Más aún, es una Iglesia que reprime esa lucha y se escandaliza ante ella. Aunque muchos trabajan entre los pobres.

— Dicotomía entre el Reino de los cielos y el reino de la tierra, contra la teología de Vaticano II y de Magisterio de la Iglesia.

Es evidente que no tratamos aquí de hacer catálogos completos de actitudes. Sino simplemente de dar pie a reflexiones más completas y más certeras sobre un problema que empieza a causar y seguirá causando la desgarradura de la Iglesia mexicana.

Hay grupos —cada vez más conscientes y numerosos— que se han empeñado en una lucha por

los pobres y por la justicia. Pero todavía son minoría en una Iglesia conservadora —por lo menos, en el terreno social— que no se siente acuciada ni comprometida por este problema. El compromiso de estos pocos hombres —contados obispos, pequeños grupos de sacerdotes y laicos— se ve con desconfianza, se ve como intromisión política y se ve como amenaza. Ciertamente no se ve como misión de la Iglesia.

Pero el choque ya se adivina. En algunas partes se ha producido ya. Y será cada vez más duro. El compromiso de la Iglesia con los pobres. De los sacerdotes con la justicia.

2. La pobreza y el compromiso de la Iglesia

El problema de la justicia tiene varias manifestaciones. Una es la acción y la predicación de los sacerdotes —comprometidos con un pueblo pobre, oprimido— en favor de la justicia y hacia la liberación de ese pueblo en relación con toda esclavitud.

Otra es la pobreza de la Iglesia. Tanto la pobreza real, como la imagen de pobreza eclesial, como el compromiso de la Iglesia con los que son pobres.

Aquí vuelven a enfrentarse diversas actitudes.

Hay una tendencia a las grandes construcciones, a los derroches reales en seminarios, templos, casas de vacaciones clericales, etc. Ostentación exterior. Se oyen —aún en obispos— frases como éstas: "La catedral es la esposa del obispo y tiene que presentarse con la dignidad que le corresponde". "La parroquia es una vaca lechera". Y otras expresiones por el estilo, que implican toda una concepción de la Iglesia. Triunfalista, principesca, ostentosa, dominadora, fuera del contexto y de la dimensión social del hombre.

Se oye a veces: "Dios lo merece todo", "Todo un poco para Dios", "La relevancia del culto", "la casa de Dios", etc. Como si Dios se identificara con el templo material. Como si Dios sólo estuviera presente entre las paredes del templo. Sobre todo, como si Dios se identificara con el clero. Como si el único don humano que a Dios le agradara fuera el de cosas materiales, sobre todo, cosas materiales para el bienestar del clero. Como si los hombres no fueran templos vivos de Dios. Como si Dios sólo estuviera contento en la ostentación material pagada con el sudor del pobre y con las limosnas —tranquilizadoras de conciencia— de los ricos. Como si no importara que el rico explote al pobre, con tal de que dé limosna para el embellecimiento de los templos y la comodidad de clero.

Hay grandes seminarios que son elefantes blancos. Hay casas de vacaciones que son un lujo. Hay ciertas moradas principescas, automóviles, joyas actuales sin uso guardadas en cajas fuertes. Y

cosas. Todo eso difícilmente encaja en medio de gente con hambre y sin casa, sin empleo y sin zapatos, sin escuelas y sin amparo. Difícilmente encaja en las enseñanzas del Concilio Vaticano II y de Paulo VI, que piden una Iglesia pobre.

Frente a esta actitud, hay sacerdotes que repudian esos lujos, que se rehúsan a gastar las limosnas del pueblo en pisos de mármol. Que se rehúsan a ser mantenidos por la pobreza de los demás. Que quieren ser pobres. Que aceptan —como consecuencia necesaria de su lucha por la justicia— perder el favor económico de los ricos. Que aceptan trabajar. Que aceptan la inseguridad económica, como parte de su compromiso evangélico. Que rechazan toda ostentación. Que tienen un agudo sentido de que las limosnas del pueblo son, precisamente, del pueblo y para el pueblo, y no para un bienestar del clero, que lo asimila a las clases poderosas. Que no quieren pertenecer a los ricos y hacer excursiones hacia los pobres, sino pertenecer a los pobres, como hizo Cristo; porque están convencidos de que la pertenencia del sacerdote —sin, por eso, rechazar a nadie— es entre los pobres. Quieren ser pobres y presentar el rostro de una Iglesia pobre.

Hay aún dos aspectos más, en este problema de una Iglesia pobre.

Uno es el justo reparto de los bienes materiales de la Iglesia. La doctrina clara de los Papas es la de un reparto justo de las riquezas entre los hombres, dentro de la empresa, dentro de las clases sociales hoy existentes, dentro del orden internacional. Si los Sumos Pontífices lo exigen en todos los órdenes, hasta de nación a nación, como único orden moral justo, personal, empresarial, nacional e internacional, no se ve razón para que sólo en el seno de la Iglesia jerárquica eso no se cumpla ni se exija. Al contrario. Ahí es donde primero se debía cumplir. Y esto, sin salirnos de la más estricta doctrina social de la Iglesia.

Pero hay, en México, diferencias hirientes de sacerdote a sacerdote, de parroquia a parroquia, de obispo a obispo, de diócesis a diócesis, en flagrante violación y contradicción con la doctrina del Magisterio. En este punto no hay escapatoria. El reparto de bienes materiales, sobre todo, pero también de personal y recursos, en la Iglesia jerárquica mexicana —obispos y sacerdotes— es con frecuencia objetivamente inmoral e injusto, si hemos de juzgar por la doctrina cristiana. La estructura de la injusticia se nos ha metido dentro. Este punto, en la Iglesia mexicana, no resiste un análisis ni estadístico ni moral. Y, si no se cree así, que se haga el análisis imparcial. De esto daremos cuenta a Dios. Y aquí no puede alegarse ni ignorancia ni ningún otro pretexto; porque la enseñanza del Magisterio, en este punto, lleva un siglo, con innumerables repeticiones. Lo que

admira es que esa enseñanza no se tome en cuenta, como se toman en cuenta las enseñanzas pontificias en materias sexuales, tales como *Humanae Vitae*, *Sacerdotalis Coelibatus*, *Sacra Virginitas*, etc.

Esto implica que la mentalidad de justicia en la Iglesia no es muy viva, ni es siempre operante. Si hay injusticia en el seno mismo de la Iglesia, ¿cómo puede esperarse, razonablemente, que la Iglesia promueva la justicia afuera. Si se forman seminaristas en un ambiente de injusticia real, ¿cómo puede esperarse que, ya sacerdotes, sean sensibles a la injusticia que afuera reina y que luchen contra ella? ¿Se puede vivir en la injusticia interna, mientras se lucha contra la injusticia de la sociedad? ¿No da esto la dimensión de la desgarradura que espera a la Iglesia mexicana, si grupos suficientemente numerosos de sacerdotes se deciden a luchar por una justicia dentro de la Iglesia? ¿Y no es lo que debemos hacer, si nuestra lealtad a la Iglesia vale algo?

El día que se publicaran los casos concretos que se saben —y se investigaran los que no se saben— de malversación de fondos diocesanos, de bienes eclesiásticos mal habidos, de robos al pueblo, de explotación económica por los sacramentos, de diferencias económicas entre el clero, de castigos económicos a sacerdotes considerados rebeldes, de negocios clericales, de violaciones a la voluntad de los donantes, de clasismo clerical, de chantajes religiosos para sacar dinero, de arbitrariedad administrativa y otras lindezas por el estilo, quién sabe si la Iglesia mexicana resistiera el escándalo. Y quién sabe si un escándalo así no nos haría mucho bien. Por lo menos para quitarnos muchas ínfulas farisaicas que se protegen en el secreto. Enfrentándonos a la injusticia clerical en que vivimos.

Sólo que ése no es tema que nos importe. Nos peleamos por la minifalda y por el velo de las mujeres. Pero no nos importa la injusticia. Sería revelador publicar ciertas cuentas clericales en los bancos.

Hablar en esta forma puede sonar a generalización injusta. Puede sonar a que toda la Iglesia está inficionada. Sabemos que no es así. Y lo repetimos. Más aún, sabemos la ejemplaridad de vida de buena parte del clero. Pero ya existe el peligro no lejano de que todo o parte de esto salga al público. Ya ha empezado a salir. Y es más sano que nosotros mismos revisemos nuestra vida y nuestros criterios y quitemos la causa del escándalo, y no que un día nos encontremos la sorpresa de que otros nos lo han sacado a la luz, sin hacer todos los distinguos a los que somos tan sensibles. La causa básica del escándalo es que estas cosas sucedan —y la medida en que suceden—, no que se digan en público. Y más vale que seamos nosotros los que nos enfrentemos y no esperar a que nos enfrenten.

Algunos se han escandalizado de que estas cosas hayan ya empezado a aparecer en público. Y han desenfocado el problema. Pero desenfocar el problema solamente retrasa su solución; porque impide verlo en su verdadera dimensión. Y escandalizarse de las denuncias públicas, no remedia nada, sino, a lo más, plantea un problema diferente, que es el de la libertad de expresión y el de la opinión pública en la Iglesia.

El verdadero problema consiste en el daño que se hace al pueblo de Dios. Hay que partir de un hecho. La Iglesia es el conjunto y la reunión de todos aquellos que hemos sido bautizados en Jesucristo y que vamos en peregrinación al Padre. El verdadero daño a la Iglesia consiste en aquellos hechos, mucho más definitivos que las palabras, que realmente hieren, o separan, o abandonan, o escandalizan, o destruyen a un determinado sector de la Iglesia, principalmente a los sectores más débiles o más indefensos. Y todos los hechos de injusticia socioeconómico de abusos en los aranceles o en las peticiones de limosnas a los fieles, de reparto desigual de las riquezas en la Iglesia, etc., etc., hieren y alejan fundamentalmente a los miembros más débiles de la Iglesia. Y eso es destruir a la Iglesia real —no a una entidad abstracta y doctrinal—, porque es destruir la unidad de los miembros de la Iglesia entre sí.

De ahí, la conciencia creciente de muchos sacerdotes, agudamente acuciados por la defensa de los débiles, de los que padecen injusticia, de los que están abandonados, de los que son explotados —por quienquiera que sea—, de los que no tienen voz ni posibilidad de autodefensa; porque las estructuras en que vivimos no se lo permiten. Las estructuras de la Iglesia también tienen su participación en esto. Es sumamente difícil para los de abajo sacudirse el yugo de la explotación eclesiástica, cuando esa explotación existe.

Por eso, es muy fácil escandalizarse de las palabras —sobre todo, cuando son palabras denunciadoras de injusticias concretas comprobadas—, interpretarlas como ataque a la Iglesia —como si la Iglesia fuera un ente aéreo o exclusivamente la institución clerical—, y dejar que la injusticia, o la explotación, o la indiferencia ante la pobreza y el desamparo de los demás, sigan minando a la Iglesia en su verdadera unidad, que es la reunión, y la igualdad, y la hermandad de los seres humanos concretos y vivientes que están bautizados o que están llamados al bautismo. Dejar que los hechos y las acciones concretas sigan verificándose, por un falso escándalo de la Iglesia, es ser cómplice de la desunión y de la destrucción del pueblo de Dios. Defender a los miembros más débiles de la Iglesia es defender a la Iglesia. Más aún, callar, en estas circunstancias, es una

deslealtad y una traición a la Iglesia. La unidad de la Iglesia es una unidad de hecho y no de palabras. El que rompe la unidad es el que de hecho no ama, no el que denuncia al que con sus hechos está destruyendo a la unidad de la Iglesia.

En los tiempos en que vivimos, va a ser muy difícil ocultar por mucho tiempo los hechos socioeconómicos que suceden en la Iglesia. Ya ha habido reportajes sobre la distribución clasista de los sacramentos en las iglesias y sobre los cobros excesivos de aranceles y otros métodos eclesiásticos de sacar dinero. Son denuncias que han venido de la prensa o del mismo pueblo de Dios. Conforme vaya creciendo una conciencia social y una libertad responsable en el pueblo de Dios, se irán multiplicando las denuncias y los rechazos, y nos irán obligando —quizá demasiado tarde— a enfrentarnos con una realidad dolorosa que aún estamos a tiempo de reflexionar.

Otro punto derivado de toda esta mentalidad de estos hechos es la justa retribución del clero.

Por una parte, es muy desigual la retribución del clero en las diferentes diócesis, y aun en las diferentes parroquias, en México.

Por otra parte, el clero tiene derecho a una legítima retribución por su trabajo. Principalmente aquellos sacerdotes que están dedicados de tiempo completo al trabajo ministerial.

Por otro lado, conviene pensar en la cuestión de aranceles entre las gentes más pobres. Conviene pensar en el impacto que tiene el hecho de que sigamos viviendo de las limosnas de los pobres. Y conviene pensar en el impacto que tiene y en las ligaduras que produce y los condicionamientos que impone el hecho de que sigamos viviendo de las limosnas de los ricos. Y conviene pensar en si muchas de estas limosnas no se han hecho necesarias porque se han emprendido construcciones y cosas que responden a un concepto triunfalista y principesco de la Iglesia, que al concepto del Vaticano II de la Ecclesiam Suam, de la Populorum Progressio, de la Octogésima Adveniens.

Y todavía por otra parte, están los experimentos de sacerdotes que quieren vivir y están viviendo por sus propias manos, para no cargar al pueblo de Dios con la satisfacción de sus necesidades económicas. Conviene pensar en este experimento, porque su universalización absoluta podría llevar al desmoronamiento y a la disminución del ministerio sacerdotal, mientras los sacerdotes estamos ocupados en mantenernos.

Este es un problema complejo. Pero, no por ser complejo, tenemos menos obligación de enfrentarlo y de resolverlo, de acuerdo con las circunstancias y necesidades concretas del país y de los fieles mexicanos. Puede ser que esto nos lleve al planteamiento

to valiente de una planeación económica de conjunto y a un reparto más equitativo de los bienes eclesíasticos materiales, para solucionar las cosas a fondo y poder proveer a las necesidades de los sacerdotes, sin cargar ni escandalizar al pueblo de Dios y sin tener que orientar económicamente la administración de los sacramentos.

Lo que uno se pregunta es si realmente se ha pensado con seriedad, con previsión y con una planeación definitiva en estos aspectos económicos que comprometen la imagen de una Iglesia pobre, la fastuosidad o la sencillez del culto, la subsistencia digna del sacerdote y la ligazón de la Iglesia jerárquica con los poderes económicos que la pueden mantener.

Enfrentar a fondo estos problemas y decidimos a fondo en una lucha por la justicia, tendrá que llevarnos necesariamente a aceptar la pobreza como el modo ordinario de vida; porque tendremos que repartir nuestros bienes más equitativamente y porque perderemos el favor de muchos poderosos y de muchos ricos que hoy nos apoyan, al precio de nuestro silencio ante la injusticia social.

De otra manera, seguiremos arriesgando el proyectar una imagen de la Iglesia que se centra en el dinero, que comercia con los sacramentos, que aprecia lo material sobre las personas y que tiene una falsa jerarquía de valores y de salvación. Lo malo es que no solamente proyectamos esa imagen en más de una ocasión, sino que vivimos esa realidad también en más de una ocasión.

El hecho de que uno tenga obligación de empezar a reflexionar sobre sí mismo y de reformarse a sí mismo antes que a los demás, como persona, como grupo o como institución, no disminuye ni quita la obligación de que hablemos públicamente y de que reflexionemos como Iglesia, en el espíritu de la *Communio et Progressio*, ni de que todos nos sintamos responsables, en cuanto Iglesia, de la imagen y de la vida de la Iglesia.

Hay ciertos hechos concretos, a este respecto, que merecen especial mención. Por ejemplo, el hecho de que raras veces demos cuentas públicamente —puesto que las limosnas y los donativos y los pagos provienen del pueblo— de lo que hacemos con el dinero y del estado de cuentas de la parroquia, de la diócesis, de la institución y aun de la orden religiosa. Por ejemplo, el principio, tácitamente vivido en tantas ocasiones, de que el clero es digno de todo, por el hecho de ser clero. De que el dinero es para el clero y no para las necesidades del pueblo. El hecho de que llevamos, tantas veces, una administración económica sobre una administración pastoral. El hecho no raras veces repetido, de que usamos verdaderos chantajes morales y religiosos, para sacar dinero. La actitud, tantas veces no reflexionada, que nos lleva a dar más importancia a los

bienes materiales de la Iglesia (sobre todo, jerárquica) —construcción de templos, seminarios, conventos, casas religiosas, casas de vacaciones, viajes, etc.— que a las necesidades del pueblo de Dios, que es templo vivo del Espíritu Santo.

En una catedral determinada hay joyas de incalculable valor, encerradas en dos gigantescas cajas fuertes, entre ellas una custodia de 14 kilos de oro labrado con trescientas sesenta joyas preciosas, algunas únicas en la tierra. Habíamos ido a visitar aquel número increíble de tesoros, y salíamos, con el arzobispo, —que había tenido la amabilidad de acompañarnos—, por las naves de aquella catedral. En sentido contrario, se acercaba al altar un indígena cojo y viejo, templo vivo de la Trinidad, que escasamente tenía con qué vestir y que tenía que pedir limosna para comer. Aquella era una catedral enclavada entre pueblos indígenas miserables, que no tenían ni escuelas, ni crédito agrícola, ni instituto agropecuario que los capacitara, ni universidad, ni hospitales suficientes, ni medios de transporte, ni comunicaciones, ni medios estables de subsistencia.

Lo menos que se puede pedir es que pensemos en serio este problema.

Y esto nos lleva a otra consideración, conectada con el problema. Hay sacerdotes y obispos, hay laicos y religiosos comprometidos en una lucha de justicia y de liberación, en favor del pueblo pobre. Es un hecho histórico que estos hombres y mujeres insertos en el pueblo, comprometidos en la lucha, han recibido muchas veces el rechazo, la calumnia, el ataque, el desprecio el abandono de buen número de sus hermanos. Por lo menos, la ignorancia y la indiferencia. No es común encontrar superiores eclesíasticos y religiosos que defiendan y saquen la cara por sus súbditos comprometidos en la lucha por la justicia, cuando se levanta la protesta de todos aquellos que se ven amenazados en sus intereses personales de ricos o de poderosos. A nada le tienen miedo como a una Iglesia consciente, en su conjunto, de la injusticia que reina, de la explotación y de las necesidades de los pobres. Muchas veces se ha separado lo social de lo evangélico y se ha cedido ante la presión y la calumnia. Todo esto hablaría muy alto de la burguesía de la Iglesia. Las consecuencias de un compromiso social profundo y evangélico serían necesariamente duras.

II. EL PROBLEMA DE LA AUTORIDAD

1. En el contexto del mundo actual.

Otro de los aspectos que puede ayudar a una reflexión eclesial es el problema de la autoridad. Este es un problema delicado. Pero no por eso es menos necesaria una reflexión. Querer universalizar

los problemas de la autoridad sería una ligereza y una falta a la verdad. No reconocer que existen ciertas crisis en la autoridad de la Iglesia, sería también una falta a la verdad y una falta de responsabilidad ante la marcha común del pueblo de Dios. Querer achacar todos los problemas a la autoridad de los superiores o la falta de obediencia de los súbditos, sería ceguera y pasión, que no conducirían a la resolución de ningún problema.

No pretendemos ni hacer análisis exhaustivos de la realidad mexicana en este aspecto, ni enjuiciar a ninguna persona ni ninguna situación concreta. Pretendemos solamente ofrecer algunas líneas de reflexión que pudieran ser útiles.

Parece un hecho evidente que este siglo ha traído profundos cambios para la humanidad y que le ha marcado el principio de una nueva época. Estos cambios apuntan hacia la libertad del hombre y hacia su participación en el proceso social.

Algunos hechos concretos pueden concretar un poco más la idea. Por ejemplo, la descolonización paulatina de los pueblos de la tierra, la generalización del sindicalismo, la promoción y defensa de los derechos del hombre, la participación de los hombres en la determinación de su propio destino, la aspiración generalizada a la dignidad humana. Por ejemplo, también, las múltiples luchas por los derechos civiles, en contra de todo tipo de discriminación; el levantamiento cívico de las minorías marginadas; la protesta mundial contra opresiones concretas, como las de Vietnam, Checoslovaquia, los escritores rusos, la República Dominicana, Rodesia, los experimentos nucleares franceses, la carrera de los armamentos y otras muchas.

Han sido importantes en este siglo los múltiples levantamientos revolucionarios en contra de estructuras opresoras. Levantamientos, muchos de ellos, que no han tenido éxito en cuanto a una verdadera liberación del hombre; pero que han sido intentos, por lo menos iniciales, de lograrla, y que, ciertamente, hablan de una corriente y de una aspiración del mundo en este sentido.

Pueden citarse múltiples casos.

Muchos de ellos han terminado en fracaso o en nuevas opresiones; pero indican las condiciones de la lucha internacional por la emancipación. Y, principalmente, reflejan el descontento del mundo y su orientación definitiva en contra del esclavizamiento del hombre y en favor de una conquista de la libertad. Por todas partes en la tierra ha surgido la exigencia de la justicia social.

Todos estos datos históricos de nuestro siglo apuntan, a pesar de sus fracasos, de sus vaivenes históricos y de sus desviaciones, en la dirección de la libertad, de la participación, de la igualdad humana, de la liberación del hombre. Y, como una conse-

cuencia inevitable, ha surgido y se ha ido labrando un nuevo concepto de autoridad.

En el seno de la Iglesia, en correspondencia a la situación del mundo, también han sucedido acontecimientos que apuntan en la dirección de la libertad, de la participación, de la corresponsabilidad y de un nuevo concepto de autoridad. Se podrían citar, desde luego, el Concilio Vaticano II y los Documentos de Medellín, lo más conocido por todos.

En el mundo, también asistimos a la realización del fenómeno contrario. Es decir, a la acumulación de autoridad y al aumento de los abusos de autoridad.

El hombre de hoy alimenta una actitud defensiva y desconfiada ante la autoridad. Sobre todo, ante la autoridad que atenta contra la existencia personal, contra el ejercicio de la libertad, contra la capacidad y el derecho personal de tomar decisiones, de autodeterminarse y de tener una conciencia independiente.

El hombre moderno —y la literatura actual es buen testigo de ello— percibe una amenaza en la autoridad; porque la siente arbitraria, compulsiva, esclavizadora. Por desgracia el hombre moderno ha acumulado muchas experiencias y tiene conocimientos traumáticos acerca del uso de la autoridad. Bastaría, para confirmarlo, un análisis desapasionado de cómo se ejerce la autoridad en tantas partes del mundo. Hoy vemos crecer enormemente el poder de casi todas las autoridades, como una reacción defensiva contra los movimientos liberadores del hombre. Y esa fuerza de la autoridad es excesiva y es desproporcionada. Por eso se va labrando en el hombre moderno una actitud instintiva de repulsa y de rechazo contra la autoridad.

Esto, que es válido para el mundo, puede ser también válido para la Iglesia, y lo es en más de una ocasión. En la Iglesia, la autoridad tiene también la posibilidad de manipular al hombre en el ámbito mismo de la conciencia.

El hombre de hoy presiente a la autoridad insegura frente a los problemas del futuro. Y muchos hechos concretos lo confirman en que la autoridad está realmente insegura frente al futuro. También en más de un lugar y en más de un aspecto, se presiente y se sabe que la autoridad eclesiástica está insegura frente a su propio futuro.

Todos estos datos constituyen un transformismo mucho más real e influyente de lo que parece, en la actitud de los hombres de hoy, frente a la autoridad. No dar importancia a estos datos históricos de nuestro siglo y seguir concibiendo a la autoridad en un plano simplista, en blanco y negro, de pura relación mandato-obediencia, sería no entender los problemas profundos que están llevando al mundo y, en más de un lugar, a la Iglesia, a una crisis de autoridad.

2. Dos Conceptos de Autoridad.

La autoridad, por su misma esencia, apela a la razón y a la libertad del hombre. Se dirige al hombre, en cuanto el hombre es persona autónoma. Su cometido es ayudar al hombre a perfeccionarse, a partir de la acción autónoma del hombre mismo. La autoridad, por cualquier lado que se la vea, y por su esencia misma, debería integrarse sin reservas, con absoluta claridad, en la libre decisión del hombre. Porque el hombre es el responsable de su destino personal y es corresponsable del destino social.

Por eso, la autoridad no es sinónimo ni de poder ni de coacción. Porque el poder es la capacidad de influir, sin consentimiento del otro, en las condiciones previas de sus decisiones libres. Es la imposición, directa o indirecta, de la voluntad propia sobre o contra la voluntad de los demás.

Esto se vuelve mucho más peligroso, cuando se quiere confundir —y se quiere hacer creer a los demás— la voluntad propia con la voluntad del pueblo o con la voluntad de Dios. La autoridad termina donde se transforma en poder. Porque lo típico de la autoridad es apelar a la libertad.

No es lo mismo tener autoridad o ejercer la autoridad, que dominar, guiar, educar, manipular, imponer ejercer poder.

El problema con la autoridad es que ha dejado de hablar a la libertad del hombre. Y ha establecido, como propósito inmediato, exigir reconocimiento para su oficio y para sus acciones oficiales. Con esto, empieza la preponderancia del poder sobre la libertad. Pero la autoridad no debería ir más allá de lo que exigen y requieren las necesidades de la sociedad libre. Y no debería exigir que se le reconozca más allá de ese límite.

De aquí se deriva la característica distintiva de la autoridad. Estar al servicio de los hombres y de su libertad. Es decir, su fin es la realización de los valores humanos y ayudar a los hombres a que realicen su ser humano de la manera más plena. Porque la autoridad no es autónoma, ni fin en sí misma, ni objetivo de las acciones humanas, sino que está sometida —ella misma—, a una meta. La meta a la que orienta a sus súbditos. Pero no los orienta por razón de la autoridad, sino por razón de la meta misma.

Así, por ejemplo, la autoridad no es la verdad, sino que transmite la llamada de la verdad. Y el hombre tiende a la verdad, por la verdad misma, y no por la autoridad.

Así, por ejemplo, la autoridad paterna actúa sobre el niño al servicio de las exigencias del hombre adulto en el que el niño va a convertirse. No actúa simplemente porque es autoridad, sino que está sujeta a la meta del futuro de su hijo. La autoridad

sirve a una meta. Arranca al niño de su aprisionamiento infantil y lo convierte en adulto libre y autónomo. No lo mantiene en una perenne sujeción.

Concebir la autoridad como una perenne sujeción de los súbditos es negar la libertad y la autonomía de la persona, es hacer de la autoridad un fin en sí misma y es convertirla en poder.

No parece posible negar que en la Iglesia mexicana empiezan a enfrentarse, en diferentes casos concretos, que ya no son casos aislados los dos conceptos de autoridad.

Dejar que las cosas marchen por sí solas, sin enfrentar los problemas de fondo, no parece ser una solución. Y, si el problema se deja sin resolver, y sin enfrentar en sus causas profundas llegaremos ciertamente a una crisis y a un enfrentamiento inevitable. Esto no es hacer augurios futuristas y de mal agüero sobre la Iglesia. Es simplemente establecer la lógica de los acontecimientos, tal como van sucediendo.

Es necesario reflexionar, estudiar y resolver de frente y con valentía la tensión dialéctica que existe entre un concepto de autoridad abso'tutista, inapelable, identificada con la verdad y con la voluntad de Dios, impositiva, fin en sí misma, convertida en poder, y el concepto de autoridad que respeta a la persona, que apela a la libertad, que ayuda al hombre autónomo a que autónomamente se realice en la forma más plena, que exige el ejercicio de la libertad y que lleva al hombre a que él sea quien tome su destino en sus propias manos.

Por los casos determinados que han sucedido en la Iglesia mexicana, no parece que podamos negar que ambos conceptos de autoridad se están dando de hecho y se confrontan entre sí. Ni todos tienen uno, ni todos tienen otro. Son dos conceptos existentes que ya empiezan a enfrentarse. Dejar este problema sin resolver y sin reflexionar muy a fondo, sería dirigir a la Iglesia a una desgarradura interior.

CONCLUSION

Estos son solamente dos problemas de los varios que se han presentado y que merecían un comentario. Son problemas que merecen un análisis serio por parte de la Iglesia mexicana. Y sería muy útil reflexionar sobre ellos. No se trata de hacer acusaciones y enjuiciamientos, ni de que nadie se sienta mejor que nadie. Se trata de que hagamos todos juntos una reflexión eclesial sobre nuestra fidelidad al Evangelio, y sobre el papel histórico que le toca a la Iglesia en el México de hoy.

Quedan otros muchos puntos, que tendrán que ser reflexionados en otra ocasión.

2. Dos Conceptos de Autoridad.

La autoridad, por su misma esencia, apela a la razón y a la libertad del hombre. Se dirige al hombre, en cuanto el hombre es persona autónoma. Su cometido es ayudar al hombre a perfeccionarse, a partir de la acción autónoma del hombre mismo. La autoridad, por cualquier lado que se la vea, y por su esencia misma, debería integrarse sin reservas, con absoluta claridad, en la libre decisión del hombre. Porque el hombre es el responsable de su destino personal y es corresponsable del destino social.

Por eso, la autoridad no es sinónimo ni de poder ni de coacción. Porque el poder es la capacidad de influir, sin consentimiento del otro, en las condiciones previas de sus decisiones libres. Es la imposición, directa o indirecta, de la voluntad propia sobre o contra la voluntad de los demás.

Esto se vuelve mucho más peligroso, cuando se quiere confundir —y se quiere hacer creer a los demás— la voluntad propia con la voluntad del pueblo o con la voluntad de Dios. La autoridad termina donde se transforma en poder. Porque lo típico de la autoridad es apelar a la libertad.

No es lo mismo tener autoridad o ejercer la autoridad, que dominar, guiar, educar, manipular, imponer ejercer poder.

El problema con la autoridad es que ha dejado de hablar a la libertad del hombre. Y ha establecido, como propósito inmediato, exigir reconocimiento para su oficio y para sus acciones oficiales. Con esto, empieza la preponderancia del poder sobre la libertad. Pero la autoridad no debería ir más allá de lo que exigen y requieren las necesidades de la sociedad libre. Y no debería exigir que se le reconozca más allá de ese límite.

De aquí se deriva la característica distintiva de la autoridad. Estar al servicio de los hombres y de su libertad. Es decir, su fin es la realización de los valores humanos y ayudar a los hombres a que realicen su ser humano de la manera más plena. Porque la autoridad no es autónoma, ni fin en sí misma, ni objetivo de las acciones humanas, sino que está sometida —ella misma—, a una meta. La meta a la que orienta a sus súbditos. Pero no los orienta por razón de la autoridad, sino por razón de la meta misma.

Así, por ejemplo, la autoridad no es la verdad, sino que transmite la llamada de la verdad. Y el hombre tiende a la verdad, por la verdad misma, y no por la autoridad.

Así, por ejemplo, la autoridad paterna actúa sobre el niño al servicio de las exigencias del hombre adulto en el que el niño va a convertirse. No actúa simplemente porque es autoridad, sino que está sujeta a la meta del futuro de su hijo. La autoridad

sirve a una meta. Arranca al niño de su aprisionamiento infantil y lo convierte en adulto libre y autónomo. No lo mantiene en una perenne sujeción.

Concebir la autoridad como una perenne sujeción de los súbditos es negar la libertad y la autonomía de la persona, es hacer de la autoridad un fin en sí misma y es convertirla en poder.

No parece posible negar que en la Iglesia mexicana empiezan a enfrentarse, en diferentes casos concretos, que ya no son casos aislados los dos conceptos de autoridad.

Dejar que las cosas marchen por sí solas, sin enfrentar los problemas de fondo, no parece ser una solución. Y, si el problema se deja sin resolver, y sin enfrentar en sus causas profundas llegaremos ciertamente a una crisis y a un enfrentamiento inevitable. Esto no es hacer augurios futuristas y de mal agüero sobre la Iglesia. Es simplemente establecer la lógica de los acontecimientos, tal como van sucediendo.

Es necesario reflexionar, estudiar y resolver de frente y con valentía la tensión dialéctica que existe entre un concepto de autoridad abso'utista, inapelable, identificada con la verdad y con la voluntad de Dios, impositiva, fin en sí misma, convertida en poder, y el concepto de autoridad que respeta a la persona, que apela a la libertad, que ayuda al hombre autónomo a que autónomamente se realice en la forma más plena, que exige el ejercicio de la libertad y que lleva al hombre a que él sea quien tome su destino en sus propias manos.

Por los casos determinados que han sucedido en la Iglesia mexicana, no parece que podamos negar que ambos conceptos de autoridad se están dando de hecho y se confrontan entre sí. Ni todos tienen uno, ni todos tienen otro. Son dos conceptos existentes que ya empiezan a enfrentarse. Dejar este problema sin resolver y sin reflexionar muy a fondo, sería dirigir a la Iglesia a una desgarradura interior.

CONCLUSION

Estos son solamente dos problemas de los varios que se han presentado y que merecían un comentario. Son problemas que merecen un análisis serio por parte de la Iglesia mexicana. Y sería muy útil reflexionar sobre ellos. No se trata de hacer acusaciones y enjuiciamientos, ni de que nadie se sienta mejor que nadie. Se trata de que hagamos todos juntos una reflexión eclesial sobre nuestra fidelidad al Evangelio, y sobre el papel histórico que le toca a la Iglesia en el México de hoy.

Quedan otros muchos puntos, que tendrán que ser reflexionados en otra ocasión.

PROMOCION HUMANA Y CONVERSION

Xavier Cuenca, S. J.

Pretendo apuntar algunas reflexiones con respecto a las relaciones que vigen entre la labor de promover al hombre y la de suscitar en él un encuentro con el Evangelio de Cristo.

El Concilio Vaticano II es demasiado explícito en la decisión de tomar en cuenta al hombre, por sí mismo, a fin de poder acercarlo respetuosamente a la fuerza salvadora del Evangelio. En el decreto "Ad gentes" Núm. 11.

"Para que los mismos fieles puedan dar fructuosamente este testimonio de Cristo, únanse con aquellos hombres con el aprecio y la caridad, reconózcanse como miembros del grupo de hombres entre los que viven y tomen parte en la vida cultural y social por las diversas relaciones y negocios de la vida humana; estén familiarizados con sus tradiciones nacionales y religiosas; descubran, con gozo y respeto, las semillas de la Palabra que en ella se contienen; pero atiendan al propio tiempo, a la profunda transformación que se realiza entre las gentes y trabajen para que los hombres de nuestro tiempo, demasiado entregados a la ciencia y a la tecnología del mundo moderno, no se alejen de las cosas divinas; más todavía, para que despierten a un deseo más vehemente de la verdad y de la caridad revelada por Dios: Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los ha conducido con un coloquio verdaderamente humano a la luz divina, así sus discípulos, inundados profundamente por el Espíritu de Cristo deben conocer los hombres entre los que viven y conversar con ellos, para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios, generoso, ha distribuido a las gentes, y al mismo tiempo, esfuércense en examinar estas riquezas con la luz evangélica, liberarlas y reducirlas al dominio de Dios Salvador".

La Iglesia no puede olvidar que a quienes intenta descubrir el Evangelio como la gran noticia de Dios que viene a liberar, transformar y llenar de sorpresa la vida, son hombres concretos de carne y hueso. Hombres de quienes existencialmente se pueda decir que llevan una "vida verdaderamente humana". Esto supone una serie de factores mínimos:

"Es pues necesario que se facilite al hombre todo lo que éste necesita para vivir una vida verdaderamente humana, como son el alimento, el vestido, la vivienda, el derecho a la libre elección de estado y a fundar una familia, a la educación, al trabajo, a la buena fama, al respeto, a una adecuada información, a obrar de acuerdo con la norma recta de su conciencia, a la protección de la vida privada y a la justa libertad, también en materia religiosa". (C. Spes No. 26.)

Entonces, no es lo mismo hablar de hombres que existen, a hablar de hombres que llevan una vida humana. En un país subdesarrollado, existen muchos hombres, pero muy pocos pueden llevar una vida humana. Se ha tan llevado y traído el "subdesarrollo", que, en muchas ocasiones, se pasa por él como si fuera algo inofensivo o connatural. Cuando lo percibimos en cifras solamente, corremos el riesgo de manejarlas tranquilamente. "Subdesarrollo" quiere decir —entre otras cosas— que miles de hombres actuales y por venir, no van a poder llevar una vida verdaderamente humana mientras sigan intocables los círculos viciosos económicos, culturales, políticos y sociales que estrangulan a un país subdesarrollado. Lo sabemos v.g., por lo que al aspecto económico se refiere, que un país subdesarrollado compra poco porque gana poco. Produce poco, porque invierte poco y, no puede invertir lo suficiente, porque...

producción es muy baja. Porque tiene que trabajar mucho, no puede gozar de una educación más especializada y técnica, y, por carecer de esto, su trabajo es poco remunerativo. Porque está subalimentado, su rendimiento es exiguo y lo seguirá siendo mientras siga subalimentado... Otro tanto puede decirse sobre exportación e importación, mercado interior y mercado exterior: materias primas y mano de obra; préstamos e intereses...

Un país subdesarrollado condena, antes de que nazcan a miles de seres humanos que han de acostumbrarse a medio comer, a medio vestir, a medio instruirse, a medio elegir..., en una palabra, a medio ser seres humanos. Una alusión rápida a este problema, nos lleva a comprender, por qué no es un simple "slogan" decir que "sin hombre, no hay cristiano", y, por qué todo esfuerzo de auténtica "humanización" responde de lleno a secundar la voluntad salvífica de Dios:

"La actividad humana individual y colectiva, el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios... Asimismo cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un más humano planteamiento en los problemas sociales, vale más que los progresos técnicos; pues dichos progresos pueden ofrecer, como si dijéramos, el material de la promoción humana, pero, por sí solos no pueden llevarla a cabo" (G. et Spes No. 35).

Anteriormente, se insiste, aún con mayor fuerza, sobre lo mismo:

"Cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes, o las condiciones laborales degradantes que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana: todas estas prácticas y otras parecidas, son, EN SI MISMAS, infamantes y totalmente contrarias al honor debido al Creador" (G. et S. No. 27).

Así pues, toda promoción auténticamente humana encaja de lleno en el plan de Dios. Pero puede preguntarse: ¿Acaso la consigna explícita que Cristo dejó a la Iglesia es esta promoción humana? ¿No fue, más bien, "predicad el Evangelio a toda creatura"? ¿Queda salvaguardada suficientemente la "autonomía de lo temporal", que el mismo Concilio reconoce, cuando la Iglesia se esfuerza en evangelizar?

Con razón puede acusarse a varios miembros de la Iglesia, de instrumentalización, de manipu-

lación, de simonía menos descarada, "pero simonía", cuando, por ejemplo, se da "entrada gratuita a un club "católico", a cambio de hacer los primeros viernes..."

Sin embargo, no es honesto "testificar" los abusos. El Concilio da respuesta a quienes temen que la Iglesia pueda cooperar en la promoción humana sin violentar la conciencia personal:

"NO HAY Ley humana que pueda garantizar la dignidad personal y la libertad del hombre con la seguridad que comunica el Evangelio de Cristo, confiado a la Iglesia; El Evangelio anuncia y proclama la libertad de los hijos de Dios rechaza todas las esc'avitudes que derivan, en última instancia del pecado, respeta santamente la dignidad de la conciencia y su libre decisión" (G. et Spes No. 41).

Nunca subrayaremos demasiado la necesidad de promover al hombre. Podría pensarse que aquí deseamos sostener algo que el Concilio niega expresamente es decir, que el progreso humano y la extensión del Reino de Dios sean sinónimos.

"Hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del Reino de Dios, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, INTERESA EN GRAN MEDIDA AL REINO DE DIOS" (G. et Spes No. 39).

En otras palabras: por el hecho de que un hombre simplemente posea más y participe más en la vida pública, social y política, no se sigue que automáticamente sea más cristiano, sea más convertido. Pero vale también lo contrario: Entre menos hombre es una persona, entre más absorto y agotado esté para poder sobrevivir, menos posibilidad hay de que pueda convertirse y hallar en el Evangelio la "Buena Nueva liberadora". No le quedará tiempo para esto, y seguirá creyendo que se trata de un "arte liberal" apto para quien puede distribuir a su antojo el tiempo libre.

El quehacer fundamental de la Iglesia va dirigido a manifestar y crear —mediante signos, hechos y palabras— el conjunto de condiciones que propicien la conversión de los hombres, es decir el retorno vivencial y efectivo de "todo el hombre" a Cristo: gran noticia. Podemos recordar aunque sólo sea muy de paso que la misión evangelizadora de Cristo abarcó primordialmente hechos, signos y palabras; estas últimas más que nada, para descartar cualquier ambigüedad a su misión. (Cfr. Lc, 4 18 y ss) y Lc, 7, 2 2 y SS:"

"Id y contad a Juan lo que hebéis visto y oído los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos reucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva..."

Hacia el fin de la epístola a los romanos, San

Pablo también como que resume su misión evangelizadora entre los gentiles:

"No me animaré a hablar, sino de lo que Cristo ha realizado por medio de mí para conseguir la vuelta de los gentiles, de palabra y de obra, en virtud de señales y prodigios, en virtud del Espíritu de Dios... para dar cumplimiento al Evangelio de Cristo" (Rom., 15, 18 y ss).

Las señales del Reino incitan a un arrepentimiento, como algo indispensable para captar el mensaje "Arrepentios y creed a la Buena Nueva". (Mc., 1, 15).

La evangelización es en orden a la conversión. Desde el A.T. toda palabra de Dios va dirigida a cuestionar al hombre, a sacudirlo, a provocar en él una respuesta libre:

"Pues la palabra de Dios es viva y eficaz y más penetrante que una espada de dos filos, entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas y tuétanos y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (Heb, 4, 12 y 13).

Al decir que la Iglesia trabaja para suscitar la conversión de los hombres, hay que tener en cuenta que "suscita", no es Ella quien convierte: "Yo planté, Apolo regó, pero Dios es quién da el incremento. Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (I Cor 3, 6-10). Ni es cuestión de gran elocuencia.

"Mi lenguaje y mi predicación no fue con persuasivos discursos de sabiduría, sino con demostración de Espíritu y eficacia, a fin de que vuestra fe no estribe en sabiduría humana, sino en el poder de Dios". (1 Cor, 2, 4).

Pero esta verdad no es para negar la responsabilidad que tiene la Iglesia para hacer audible el Evangelio: tiene que mostrarlo como lo que es en realidad: "Noticia —liberadora—" que llena de sorpresa toda la vida. Luego entrarán en juego la acción de la gracia y la respuesta humana, pero la Iglesia habrá cumplido, cuando haya hecho posible el encuentro de ese mensaje haciéndolo inteligible al hombre no al infra-hombre.

Quizá recordando algunos rasgos de lo que implica la conversión cristiana y analizando la situación en que ordinariamente se hallan muchos hombres en nuestro mundo actual, es como puede ponerse más de manifiesto el camino tan amplio que tiene por recorrer la Iglesia para propiciar la conversión de los hombres al Evangelio de Cristo.

La palabra conversión todavía suele evocar la vuelta a Dios, repentina, decisiva, total. Asociamos esta palabra a "conversiones espectaculares" como la de S. Pablo.

Sin embargo, en la conversión cristiana, Dios suele plegarse al psiquismo humano. Tanto en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento, la palabra

de Dios se dirige al hombre sabiendo que está aprisionado y hecho de pecado. La historia de Israel es aleccionadora. Para él, la palabra de Dios contaba mucho: tenía la experiencia de que hacía cuanto quería, tenían la experiencia de que era salvadora, liberadora. Habían tenido la experiencia del destierro: estar fuera de la propia patria, ante costumbres aborrecidas, tratados como esclavos, manipulados y sin perspectiva alguna de poder salir de ese estado de postración por sí mismos. Eran sensibles a esto. La intervención de Yavé la podían percibir con todos los sentidos. Sin embargo la vuelta a Dios, la conversión, era siempre fluctuante. En el Salmo 106 hallamos una recapitulación de esa historia: Yavé llamando incesantemente a la conversión y la respuesta del pueblo hecha de un "Sí", pero todavía no:

"MUCHAS VECES LOS libró mas ellos deliberadamente se hundían en su culpa... Bien pronto se olvidaban de sus obras, no confiaban en sus designios... Se hicieron un becerro de oro y trocaron su gloria por la imagen de un buey que come hierba... Se olvidaron de Dios su Salvador, que tan grandes cosas había hecho y le provocaron a ira con sus obras... Mas Yavé se acordó de su alianza, se enterneció según su inmenso amor..."

Como podemos ver, Yavé tenía a su pueblo incesantemente en un llamado de conversión que iba mucho más allá de una simple aceptación intelectual. El volverse o no a Yavé, se traducía en opciones existenciales que afectaban la vida más íntima de todo el Pueblo: aceptar el paso al desierto, no comer los sacrificios de los muertos, no adorar a otros dioses... Los profetas cesarían de interpelar al Pueblo en el nombre de Dios. A pesar de todos los esfuerzos sucedería muchas ocasiones aquello de:

"Se contaminaron por sus obras y se prostituyeron con sus acciones".

Así pues, la conversión de los hombres no es algo que se sigue necesariamente por el hecho de que hayan oído la Palabra de Dios. La respuesta humana suele ser de avance y retroceso.

En pocas palabras, para poder hablar de conversión en un individuo, en un pueblo, en un grupo social, se necesita que pueda existir:

"una relación personal, en la que el hombre se compromete todo él, con el Dios vivo... una llamada a un cambio de vida, profundo interior, que corresponde al acto decisivo y completamente inaudito de Dios que viene a librarnos y perdonar los pecados. La conversión obliga a revisar por completo el sentido de la vida propia con relación a este acto decisivo de Dios. Es la respuesta del hombre que deja a Dios tomar plenamente la iniciativa".

en su vida; implica primeramente un arrepentimiento para abandonar el pecado "Arrepentíos y creed a la Buena Nueva" (Mc. 1, 15) y, finalmente las consecuencias para toda la vida, que será renovada por comp'eto. La vida tendrá otro estilo, el que conviene al Reino de Dios y que se resume maravillosamente en una actitud de "no posesión, de disponibilidad y confianza... "un a priori" de afectuosa apertura... En una palabra, la conversión es el proceso, por el cual, el fiel se deja engendrar y formar por Dios, en dependencia de Jesucristo. 2 (Tomado de Congar, en *Parole et mission*, octubre 1960).

Vemos, entonces, que en el proceso de conversión tienen que aparecer de una u otra forma, por su naturaleza misma: la sorpresa, la a'egría, la lucha, la liberación, la actitud del pobre de espíritu, la admiración, la decisión, el espíritu evangélicamente penitencial.

Ahora bien, si Dios se adapta al psiquismo humano, veremos que un hombre se decide y se compromete profundamente cuando aquello que percibe como digno de conseguirse, lo aprecia **ALCANZABLE, BENEFICO Y COMPENSADOR.**

La Iglesia va cobrando cada día más conciencia de todo el camino que hay que recorrer para acercarse eficazmente al hombre de hoy al verdadero rostro del mensaje cristiano.

Una serie de preguntas podrían clasificar los canales de búsqueda que hoy se está haciendo ya en los sectores más vivos de la Iglesia:

- a) ¿Pueden percibir la "Buena Nueva como algo que cautiva e imanta toda la vida, los hombres que —con o sin culpa— se han acostumbrado a mirar a Dios como "ALGO" que puede acarrear buena suerte, en determinados momentos de apuro en la vida, o al contrario, como "surtidor de fuertes castigos", de suerte que por eso convenga aplacarlo con algunos gestos o dádivas externas, como ir a Misa, tener algún cuadro piadoso en casa, bautizar a los niños y alistarse en alguna peregrinación?
- b) ¿Y quienes se han acostumbrado en su vida a percibir la Iglesia "como estación de paso" u "oficina de lo sagrado" o, lo que es peor, a identificarle con las fallas y antipatías hacia el clero?

Pero prescindiendo de todas las deformaciones de tipo religioso o eclesial que impiden el descubrimiento de la "Buena Nueva", lo que por ahora urge preguntarse más es:

¿Cómo puede suscitarse la verdadera conversión, v.g. cuando nos encontramos ante alguna (s) de estas situaciones:

- 1.- ¿Puede convertirse quien prácticamente lo ignora todo de Dios y vive extenuado, hoy, sostenido casi exclusivamente por el tenaz instinto de sobrevivir, para dormirse consumido de preocupación ante el reto de poderlo hacer también mañana?
 - 2.- ¿Y quien tiene como aspiración máxima eludir toda responsabilidad y complacer minuciosamente a todos los reclamos de la concupiscencia?
 - 3.- ¿Y el que es radicalmente desconfiado para no querer esperar nada de nadie?
 - 4.- ¿Y el que no puede jamás dar algo sin antes recibir?
 - 5.- ¿Y el que tiene como lema supremo "no meterse en líos" por la incapacidad de correr el menor riesgo en pro de los más indefensos y desamparados?
 - 6.- ¿Y para quien un billete de cien pesos equivale valorativamente en su vida a mucho más que cualquier otro valor que tenga que ver con la libertad, la justicia, la verdad y lo bello?
 - 7.- ¿Y quien no ha experimentado a profundidad la comunicación interpersonal de su suerte que de ahí haya salido equipado vivencialmente para afanarse mucho más por "los otros yo", que por las cosas?
 - 8.- ¿Y el que no tiene la persuasión vivencial de que no puede ser feliz por sí mismo, por más que haya logrado rodearse de bienes y pasatiempos?
 - 9.- Finalmente si estamos de acuerdo, en que la conversión —dentro de los actos libres— es el que pone más violentamente en jaque a nuestra libertad ¿Podrá, entonces convertirse quien precisamente a lo que se ha dedicado en su vida es a no decidirse ni comprometerse? igualmente ¿Quien no se ha preocupado en serio por hallar personalmente el sentido de su vida, podrá interesarse por el que Dios le da?
- Estos interrogantes y otros muchos similares que podrían hacerse, como que invitan a recordar aquello que dice S. Lucas citando a Isaías:

"Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas, todo monte y colina será rebajado y lo tortuoso será enderezado" (Lc. 3, 4-6).

Dejando a Dios lo que es de Dios y al hombre lo que es del hombre —su responsabilidad y docilidad a la gracia que opera mucho más allá de la eficiencia que externamente puede ejercer "la Iglesia institución"— lo que interesa a quienes permanecen sensibles por "predicar el Evangelio a toda creatura", es cómo hacerlo ante la complejidad del momento presente.

Y en este sentido no está por demás evocar una serie de principios que de tan conocidos, pue-

den arrumbarse en el rincón de lo inoperante. Así pues es necesario poner muy en claro que:

- a) Para convertir no existe técnica.
- b) Que la conversión puede tener un punto de arranque especial, pero que nunca acaba jamás nadie de convertirse plenamente.
- c) Que es antiteológico, antihumano, antinatural, el querer emplear piadosos trucos para violentar la libertad de las personas induciéndolas a una pseudoconversión.
- d) Que Dios no pide a su Iglesia que de hecho se conviertan los hombres, sino que ponga todos los medios para que sea posible.

Así pues, hay que tener muy en cuenta los siguientes equívocos que pueden distorsionar la labor de quienes evangelizan:

- 1.- Pensar que la conversión de una persona, de un grupo humano, sea algo fácil y rápido.
- 2.- Que al menos involuntariamente se le presenten falsos mesianismos a "los convertendos" haciéndoles creer que la conversión cristiana eliminará sus penas, sus incertidumbres y les ahorrará esfuerzos...
- 3.- Creer que la conversión equivale a seguridad y tranquilidad.
- 4.- Que aumentarán sus amistades, su influjo y su fama.
- 5.- Que quedarán, además, consolidados en sus bienes, en su familia en su salud y en su trabajo.
- 6.- Que su viraje hacia Dios será en línea intermitentemente progresiva.
- 7.- Que podrán permanecer afectivamente "consolados" sin repugnancias ya, ante las exigencias del Reino.

Al tratarse de la conversión o no conversión de una persona o de un grupo humano, la Iglesia sólo puede rastrear algunos indicios que le permiten fundamentalmente conjeturar si se ha entrado dentro de un "PROCESO DE CONVERSION". Aun en medio de recaídas y pecados, hay algunos síntomas que, en mi opinión, son manifestativos:

- 1.- Cuando la persona vive preocupada sustancialmente por lo que Dios piensa de su vida y, en cambio, reacciona con cierto sentido del humor ante la diversidad de enjuiciamientos que de él hagan los demás.
- 2.- Cuando la nostalgia de Dios se acentúa más y más, pero no románticamente, sino como insatisfacción que impulsa "a dar siempre más de sí".
- 3.- Cuando la actitud dominante es de apertura total para dejarse interpelar por Dios en todos los momentos de su vida, en vez de hacerse un Dios a su medida.
- 4.- Cuando la entrega a los demás se va haciendo

como connatural, sin calculismos, y va disminuyendo paralelamente "el escándalo" de los contrasignos cristianos de los demás.

- 5.- Cuando la aceptación del Misterio en su vida se va haciendo algo espontáneo en vez del "sofisticismo" que pone a Dios en el banco de los acusados sometiéndolo a la cordura de la razón humana.
- 6.- Cuando predomina la actitud de un interés desinteresado por Dios, es decir, cuando se va verificando lo que San Pablo decía "Procurad tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús..."
- 7.- Cuando la actitud de fondo llega hasta el verdadero perdón de los enemigos.

Como se comprende, estos signos manifestativos de la gestación de una conversión requieren todo un desarrollo de integración de la persona humana. Por eso, en mi opinión, resulta válida la afirmación siguiente:

Cuando la gente se va convirtiendo, se personaliza, se promueve, se humaniza. Y cuando la gente se humaniza, en el sentido básico que "es más" no simplemente de que sabe y posee más se acerca consciente o inconscientemente a la conversión cristiana.

Por lo tanto, hablar de promoción humana de conversión cristiana, es hablar de dos realidades conceptualmente distintas —pero que en la realidad concreta del único orden existente de la historia de la salvación en el que la Encarnación del Hijo de Dios trasciende e impregna todo lo creado, resultan realidades que se complementan que se implican, que se necesitan mutuamente que responden de lleno a la voluntad salvífica de Dios".

Al terminar este guión, noto lo incompleto que está. Quedan muchas implicaciones por esclarecer. Así por ejemplo, el hecho de personas psicológicamente enfermas en las que sin embargo se ha dado verdadera santidad.

Pero como advertía desde el principio el fin es recordar algunas relaciones entre la tarea de promover al hombre y la de invitarlo a la conversión.

Me parece oportuno finalizar el guión repudiando algunas de las conclusiones a las que llega el P. Juan Alfaro (1). Convendría la lectura directa de todo su libro para apreciar mejor la fundamentación de sus conclusiones.

CONCLUSIONES

- 1.- A lo largo del presente estudio hemos intentado analizar el sentido y el valor del programa humano en la existencia cristiana. Quisiéramos presentar en síntesis los resultados obtenidos

La transformación del mundo por obra del hombre conduce a una progresiva humanización del hombre mismo, a saber, a una creciente conciencia de sí mismo y a una más radical responsabilidad ante la historia y ante su porvenir trascendente, Dios.

En la medida en que el hombre domina el mundo, se hace más libre y se enfrenta a un nivel más profundo con su problema fundamental, que es el sentido de su existencia en el mundo; vive de un modo más auténtico su opción decisiva, a saber, o encerrarse dentro de las fronteras de lo intramundano, o abrirse al más allá absoluto (es decir, a la profundidad última de su propia interioridad). Una vez que la responsabilidad del hombre constituye su radical capacidad de entrar en diálogo personal con el Dios de la gracia, debe admitirse que el crecimiento de esta responsabilidad perfecciona la capacidad radical del hombre a la gracia. El encuentro entre el amor de Dios por Cristo y el amor del hombre pertenece a la esencia del cristianismo. El amor constituye la más honda dimensión de la libertad. Lejos de oponerse al cristianismo, el progreso del hombre y el consiguiente crecimiento de su responsabilidad son plenamente conformes a la esencia del mismo, pues hacen al hombre más auténticamente hombre, es decir, más capaz de ser interpelado por el Dios del amor. Si la espiritualidad del hombre es condición trascendental para la gracia como donación personal de Dios en sí mismo, la progresiva espiritualización del hombre por su acción sobre el mundo perfecciona su apertura fundamental a la libre aceptación del absoluto como amor.

Con el dominio del hombre sobre el mundo crece su conocimiento del mundo y de sí mismo, y consiguientemente su capacidad de comprender y expresar la revelación divina como palabra de Dios al hombre, encarnada en imágenes, símbolos y conceptos humanos. Cristo, plenitud de la revelación (Palabra personal de Dios hecha hombre, y por lo tanto historia), se apropió la palabra humana en su dimensión histórica y expresó en ella el misterio de Dios en El. El devenir histórico del espíritu del hombre de la comprensión y expresión de sí mismo, implica el progreso de su espiritualidad como capacidad fundamental de comprender y expresar el misterio de la revelación de Dios en Cristo. El progreso humano condiciona (como presupuesto o "potencia obediencial") el progreso mismo del conocimiento de la palabra de Dios por la fe y por la reflexión de la fe sobre sí misma, que es la teología.

El progreso del universo y del hombre mismo por su acción sobre el mundo entra esencialmente dentro de la intención creadora de Dios, más aún, dentro de su permanente acción creativa: en su

obra de transformar el mundo, cumple el hombre la intención y la acción misma del Creador. El hombre debe aceptar y expresar este sentido de su acción sobre el mundo; pero no es esta refleja sumisión al plan divino la que confiere a la obra del hombre el sentido de cumplimiento de la acción creativa de Dios, sino es más bien el sentido interno de la obra misma del hombre el que exige del hombre la aceptación expresa del mismo. Por otra parte la ordenación intrínseca de la transformación del mundo al progreso de la humanidad pone cada hombre en su acción sobre el mundo, ante el valor absoluto de la persona humana; la aceptación sincera de este valor implica la afirmación volicional del valor personal trascendente, Dios. Lo sepa o no lo sepa, todo hombre que en su trabajo busca desinteresadamente el bien de la humanidad, vive en su corazón (en lo profundo de su actitud personal) la existencia de Dios. Finalmente, en la esperanza (exigida por el sentido mismo de su existencia como "espíritu en el mundo") de que el progreso humano no termine en el fracaso total de la humanidad misma y de su historia, se abre el hombre al porvenir absoluto, que se llama Dios.

Considerado en sí mismo, el progreso del hombre no pertenece a la historia de la salvación. Pero esta consideración es tan legítima, como insuficiente para comprender plenamente el sentido de la obra del hombre en el mundo. Porque el hombre no existe sino como llamado internamente a la comunión de vida con Cristo glorioso y el mundo está de hecho finalizado en el hombre "cristiforme" y por él en Cristo ("existencial cristico"); la mutua relación entre el mundo y el hombre tiene su último fundamento en la ordenación interna de ambos a la participación escatológica en la gloria del Señor. Por consiguiente, la acción del hombre sobre el mundo, esencialmente orientada al progreso del hombre, ha sido elevada por la gracia de Cristo a cumplimiento y expresión de la salvación del hombre y del mundo, que comienza ya desde ahora y tiende a su plenitud escatológica. El progreso humano, que lleva en sí mismo la apertura al porvenir absoluto y en esta dimensión trascendente es realizado de hecho bajo la acción del Espíritu Santo, coincide existencialmente con el reino de Dios en el mundo. Como negación de esta dimensión trascendente, el pecado se opone indivisiblemente a ambos.

La encarnación del Hijo de Dios, cumplida definitivamente en la glorificación de Cristo y en el don del Espíritu de Cristo a los hombres, ha elevado las relaciones interpersonales humanas a un nivel cristológico y teológico. Cada hombre es realmente para los demás hombres, no solamente "imagen de Dios", sino hermano del Hijo de Dios

hecho hombre. Todo hombre está llamado internamente a amar a Dios en Cristo y a Cristo en los hombres; el amor de Dios no se cumple sino en el amor de Cristo y el amor de Cristo en el amor de los hombres. Si la acción del hombre sobre el mundo está ordenada intrínsecamente al servicio de la humanidad, esta ordenación ha sido convertida por la gracia de Cristo en servicio de la humanidad "cristiforme", es decir, en servicio de Dios por Cristo.

Todo hombre, que en su acción sobre el mundo, sirve desinteresadamente al progreso de la humanidad, sirve realmente a Cristo (aunque inculpa-blemente lo ignore). Este es el aspecto más visible del valor de la acción del hombre sobre el mundo para el cristiano: su obra en el mundo para el progreso de la humanidad es realmente servicio del Señor. La ley de Cristo que tiene su plenitud en el amor de los hombres y que el mismo Cristo interioriza en el corazón del creyente por su Espíritu exige del cristiano su empeño radical en la obra de transformar el mundo para el progreso del hombre. El cristianismo con su doctrina del amor universal, y sobre todo por la acción interior del Espíritu de Cristo en el sacramento de su Iglesia, tiene hoy día una misión más actual

que nunca para contribuir a la auténtica fraternidad y al progreso de los hombres sin límites de naciones, razas o culturas.

El temor y el prejuicio ante el progreso humano radicalmente anticristianos; suponen lógicamente el dualismo maniqueo. La falta de empeño en la obra de transformar el mundo para el perfeccionamiento del hombre, como hombre, delata una visión "desencarnada" del cristianismo, es decir, de un cristianismo que olvida que su propia esencia es el misterio de Cristo como Hijo de Dios hecho hombre; que olvida, en una palabra, la dimensión encarnacional y eclesial de la gracia como donación y revelación de Dios en Cristo por el Espíritu Santo. Un cristianismo plenamente consciente de sí mismo debe vivir su compromiso con el progreso del hombre por la transformación del mundo como incluido en su esperanza escatológica a saber, en la espera de Cristo, Señor de la creación y de su historia. El empeño por el progreso humano (es decir, por el perfeccionamiento del hombre en todas las dimensiones de su existencia) constituye un aspecto fundamental de la vida del cristiano; en él coinciden absolutamente un ser de hombre y su vocación por la gracia de Cristo.

¿ CONOCE USTED LA IGLESIA A LA QUE PERTENECE ?

LOS NUEVOS CATOLICOS

Mi catolicismo no me separa del mundo ni de sus problemas, sino que, por el contrario, me acucia cada vez más a meterme de lleno en las inquietudes de nuestro tiempo.

\$ 56.00 - Dls. 5.05

Enrique Miret Magdalena

BUSCANDO LA IGLESIA CONCILIAR

La reflexión provocada por el Concilio ha adquirido rasgos peculiares, tensiones características. Algunas reflexiones colectivas prueban que la raíz conciliar es muy honda.

\$ 47.00 - Dls. 4.25

En colaboración

UPSALA 1968

Para las personas interesadas en oír la voz de la Iglesia. Una selección de Informes, Declaraciones, Alocuciones.

\$ 39.95 - Dls. 3.60

Consejo Ecuménico de las Iglesias

OYENTE DE LA PALABRA

Fundamentos para una filosofía de la Religión.

\$ 49.95 - Dls. 4.50

Karl Rahner

Obra Nacional de la Buena Prensa A.C.

Donceles 99-A • Apartado M-2181 México 1, D. F. • Orozco y Berra 180 (A un costado de Omnibus de México)

La Aplicabilidad Apostólica del "Ad Gentes" a las "Situaciones Misioneras" de América Latina y de Nuestro Mundo Indígena de México

Alberto Gutiérrez Formoso, S. J.

INTRODUCCION:

Nos mueve a este título de APLICABILIDAD del "Ad Gentes" pues su dinamismo interior nos confronta con nuestra actividad eclesial, nos exige una nueva forma de presencia: "más misionera" precisamente en determinadas zonas de América Latina, sacramentalizadas sí, pero no evangelizadas.

La nota número 15 del Decreto a su párrafo sexto: "Actividad Misionera" nos invita a un estudio serio de APLICABILIDAD. Sentamos de antemano en que todos los lectores están convencidos de la fuerza realista que tienen las afirmaciones del Documento de Melgar "La Pastoral en las Misiones de América Latina" cuando nos habla de "situaciones misioneras" (n. 18) que nos urgen una respuesta pastoral muy específica, y no la tradicional que ya no responde adecuadamente.

Vamos a procurar delinear esta respuesta pastoral de EVANGELIZACION a estas "situaciones misioneras" a la luz de la doctrina del Ad Gentes.

Suponemos también ya conocida y asimilada toda la perspectiva TRINITARIA del primer capítulo doctrinal del Decreto: el hondo sentido de MISION.

He aquí pues algunos de estos rasgos peculiares para una respuesta más adecuada y más eclesial que considere los signos de los tiempos y la realidad viva.

1.- La salvación bíblica es reunir a los hombres en "iglesias" para hacer crecer el Cuerpo de Cristo hasta la plenitud de su edad perfecta. Este es el único designio salvífico de Dios.

Es absurdo justificar una pastoral —o una acción misionera en nuestro caso— a partir de la necesidad de la salvación personal como asunto individual y lograda como un mínimo vital...

Lo notable para nuestras zonas es que ya el Señor nos presenta una intensa y diaria VIDA COMUNI-

TARIA como base sociológica de una acción pastoral. La base para la "familia de Dios": célula de Iglesia. En línea de "fermento": estilo misionero de trabajo con mucho sabor evangélico.

Y como ejemplos: ahí están nuestros "parajes-rancherías" de los indígenas tseltales de Chiapas con un promedio de 17 familias y 119 habitantes. Están los llamados "ANEJOS" de los indígenas Shuaras en la amazonía ecuatoriana. (La gente los conoce con el nombre de jibarías que significa salvajes). Y que son un ejemplo palpable de organización social base de una actitud pastoral. Están las "ESTANCIAS" de los araucanos del sur de Chile: con una recia contextura de unión interna. Están también las "MALOCAS" amazónicas que encierran la riqueza de la VIDA COMUNITARIA dentro del amplio y redondo techo de sus construcciones.

Y aquí aparece con fuerza la coyuntura de un trabajo de Iglesia —a la luz del AD GENTES—, para formar una COMUNIDAD VIVA Y OPERANTE: fase inicial de toda EVANGELIZACION. Esto es la base social de lo que los autores han llamado en teoría: las Comunidades eclesiales de base. Nosotros creemos poder afirmar que este es el modo de OBRAR DE DIOS. Máxime en estas zonas de "situación misionera" como territorio real de MISION, no en el sentido romántico de antes, sino con la convicción teológica que el "Ad Gentes" nos confirma.

2.- Pero no solo se necesita una COMUNIDAD OPERANTE. Es imprescindible el TESTIMONIO CRISTIANO (Ad Gentes 10 al 12) para una labor de Iglesia evangelizadora. Es el testimonio de vida el requisito normal para la eficacia del pregón misionero. Y esto ante y junto con la proclamación de la Palabra. Así lo afirman los misionólogos, y así nos lo confirman las comunidades vivas de Fe. Lo hemos visto entre

los cristianos aymará del altiplano boliviano en Viacha; conocemos —hasta emocionarnos con su testimonio— a los “pregadores populares” del nordeste de Brasil, en Tutoya, estado de Maranhao. Los indígenas yumbos “catequistas” del río Napo en el oriente del Ecuador.

3.- Y sin embargo, el AD GENTES es muy concreto. Nos concreta este testimonio con la LEY DE LA ENCARNACION que realmente regula nuestro quehacer apostólico. No podemos usar solamente el testimonio cristiano como un ardid proselitista. Tenemos que llegar a una encarnación comprometedora y respetuosa.

Así nos lo enseña el Decreto (n. 11 y 12):

“Con el mismo afecto con que Cristo se unió por su ENCARNACION a ciertas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió...”

“Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los ha conducido con un coloquio verdaderamente humano a la Luz divina, ASI sus discípulos...”

“ASI la Iglesia se une por medio de sus hijos a los hombres de cualquier condición...” (Ad. G. 12).

La dialéctica de la ENCARNACION, hecha de caridad condescendiente, de humildad sincera, de servicio cordial, de diálogo fraterno, tiene que seguir actuando en el mundo a través de la Iglesia misionera.

4.- Más aún. Este testimonio, y esta Encarnación tienen que ir sostenidos continuamente por una ACTITUD DE DIALOGO. Diálogo que es comprensión; que es respeto porque es amor y amar es respetar; que es colaboración y conocimiento de la idiosincrasia de cada pueblo y de su riqueza.

No dejaremos de insistir en esto. El trabajo misionero de la Iglesia —al menos en estas “situaciones misioneras”— no es tanto de presentación doctrinal de un mensaje, sino de hacernos presentes por medio de una ACTITUD QUE EN SU RESPETO Y EN SU LIBERTAD INTERIOR llegue a cuestionar e inquietar a todos los hermanos con la radicalidad y novedad gozosa del Evangelio. Cuando —a raíz de nuestras actitudes sinceras y definidas— nuestros hermanos nos preguntan los porqués de nuestra vida, entonces será el momento de comunicarles con valentía y felicidad el MENSAJE del Señor. Este es el único camino que hará CREIBLE nuestro testimonio, nuestra encarnación y nuestro diálogo. Es la comunicación “no verbal” de que hablan los psicólogos sociales, de tanto impacto.

5.- Hay un punto característico en el AD GENTES cuando se trata de aplicarlo a estas regiones de América Latina: la CONVERSION Y EL CATECUMENADO (cfr. n. 13 y 14).

Como que nunca habíamos caído en la cuenta —todavía no lo hacemos hoy en serio y con todas sus consecuencias— de que nuestra América Latina necesita pasar —en sus cristianos— por períodos intensos y

vivos de CONVERSION y por lo tanto de real y teológico CATECUMENADO.

El decreto nos habla de “ANUNCIA AL DIOS VIVO”. Y yo pregunto si es que hemos anunciado al Dios vivo en una profunda y precisa perspectiva trinitaria, con una respetuosa y lenta catequesis experiencial y viva, o nos hemos concretado a enseñar prácticas religiosas que alimenten los deseos buenos y naturales de nuestros pueblos en su búsqueda primaria de Dios vivo.

Y el problema se agudiza si tratáramos de examinar cuál ha sido nuestra posición ante una Evangelización comprometedora en línea de liberación integral y de respeto a la persona humana.

No hemos respetado la dignidad de la persona humana. Mucho menos de la persona de nuestros hermanos indígenas. Tenemos, dijo el P. Guarda, “una masa vencida antes de ser convencida”, y esto en el contexto de una Evangelización de gran riqueza histórica.

Y nuestro punto de vista es complejo porque en nuestras “situaciones misioneras” la CONVERSION tiene tres rasgos negativos. Puede ser INTERESADA en el plano humano solamente. Puede estar motivada por MIEDO o coacción moral y condicionante. Puede ser tan sólo originada por un movimiento de MITOSISMO social que equivoca lo serio y personal de la conversión: la reacción interpersonal con Jesús, desde un contexto de enriquecedora dimensión comunitaria como apoyo a esa respuesta personal de Fe.

6.- Y aquí es donde quisiéramos sugerir con firmeza la necesidad de un CATECUMENADO DE VUELTA para todos nuestros hermanos sacramentalizados y no conversos todavía. Todo lo que se ha hecho en esta línea: precatequesis bautismales; explicación sentida de la liturgia, son primeros escalones hacia una exigente vida autóctona de Iglesia Encarnada; son condiciones de una seria actividad misionera. El AD GENTES para todo el mundo: el documento de Medellín para la América Latina; el compromiso de Ximara para la Iglesia de México frente a las culturas indígenas son líneas muy claras de dirección y de avance. No lo estricto de una visión jurídicista no entorpece la coyuntura del Espíritu.

7.- Un último rasgo del decreto: CONTAR CON LOS LAICOS en toda su vitalidad y corresponsabilidad eclesial. No clericalizarlos, sino tomar conciencia de la hondura del valor primario de su testimonio. Ésta es la verdadera y anhelada ENCARNACION de la Iglesia en su labor evangelizadora.

Son estos rasgos firmes un horizonte abierto a la reflexión apostólica a la luz del AD GENTES. La lectura atenta del decreto es obligatoria en nuestra conjunta de instaurar el Reino y anunciar al Señor.

Alberto Gutiérrez Formoso SJ.
MISION DE BACHAJON, Chis.

LA ACTIVIDAD MISIONERA: UN DIALOGO INTERCULTURAL

Jesús Ricardo Robles, S. J.

Al tocar este tema quiero reducirme a la experiencia personal y dejar a un lado las múltiples teorías de "inserción", "teología de la liberación", "realidades temporales", "cultura", "encarnación"... No es que no crea en el valor de muchas de las investigaciones realizadas, no es que piense que hay que prescindir de lo que otros han logrado, no es afán de improvisación; al contrario creo que sin la experiencia y el pensamiento de muchos que nos han precedido no lograríamos nada. Pienso sin embargo que a la persona humana no se le puede abordar teóricamente, que cada persona es un Misterio que hay que respetar radicalmente, que sólo la aproximación concreta en relaciones de amistad profunda puede ser válida. Esto que digo de la persona, lo afirmo también de las culturas.

Las misiones son ante todo implantación de la Iglesia en terrenos donde la *Palabra* no ha llegado en plenitud, pero si se les concibe como una empresa que tiene el objetivo claro de implantar una estructura dentro de un núcleo humano y que debe enfocar técnica y esfuerzos a esa implantación, corremos el peligro de lograr exactamente lo contrario de lo que pretendíamos. No llegaremos a la transmisión de una estructura "eclesial" sino a una imposición más o menos violenta porque pasaremos fácilmente por alto la dignidad de la persona y de su cultura, de sus valores y su libertad. Porque hay muchas maneras sutiles de imposición, desde la demagogia hasta el de la propaganda comercialista.

POSIBLES FALLAS DE HOY:

La falla puede estar en las misiones en diferentes puntos concretos de los que creo deben ser subrayados tres: El *medio* usado en la implantación de la Iglesia, el *cambio* de terreno cultural y el *temporalismo*.

No se logrará llegar a una estructura eclesial si se la concibe como organismo, como institución... más que como un espíritu. Se habrá logrado implantar un

cierto imperialismo religioso, una estructura de opresión y enajenante, pero no se llegará a la implantación de la Iglesia mientras el medio que se use sea, más el de la técnica de organización, el de la burocracia organizada para una "racional" aproximación al hombre y una "elevación" de sus niveles económicos, espirituales... El medio principal deberá ser el de la proclamación del mensaje evangélico. Lo demás puede ayudar subordinado siempre al fin: llevar un testimonio humano que encarne la palabra que se cree y se proclama. La fuerza de la estructura eclesial está en el espíritu, en comunión, en amor; no puede estar en factores externos de instituciones, números estadísticos, económicos... sino como consecuencia y manifestación absolutamente indispensable de la estructura espiritual de base.

La falla en la práctica misional de hoy puede estar también en lo que arriba llamaba el cambio de terreno cultural. Si aprovechamos todos los elementos occidentales de técnicas psicológicas, sociológicas o antropológicas para llevar a un fin al grupo humano que tratamos; podemos caer en una terrible opresión científica del grupo mismo aun con la mejor voluntad de ayuda y los mejores sentimientos de fraternidad. El error básico puede estar precisamente en aprovechar todos los elementos que nos da nuestra cultura propia para convencer, para dirigir, para "elevar" al grupo humano al que nos enfrentamos. Mientras seamos nosotros los que determinamos las necesidades del grupo y no el grupo mismo, estaremos en un terreno de injusticia y presión. Es relativamente fácil deslumbrar al grupo con elementos brillantes para imponer nuestra opinión. Lo difícil es aceptar la relatividad de la propia cultura y establecer el diálogo intercultural tomando al otro como valioso culturalmente. Lo fácil es aprovechar el doble plano para imponer y oprimir. Esta aproximación no se da sin conocimiento y aprecio de las dos culturas en juego y sin un abierto y real *diálogo intercultural*.

Finalmente una falla actual, la más peligrosa, está en tomar a la letra lo que se dice de "primero dar el pan y luego la Palabra". No hay prioridad temporal que sea lógica ni constructiva en la dinámica de la Historia de Salvación. Es una tentación clara que resuma en muchos casos actuales las dos fallas que anotábamos antes. Un progreso temporal sólo, sin abrir al hombre a sus valores trascendentales y a su relación con Dios es más enajenante que liberador. No resuelve la problemática honda del hombre de hoy. Es tan parcial como suprimir el espíritu en el hombre. El "temporalismo" sería tan nefasto como el "espiritualismo" del que justamente podemos quejarnos pero en el que cada día tenemos menos tentación de caer.

Todas estas fallas y otras que podrían enumerarse, tienen una raíz común: la falta de un verdadero contacto cultural, de un **DIALOGO CULTURAL**.

UNA EXPERIENCIA PERSONAL:

He tenido la oportunidad de vivir algunas semanas entre los tarahumares en medio de algunos años que llevo viviendo en su sierra. Puede parecer extraño el de hablar de una semana en varios años. Lo importante es el contenido de ese tiempo de aprendizaje sin pretensiones de trabajo, sin querer dar, sin ir a proyectar mi occidentalismo entre ellos. Creo en la "inserción", pero no en la demagogia de la Inserción.

De hecho son años entre ellos, pero no sólo unas semanas de verdadero "aprendizaje cultural". Es un lujo el poder dedicar mucho tiempo a esto, en el plano en que lo creo válido. Me parece sin embargo que sin este tipo de convivencia no se va lejos en el trabajo misional. No pretendo ser un conocedor de los tarahumares, creo que soy un sujeto al que ellos han enseñado a dudar definitivamente de su propia cultura.

Quise un día aventurarme en el plan en que podría estar un niño de meses en su ambiente familiar: aprendiéndolo todo, balbuciendo apenas su lengua, siguiendo todos sus pasos.

Aprendí lentamente lo más superficial: sus reglas de cortesía y de etiqueta, sus horas de comer, su dieta, sus horarios, su tecnología... Fui después interrogándome sobre sus valores, cuando pude descubrir elementos tan valiosos que me quedé, como los niños, azorado.

Quiero comunicar esta experiencia que es sólo un punto de partida. Lo principal del aprendizaje queda por hacerse. El terreno religioso, tan central, es aún una incógnita sobre la que sólo tengo intuiciones aisladas.

Viviendo entre los tarahumares, con una familia, comiendo con ellos y lo que ellos, trabajando con ellos, aprendiendo a seguir huellas del ganado, paseando si ellos paseaban... me encontré con que de pronto y sin pretenderlo había pasado sin lavarme siquiera las manos durante cinco días. No los había visto hacerlo

y no lo había hecho. Me dio gusto en medio de cierta extrañeza. Parecía que de verdad había logrado mi propósito: ir a aprender y desligarme de mis propias costumbres y manifestaciones culturales, porque como este detalle hubo muchos.

LAS INTERROGANTES:

Así fue como una serie de dudas comenzaron a acumularse, como se fueron formulando una serie de preguntas sobre su escala de valores. Fue entonces cuando pude aceptar que con todos mis conocimientos y estudios, estaba en medio de un gran misterio pues empecé a ver como "valores extraordinarios" la misma que meses antes veía como incultura o etapas a superar. Había comenzado a ver con otros ojos diferentes a los míos, con los ojos del tarahumar mismo.

Las interrogantes eran muchas: ¿cuál era para ellos el valor del tiempo? ¿cuál el valor del dinero? ¿cuál era el sentido de su silencio en las reuniones familiares? ¿por qué no sabían aprovechar el tiempo? ¿eran una raza perezosa?; no tenían el sentido de la previsión económica y el dinero parecía no interesarles ¿estaban condenados a no progresar por apatía? No comunicaban tantas cosas que a mí se me hubiera ocurrido hablar, no expresaban nada en ratos de interminable silencio. ¿Eran tan tímidos que estaban condenados a la soledad?...

Y las respuestas a esas preguntas se fueron aclarando poco a poco. Todos aquellos defectos se veían en su medio y con sus ojos, cada día más claramente, como cualidades indiscutibles. No podía aceptarlo aún pero a todo. Estaba en medio del misterio que es cada hombre y cada cultura. El principio según el cual "no hay culturas superiores o inferiores, sino simplemente culturas diferentes", estaba pasando a ser verdadero y vivencial más que teórico e hipotético.

Un día descubrí la clave de interpretación, como se resuelve un problema largamente pensado: de golpe como si me hubieran quitado la venda de los ojos el paisaje luminoso quedara abierto a la observación, al estudio, a la contemplación. Su cultura se me presentó más diáfana y tan profunda que comprendí que tan sólo había dado con la puerta de entrada. Me faltaba recorrer todo el terreno tarahumar. Principalmente me quedaba como materia de contemplación porque me sentí pequeño frente a ellos, porque nunca sospeché tanta riqueza.

Fue en un diálogo con Paulino, el tarahumar bicultural que he conocido y un muy buen amigo. Capaz de comportarse como occidental: más pragmático, directo, esquematizado... cuando está entre no tarahumares; capaz de ser tan absolutamente tarahumar entre su pueblo que la diferencia es evidente: más gratuito, sin tiempo, viviendo el momento con total plenitud.

Me preocupaba durante los días pasados en su casa en plan de aprendizaje, la imagen que les damos nosotros a los tarahumares; después de todo, ¿qué podíamos darles o enseñarles... después de estar en la escuela pueden leer un periódico —que rara vez tienen— y han perdido el sentido de la lectura de las huellas de los hombres y de los animales cuando un tarahumar ordinario la domina al punto de saber la hora a la que alguien pasó y sabe perfectamente quién fue, o de quién era el caballo. Nosotros les enseñamos que la tierra es redonda, que la capital de Francia es París... Ellos dominan cada arroyo de los que deben conocer. Ellos pasan la noche de nieve a la intemperie y sufren, pero subsisten. ¿Nosotros...? Ellos se mueven en su geografía de barrancos con la facilidad de nuestros transportes urbanos, nosotros estamos perdidos en su medio si estamos solos... ¿Qué podemos darles pues en su medio? ¿Qué es lo que ellos pueden ver envidiable en nuestra cultura, desde su punto de vista? Poseemos muchas cosas pero para ellos el poseer no es un valor sino una esclavitud; tenemos una gran tecnología, es inútil en su sierra y para sus intereses; poseemos una gran cantidad de conocimientos, para ellos son tan superfluos como para nosotros leer huellas en el asfalto... ¿Cuál es pues la imagen que tienen de nosotros que venimos con estandarte de redentores, de dar porque son miserables, de enseñar porque son ignorantes, de conquistar a nuestra cultura en suma, porque son "salvajes"... Esta imagen me preocupaba, no la que yo tengo de ellos que ya había cambiado tanto, sino la que ellos tienen de nosotros. ¿Ven ayuda lo que nosotros consideramos como tal? ¿Nos veían como extraterrestres en su mundo o como hermanos solidarios? ¿Cómo podríamos tomar un contacto más real con ellos y ser de verdad cristianos, hermanos que respetan a la persona del otro y lo quieren como es y le ayudan sin ofender, sin colonizar, sin oprimir, sin imponer; sino liberando según Cristo?

"koéchi"

Estábamos en "koéchi" junto a la lumbre de su casa Paulino y yo. Habíamos salido ese día a pasear, sin más objetivo, gratuitamente. Habían pescado en un arroyo maravilloso, tomando los pescados con las manos como quien corta flores. Habíamos caminado junto al precipicio, yo lentamente temeroso, inseguro; ellos como si fueran por una pradera mirando a todas partes, conviviendo mientras yo tenía que cuidarme solo a mí mismo. Habíamos andado unas dos horas en el agua helada, ellos como si nada, yo a los cinco minutos tenía que ver donde pisaba porque no sentía ya los pies congelados.

Fue allí, junto al fuego de su casa donde le pregunté a Paulino: ¿Qué piensan Uds. de nosotros? Se me hace que ven inútil lo que les enseñamos en la escuela. Ustedes son los que saben cómo vivir aquí. Nosotros nos moriríamos solos. ¿Qué piensan de nosotros? Las frases fueron cayendo lentas, a su estilo. La respuesta me decepcionó: "Yo creo que todo está bien. Ustedes saben bien lo que hacen".

Me quedé pensativo, triste, sin darme cuenta... y el tarahumar no puede ver a nadie triste por su causa. Eso lo desarma totalmente.

LA VERDAD:

Paulino inició entonces una conversación entrecortada por silencios muy largos, a lo tarahumar: "Ya estás triste..." "¿Estás triste porque no te contesté..." "¿De veras quieres saber lo que pensamos?"

"Sí —le respondí— pero si tú prefieres no decir... tú sabes". Los dos veíamos la lumbre. El silencio de las conversaciones hondas entre los tarahumares seguía triste. Por fin habló Paulino y cambió del tarahumar al español como para estar seguro de ser comprendido: "¿Sabes lo que de veras pensamos?"... "La mera verdad ustedes son muy mal educados".

No esperaba esa respuesta. Me quedé frío. Al verme desconcertado continuó: "Sí, mira, cuando ustedes van a ver a alguien lo que les interesa es su negocio, lo que ustedes buscan. No les interesa el que van a ver —la persona—. Nomás su negocio".

Era verdad. Me acordé de tantas veces que los tarahumares llegaban a mi cuarto como aquel día que uno fue a conseguir jabón: Platicó por lo menos quince minutos, del tiempo, de mí mismo, de todo... y luego, cuando ya se había puesto de pie para irse me dijo: "¿tú no tienes jabón para vender?" "No, le respondí, no tengo". Y como una cortesía final: "¿Dónde podré conseguir?". "Yo creo que en el comercio" le dije, y él terminó diciendo "es cierto, yo creo que tienes razón".

Entonces, unos días después de haber llegado a la sierra por primera vez, pensé en la tan mentada timidez del tarahumar... ahora entendía al fin. Se trataba de algo que es el centro de su concepción de la vida, la cima de su escala de valores: *EL RESPETO A LA PERSONA*

Desde ese día creo que todo es coherente y que los infinitos detalles que como posibilidades salen y pueden salir del hombre tarahumar, se explican por este valor que considero el central en su cultura. ¿por qué el tiempo parece no existir y desde luego no es entre ellos un elemento económico de productividad en el sentido en que lo tenemos nosotros? ¿por qué el tarahumar es tan reacio a trabajar por un salario, por qué el dinero parece no tener valor para él? ¿por qué no se comunica a nuestra manera? ¿por qué...? Aquellas primeras im-

presiones del indolente, el perezoso, el primitivo ignorante que no comprende... fueron para mí tan infantiles que me sentí inferior.

UNA INTERPRETACION:

Desde entonces han pasado años, he leído, he estudiado, he convivido... Sigo pensando que ese día Paulino me enseñó más que muchos años de mi vida juntos. Así, lo he repetido frecuentemente, entre ellos aprendí lo que es verdaderamente ser hombre y sobre todo lo que es ser cristiano. Les debo seguramente más de lo que me deben. He recibido mucho más de lo que he podido dar. Sigo creyendo que no hay culturas superiores, pero si en todo caso se puede valorar una cultura, el único criterio será el lugar que la persona humana recibe en la práctica dentro de esa cultura. En este caso creo que ellos, los tarahumares, llevarían las de ganar. Nos preocupamos mucho nosotros de dar al hombre un lugar de bienestar, por la economía y la posesión de bienes. Ellos le dan más importancia a la libertad, a la capacidad de convivir, a la dignidad humana. No puedo detallar todo esto. Puedo parecer ingenuo, pero aunque quisiera defenderme no podría. Esto no se aprende en teoría; se convive o no puede entenderse. Insinúo sólo respuestas a las preguntas planteadas como muestreo: *El tiempo no corre para ellos*, es que el tiempo está al servicio del hombre más que el hombre al servicio del tiempo. *Podría adquirir, producir...* y pienso que se sentiría *esclavizado* sin capacidad de contemplar largas horas el paisaje, sin capacidad de pasear visitando a sus conocidos y pasar largos ratos con cada uno, batir un poco de pinole y seguir adelante en su silencio contemplativo... *Trabajar por un salario*, es lo mismo, es una esclavitud que no paga él como precio del poseer. Es capaz de trabajar largo y duro en comunidad cuando se le ha invitado a *ayudar* y termina en la convivencia del "batari", su bebida de maíz fermentado. Así puede trabajar siempre, en comunidad y en convivencia a su manera. Trabajará en sus casas cuando no hay un visitante, cuando no tiene alguien a quien visitar. Puede parecer extraño hablar de tanto valor de convivencia, de interés en las personas cuando *no se comunica como lo hacemos nosotros* en el ruido de la palabrería... porque eso también es evidente para el que ha vivido algo con ellos y como ellos: el silencio es la más verdadera de las comunicaciones cuando se sabe *sentir con el otro* como lo saben hacer ellos y tanto se nos dificulta a nosotros si no es que nos parece imposible. Su silencio no es nunca mudo, es co-sentir.

SOLO A PRECIO DE CONVIVIR:

Pueden parecer gratuitas estas interpretaciones y podemos seguir pensando en su pereza, en su timidez, en su cerrazón. Para mí, que he tenido la gran suerte

de convivir, creo que he tenido la oportunidad concomitante de comprender. Porque no son teorías sino un cúmulo de experiencias lo que me ha hecho abrir los ojos. Los he visto dejar el arado cuando llegaba yo o llegaba otro, como si ninguna importancia tuviera el terminar la siembra. Es evidente que la persona que ha llegado vale más que la carga de maíz que se pudiera cosechar de más. Vi a aquel que tenía un montón pequeño de mazorcas para cuatro meses "Por eso me estoy aquí muy quieto, sentado. Así no necesito comer tanto y podré aguantar hasta la próxima cosecha", dijo. He comprobado que no existen insultos en todo su vocabulario, sólo algunos que saben en español y que usan para bromear, no más. Los he visto llegar después de caminar horas para invitarme a una carrera porque "a ti te gustan. A lo mejor querías ir". Los he acompañado en horas de silencio junto al fuego, conviviendo su tristeza el día que les robaron un caballo y su alegría cuando pudieron encontrarlo. Siempre en silencio.

He paseado con ellos durante días enteros, porque "a ti te gusta pasear y no habías venido por aquí". Los he visto aguantar personalmente cualquier humillación o insulto como si nada hubiera pasado, estoicamente, pero explotar a su manera cuando se insulta a otro o se le critica estando ellos presentes.

IMPLICACIONES:

Todo esto pueden parecer anécdotas sin implicaciones pastorales o misionales. No lo creo, porque si lo que siento es verdad *hay valores cristianos, los centrales* que de hecho ellos viven con más intensidad y honestidad que nosotros. La fraternidad es tan lógica para ellos, la hospitalidad tan obvia, el respeto al otro tan central, su honradez tan clara... que me pregunto si venimos a darles mucho más que ritos incomprensibles, o a hacer algo más positivo que oprimir o colonizar.

No pretendo por otra parte haber aquí encontrado al hombre cristiano perfecto ni quiero negar sus necesidades temporales. El tarahumar es limitado como todos, con vicios y fallas, es el hombre que necesita nuestra solidaridad para vivir más humanamente en lo temporal: económico, tecnológico... Afirmo que llegué en el plan de redentor, del que tiene y puede y sabe sin cuidarnos primero de captar, de aprender, de poder: es lo mismo que oprimir, colonizar, esclavizar... y desde luego no es cristianizar, ni llevar la Palabra de Cristo. No se implanta la Iglesia conquistando.

No niego la *misión de la Iglesia: temporal y trascendental*, entre ellos. Creo que es un deber el ser solidarios de ellos y entregarnos. Todos, también ellos, tenemos que aprender algo de los demás. Creo que el progreso económico es válido, que el choque cultural que se avecina con los medios de comunicación impone urgentemente la aculturación, que es indispensable que

captan positivamente la cultura de México para no quedarse después del choque con lo negativo solamente, como una sub-clase social, a-culturales.

INSERCIÓN Y MISIONES:

Esta es la verdadera noción de "inserción", la única válida para mí. El tarahumar nunca ha esperado vernos con su ropa para sentirnos cerca, ni en la proximidad de su casa permanentemente, en una especie de romanticismo que sería por otra parte imposible si tratara de ser real. Es posible pasar unas semanas en este plan de aprendizaje; es imposible querer hacerlo de por vida con autenticidad radical. Simplemente, no tenemos capacidad física, o si se quiere decirlo así: no tuvimos la suerte de nacer entre ellos.

Veo así que nuestra misión en *SER SOLIDARIOS DE ELLOS, EN UN DIALOGO INTERCULTURAL, PARA QUE CONOZCAN DE UNA MANERA POSITIVA EL CHOQUE CULTURAL QUE SE APROXIMA "IRREMEDIABLEMENTE" Y QUE CONSCIENTES DE SUS PROPIOS VALORES PUEDAN CONSERVARLOS EN LO QUE YA TIENEN DE HUMANISMO CRISTIANO EMINENTE.*

Nuestra aproximación al tarahumar —y podría decirse lo mismo de otras culturas indígenas y campesinas, sub-urbanas y marginadas— debe ser de máximo respeto, no de demagogia y de convencimiento; debe

ser de verdadera amistad sin dejar por eso de ser nosotros mismos, no de romanticismo vacío de la verdadera igualdad cristiana.

ASI:

Esta es la experiencia que vivida me ha enriquecido y ha enriquecido mucho a otros. Insisto, sin embargo, que las experiencias hondas no caben en las letras de un escrito, que esto no se verá en toda su plenitud sino al precio de haberlo vivido radicalmente, y que sólo de este tipo de contacto podemos llegar a ser solidarios y a que ellos sean los promotores, los planeadores, los ejecutores de su propio desarrollo en lo temporal y en lo religioso. Sólo ellos mismos lograrán con nosotros el fin de las misiones: la estructura eclesial propia que es ante todo espíritu, *su espíritu* más que el nuestro, espíritu que desconocemos y que ojalá lográramos captar antes de intentar influir. Hay que aprovechar todo conocimiento, prepararnos al máximo en todos los campos posibles pero de nada serviría todo eso sin la convivencia de auténtica "inserción de aprendizaje".

La experiencia narrada es personal y en un grupo concreto: el tarahumar. Puede ser parcial y aún subjetiva... Las conclusiones generales que se desprenden parecen más bien evidentes y universales frente al problema de *las Misiones* si queremos seguir de verdad las huellas de Cristo.



ATENCION:
PADRES DE
FAMILIA,
MAESTROS,
RELIGIOSOS,
DIRECTORES
DE GRUPOS
JUVENILES

TRATADO DE PEDAGOGIA SISTEMATICA

Una obra madura, plena, exhaustiva, auténticamente sistemática. Imprescindible en el estudio de la pedagogía.

AUTOR: HUBERT HENZ, uno de los pedagogos más activos y prestigiados de lengua alemana. \$ 79.95 - Dls. 7.20

REFLEXIONES EN TORNO A LA EDUCACION

El fruto de más de quince años dedicados a la tarea educativa. PREMIO de pedagogía "ANTONI BALMANYA".

AUTOR: OCTAVIO FULLAT, espíritu inquieto e inconformista.

\$ 57.75 - Dls. 5.20

LOS NOMBRES DE LAS COSAS

Todos nos hemos lamentado de la falta de textos para uso de los maestros. Sobre todo para los primeros cursos de primaria.

AUTORES: MARIA DOLORES BORDAS, CARMELITA MIQUEL y EMILIO TEIXIDOR, han recogido notas de clases y experiencias. \$ 49.95 - Dls. 4.50

Obra Nacional de la Buena Prensa A.C.

Apartado M-2181
México 1, D. F.

5-35-73-04
5-46-05-83

MITOS ÉTNICOS Y MITOS DE LA IGLESIA

Dr. Luis González
CENAPI

El título y contenido de este estudio obedece a realidades que han tergiversado el sentido de los hechos indígenas, de la naturaleza y misión de la Iglesia en las distintas culturas autóctonas de México. Esto se deduce, en el campo religioso, en el económico-político y en el socio-cultural de los criterios y actuaciones prácticas que se observan respecto a los grupos étnicos del país. Es decir, se piensa y actúa no conforme al descubrimiento de los indígenas, sino de acuerdo a lo que hemos inventado de ellos y de la Iglesia; invenciones que se oponen a la verdad étnica y a la verdad religiosa cristiana.

No vamos a referirnos aquí, por supuesto, a las propias mitologías indígenas, encontradas en sus tradiciones históricas; ni tampoco a las mitologías que la ignorancia o la hostilidad han achacado a la Iglesia, sino a los mitos inventados acerca del indígena y a los mitos forjados por cristianos, adictos y aun cualificados, acerca de su propia Iglesia, y que se conocen a través de sus actuaciones, escritos y modos de pensar.

En efecto, son dos cosas muy distintas *descubrir* al indígena y a la Iglesia, o *inventarlos*. Lo primero parte de la objetividad, de la observación y convivencia, y conduce a la realidad indígena y a la realidad eclesial. Lo segundo brota de la subjetividad, del interés, de la ignorancia, de las presiones, y lleva al mito, desfigurando totalmente la realidad. Y lo más grave y perjudicial está en saber si, por la conceptualización y vida práctica, hemos alterado a tal punto la realidad étnica, humana y eclesial, que *realizamos el mito y mitificamos la realidad*, con todas las consecuencias que implica este fraude y esta traición.

1.- Los mitos étnicos

Entre los numerosos mitos que la sociedad mexicana ha inventado acerca de los diferentes grupos étnicos de México, vamos a señalar solamente los más significativos y generalizados, que se aceptan y practican en ningún sentido crítico ni preocupación por averiguar la verdad.

(1) *Los indios uniformes*. Fue uno de los primeros mitos de la sociedad colonial y de sus sucesoras, hasta el presente: la sociedad republicana e independiente, revolucionaria, y la urbano-mestiza. Mito etnocéntrico que barre con todas las diferenciaciones culturales de los indígenas, ignora la variedad de sus lenguas, regiones, grados de desarrollo económico, formas de organización social, etc., y sólo se refiere despectivamente a "los indios" en bloque. Estos eran, y son, contrapuestos a las tradiciones ibéricas y mestizo-occidentales. Eran, y son, los que no participan de nuestros modos de vida. Sus lenguas son dialectos; sus religiones son cultos idolátricos y supersticiosos; sus culturas son exóticas. No son ni occidentales, ni cristianos.

De estos presupuestos han surgido las diferentes corrientes de sometimiento de la indígena, al capricho de la sociedad dominante anterior y actual, que ha pretendido anonimizarlos, utilizarlos como mano de obra barata, despojarlos de sus recursos naturales, o agrupar entre ellos como ovejas de fácil pastoreo plantando una Iglesia extranjera a ellos.

(2) *Los indios folklóricos*. Es otro mito de creación ajena al indígena, y otra racionalización para explotarlos. Se ignoran los problemas que ancestralmente han sufrido, y los que les hemos causado nosotros, y se difunde el folklore indígena de sus artesanías multicolores en cerámicas, tejidos, esculturas, cesterías, etc.

Se presentan como "curiosidades mexicanas" que tienen interés turístico y económico, pero a costa de los mismos indígenas, a quienes los intermediarios y acaparadores imponen precios de ignominia. Ellos sucumben por necesidad económica, y no hay defensa para sus legítimos intereses, sino últimamente y en una escala muy raquítica.

Son las danzas vistosas que comercialmente explotamos en festivales, en películas y documentales sobre México, en atracciones para turistas extranjeros y viajeros del interior. El palo volador, los matachines, los moros y cristianos, los cuetzalimes, los Santiagos, los negritos, los concheros, etc. son algunos nombres de danzas capitalizadas por intereses económicos o por abusos de su sentimiento religioso, sin la remuneración justa que les correspondería, y sin la preocupación para iluminar su fe. Y ¿quién cae en la cuenta del cansancio de las privaciones hogareñas, de las distancias y otras penalidades que supone el convocarlos para que actúen; y cuántas veces se les hace venir autoritativamente para que uno luzca y quede bien con sus invitaciones, o para la filmación de una escena?

(3) *Los indios felices*. Es la versión moderna y romántica del mito colonial del "buen salvaje", que lleva una vida apacible y feliz lejos del bullicio y de los vicios de la vida en las ciudades. Los indios viven en el campo y en la montaña respirando el aire puro, sin limitaciones de espacio, sin preocupaciones de vivienda, en climas bonancibles y en armonía unos con otros. sus tierras son feraces y producen lo que ellos necesitan, casi sin necesidad de trabajarlas. Además ellos son naturalmente buenos, y no se observan prácticamente indicios de patología social.

Si las crónicas antiguas abundan en tales descripciones, los relatos contemporáneos y la opinión de no pocos reflejan igualmente el mismo pensamiento: los indios viven sin problemas: Este modo de considerarlos es también un mito, porque deshumaniza al indígena al desproblematizarlo, situándolo en un mundo ideal, pero por lo mismo inexistente, en el que no hay conflictos de ninguna especie, ni posibilidad de progreso alguno. Sería caso único en la historia y en el universo.

Otra cosa es decir que no tenemos derecho a irrumpir en sus vidas y en sus culturas —sin conocimiento y consentimiento de ellos—, y que el concepto de felicidad y de progreso que tengan, así como el ritmo y los mecanismos para alcanzarlos, sean muy distintos a los nuestros. Y ¿es posible concebir una excepción en el misionero, por razones religiosas?

(4) *Los indios infantiles*. Es un mito aparentemente de bondad y de ternura, pero en realidad es de lo más perjudicial y maquiavélico, aunque parezca ser menos cruel y denigrante que otros mitos. Este mito, quizá uno de los más esparcidos en tiempos y espacios, asienta de hecho que el indio es incapaz de auto-determinarse y de auto-desarrollarse para lograr la plenitud normal de todo ser humano. Y lo peor aún es que esta afirma-

ción no vale tanto para los individuos, como para los grupos indígenas como tales.

Esto equivale a decir que, precisamente por ser niños, tienen que estar siempre bajo tutela, "en encomienda", custodiados, protegidos, con libertad vigilada. Nacieron para ser subordinados, no libres, parangoneando lo que Aristóteles decía de los esclavos respecto a los ciudadanos. Y para el caso es lo mismo que se trate de una actitud paternalista o de una actitud caciquista: las consecuencias serán el dominio sobre el indio, y que los "amos" o "señores" —políticos, económicos o religiosos— serán quienes tomen las decisiones que afectan su vida y la de su grupo, y esto por el propio bien del indígena, aunque éste no lo entienda por ahora.

De todos los "mexicanos" que "integran" el país, los pobres indígenas son el único grupo que ha permanecido estancado en su infantilismo, aún desde antes de la conquista española. O más bien nosotros hemos persistido tercios en considerarlos niños, y no les hemos dado oportunidad alguna para que ellos muestren una vigorosa mayoría de edad y madurez, sin dejar de ser lo que quieren ser.

Y por lo mismo que son niños, lógicamente son infantiles: caprichosos, volubles, irresponsables. No les gusta trabajar, sólo divertirse y jugar. Ignoran sus obligaciones cívicas y sus derechos, no entienden el sentido de la integración al país. No comprenden la bondad de muchas gentes que se interesan por ellos, que los quieren adoptar. Por eso, tampoco, comprenden el esfuerzo de muchos misioneros para cristianizarlos, ni las grandes ventajas que lograrían con ello, etc. De la falacia inicial —son niños— concluimos a las falacias subsecuentes —son infantiles.

(5) *Los indios bárbaros*. No han faltado antropólogos que como Lewis H. Morgan y Edward B. Tylor continúen afirmando que la humanidad se ha ido desenvolviendo por etapas: del salvajismo a la barbarie, y de esta a la civilización. Y, sin comprobar ese postulado, dicen que los indígenas reproducen en nuestros días los estadios primitivos del hombre. Este mito es esencialmente etnocentrista, y desprecia las culturas indígenas como retrógradas y corruptas, puesto que no embonan con las pautas y valores de la cultura occidental, a la que se erige en norma y criterio de juicio.

Y las causas del estado decadencial en que se encuentran las culturas indígenas son causas internas a las mismas, no se deben al hecho de que Occidente haya intervenido en estas tierras. Las culturas indígenas, y sus hombres, llevan en sí el germen del deterioro que las corroe y autodestruye. Y desde este pedestal etnocentrista estiman radicalmente viciada toda la vida indígena: sus supersticiones religiosas, sus degeneraciones familiares, sus embriagueces, sus sacrificios humanos —antes— y animales —ahora—, el despilfarro de su miseria en las fiestas, etc.

Todo en ellos está atrofiado y degenerado. Por eso

aún sus organismos humanos son débiles y sus inteligencias embotadas: ni el catecismo aprenden, ni a leer y escribir.

La única tabla de salvación para los indígenas, en este contexto, es su desaparición —¿para qué sirven?. Económicamente son un lastre para la nación, ya que no son fuerza productiva ni prometedora—, o en una atenuante de benevolencia: el mestizaje biológico con la raza sana y superior que es la no indígena, la mestiza, la ibérica. Pero, ¿quién va a tener interés y atractivo por tal mestizaje inter-étnico?

(6) *Los indios irracionales*. Es el extremo de todos los mitos. Emparentado con los anteriores, fue también fruto de la invención e imaginación europea y criolla, y fue prohijado por las generaciones mestizas sucesivas. Perdura aún, aunque quizá no con la crueldad que tuvo antes. Esto en teoría, porque en la práctica se trata al indígena muchas veces como si fuera realmente un ser irracional, apto únicamente para la carga y para la esclavitud.

Las expresiones indígenas “de media razón”, y aun de “un cuarto de razón”, que aún se escuchan, son reveladoras quizá de tiempos pretéritos en los que se calificaba únicamente como “gente de razón” a los españoles, y ahora a los blancos o mestizos. Pero si se dice que el indígena no tiene razón cabal, estamos dando a entender que lo tenemos al menos como un alienado, como un enfermo mental, no como un ser normal.

¿Cuál de estos seis mitos predomina en nuestro pensamiento y en nuestra actuación con los indígenas, sea como políticos, como filántropos, como gentes de finanzas, como obispos, sacerdotes, religiosos, o simplemente como gente común y corriente de clase alta, media o baja?. ¿O somos de esa clase milagrosa de hombres y mujeres desmitologizados respecto a los indios?

2.- *Los mitos de Iglesia*

Como honrada materia de reflexión podría hacerse un paralelo con los mitos étnicos que acabamos de enunciar, pensando si hemos mitificado a la Iglesia, en su acción con los indígenas, como la Iglesia uniforme, o folklórica, o beatífica, o infantil, o bárbara, o irracional; si a sus ministros y jerarcas los hemos catalogado así; o, finalmente, si encontramos tipos de cristianos que respondan a esta categorización mitológica. ¿Dónde estaría la mitología y dónde la realidad?

Sería del todo falso, además de profundamente irrespetuoso, creer que la Iglesia como tal fuera así. Pero quizá sí nos haga pensar seriamente que elementos humanos del cristianismo, hayamos actuado así, al menos ocasionalmente. Y no sólo eso, sino que, además, hayamos activado el proceso de mitologización, aun inconscientemente, traicionando la parte de responsabilidad y misión que nos competía. Es decir, no sólo siendo uniformes en el cristianismo, sino tratando de

uniformizarlo; no sólo siendo folklóricos en la fe, sino folklorizándola; no sólo siendo ingenuamente felices e infantiles, sino tratando de infantilizar la fe y de presentar un cristianismo atemporal y de promesas espiritualistas y placenteras para ultra-tumba; no sólo siendo pasivos en nuestros errores y caricaturas de la fe de la Iglesia, sino actuando para que otros nos imiten como si fuera condición para ser fieles al Evangelio y a Dios.

Vamos, ahora, más en particular a considerar algunos mitos vigentes acerca de la Iglesia, que definitivamente obstaculizan su acción en las culturas indígenas de México.

(1) *Las Iglesias occidentalizantes*. De un proceso histórico circunstancial, que dio origen a formas occidentales en el cristianismo y en la Iglesia, se pasó a mitificar ese proceso, pretendiendo considerarlo como irreversible y como universalizable, erróneamente. Así la legislación canónica, por ejemplo —con excepción de las Iglesias consideradas específicamente orientales— tiene alcance general, y su formulación jurídica y sus contenidos están basados en conceptos y realidades total o parcialmente ajenos u opuestos a las realidades indígenas no occidentales. Y de aquí surgen innumerable conflictos etno-pastorales. En menor escala podría decirse esto de los estatutos conciliares, sinodales, diocesanos, o de la conferencia episcopal mexicana, etc. ¿Qué consideración tienen ahí los requerimientos de las minorías étnicas del país?

Esto a distintos niveles jerárquicos. Bajando a un plano de otro nivel, por ejemplo, el de las constituciones religiosas de las órdenes y congregaciones que trabajan con indígenas, ¿hasta qué punto no están formuladas en moldes y criterios de cultura occidental que condicionan —si no es que determinan— su acción indigenista, o bien realmente la imposibilitan?. En una ocasión, con motivo de reuniones pastorales en áreas indígenas, han aflorado precisamente estos tipos de conflictos entre las exigencias disciplinarias internas de los miembros de una congregación y las exigencias vitales del trabajo. Y hasta ahora, institucionalmente, no se ha dado solución, por ser un campo jurídico erizado de dificultades y de trámites.

Podrían señalarse otras dificultades semejantes surgidas precisamente de que los moldes que estructuran la Iglesia en México están basados en patrones culturales y jurídicos no pensados para las poblaciones indígenas. Vg. la concepción de los seminarios, el escalamiento de las órdenes “menores” y “mayores”, etc. Los criterios de selección de candidatos, de promoción vocacional, de requisitos de aptitud, etc. Todo pensado para una sociedad occidental, de tipo urbano y de clase media o alta. Y aparece claramente la mitología en que quedan las poblaciones aborígenes y otros grupos sub-culturales de escasos recursos.

(2) *Las Iglesias de fachada*. Este mito se refiere tanto a la preocupación prioritaria por las iglesias

teriales —y quizá materializadas—, como a la burocratización creciente de muchas administraciones eclesiásticas, y al triunfalismo activista y estadístico. En todos estos casos o hipótesis se tergiversan los ordenamientos esenciales, y los medios se convierten en fines, y estos en medios.

Aunque parece que va surgiendo una corriente de profundización cristiana y de pobreza evangélica, sin embargo pulula aún el afán de construir desproporcionadamente iglesias y edificios eclesiásticos. Y la desproporción está en la distribución de dinero del pueblo cristiano, respecto a otras necesidades comunitarias, regionales y nacionales; y también en la magnitud, estilo y suntuosidad de las construcciones. Y esto es más de notar, cuando la población que ha aportado sus limosnas y donativos es verdaderamente pobre. Automáticamente se palpa el distanciamiento en los niveles de vida del pueblo y el de los servidores del templo.

Otro mito relacionado de presencia de Iglesia es el del aparato administrativo, sin ser eficaz y realmente de servicio, convierte a la Iglesia en oficina o en empresa y cierra las puertas al débil, como se ve en muchas dependencias oficiales y privadas, que abren con facilidad sus puertas al rico y al influyente.

Un tercer mito, relacionado con lo anterior, es el de la Iglesia estadística. Los números son signos de presencia y actividad evangelizadora. Tantos bautismos, tantas comuniones, tantos matrimonios, tantas defunciones. Y la comunidad de esa parroquia, gerencia o diócesis es predominantemente de un cristianismo cultural, de conveniencia social, de tradición; es un cristianismo ocasional —sea hebdomadario, o estacional—, pero no comprometido con las exigencias de la fe y del Evangelio. ¿Y de quién es la culpa, si nunca se les ha realmente evangelizado?. Es un cristianismo de barrio, que con el rigor de la intemperie, pronto empieza a descascararse.

(3) *Las Iglesias clasistas.* Podría decirse el mito de las Iglesias elitistas, pero de casta y clase social, por lo menos medianamente pudiente. En el fondo es el mito de las Iglesias de conveniencia, no de convicción evangélica. Sería la práctica de las Iglesias discriminatorias de los que no pueden aportarles nada, e interesadas y activas en los que pueden mantener o mejorar sus posiciones. Y si en teoría son para todos, en verdad que dan la imagen de ser exclusivistas. Los servicios religiosos cuestan más; ahí van puros cristianos ricos, y ni un pobre se atrevería a acudir a los ministros de esas iglesias para solicitar vg. un sacramento. Se sentiría extraño e incómodo, y acudiría a una capilla donde le cueste menos, o nada.

Y esta diferenciación discriminatoria que se observa en los edificios de iglesia de colonias ricas, de colonias medias, de barriadas sub-urbanas, y de regiones campesinas o indígenas, es símbolo e imagen del individualismo establecido en la práctica, por más que se hable

de la unidad y solidaridad de las Iglesias y del cuerpo místico de Cristo. Hay, de hecho, diócesis, santuarios, parroquias y capillas ricas, con recursos suficientes, y muy pobres. Y consiguientemente hay ministros sagrados que viven con lujosidad, y quienes viven en la indigencia, sin quien insitucionalmente les ayude en la Iglesia.

Es el mito del dinero que ha materializado a muchos cristianos y a muchos servidores del templo, y que subordina la fe y el apostolado a los recursos económicos. Las finanzas vienen a ser su termómetro.

3.- Conclusiones

Hemos indicado someramente algunos mitos creados acerca del indígena, y otros mitos —o realidades locales— acerca del cristianismo y de la Iglesia. ¿Qué relación guardan unos y otros en referencia explícita a los diferentes grupos étnicos de México?. Sugerimos una reflexión honrada, tanto por parte de las Iglesias que tienen en su ámbito poblaciones indígenas, para revisar su actuación; como por parte de las Iglesias que carezcan de tales poblaciones, pero que tengan campesinos, proletarios sub-urbanos etc. para los mismos efectos. "Quien no tenga pecado, que arroje la primera piedra".

Estas consideraciones pretenden inducir a una humanización de la Iglesia y de sus miembros, eclesiásticos y laicos, en su trato con los hombres indígenas, ya que esta actitud humana y respetuosa es el primer signo de su presencia evangelizadora. Pero, además, intentamos aquí también despertar la atención y la responsabilidad de la Iglesia mexicana y de otros organismos, tales como la Unión Misional del Clero y las Obras Misionales Pontificias, —con ocasión del Congreso Misionero que tendrá lugar en octubre en San Luis Potosí— hacia las "misiones" indígenas de México.

Ya es hora de que por misión se trascienda el simple concepto jurídico de dependencia de la Congregación para la evangelización de los pueblos, o de otra secretaría del Vaticano. Las realidades humanas y de evangelización que presentan muchas regiones indígenas y diócesis de México, se falsean totalmente con decir que jurídicamente ahí está establecida la Iglesia. Son tan misioneras, y quizá más que muchas otras "misiones" del extranjero. Decir que en México la Iglesia está establecida ya en todas partes, con excepción del vicariato apostólico de la Tarahumara y la prefectura de Baja California Sur, es un triunfalismo pueril y un mito jurídico de Iglesia, que perjudica a la misma Iglesia al no brindarle un apoyo decidido en esas áreas.

Hay que desmitologizar al indígena y a la Iglesia para que ambos puedan ser lo que deben ser. Y en este proceso, que depende en buena parte de cada uno de los mexicanos, todos tenemos algo que aportar según nuestros propios conocimientos, experiencias y amor al indígena y a Jesucristo.

MENSAJE DEL PAPA

PARA LA JORNADA MUNDIAL

DE LAS MISIONES

Pablo VI ha dirigido al pueblo de Dios el siguiente Mensaje para la Jornada Mundial Misionera (DOMUND), que se celebrará este año en toda la Iglesia, el día 22 de octubre.

A todos nuestros hermanos e hijos de la Iglesia católica, al dirigiros este mensaje para la próxima Jornada misionera de octubre de 1972, no podemos menos de recordar, dando gracias a Dios, la triple conmemoración jubilar de este año.

TRES IMPORTANTES ANIVERSARIOS

Hace trescientos cincuenta años, en 1622, durante el pontificado del Papa Gregorio XV, se instituyó en Roma la Sagrada Congregación "de Propaganda Fide", que venía a inaugurar una nueva época en la historia de las misiones; época caracterizada por un más profundo sentido de unidad y de catolicidad en las directrices y en las estructuras del apostolado misionero, por un notable renacimiento apostólico de las antiguas órdenes religiosas, por la fundación de nuevos institutos dedicados a la evangelización del mundo no cristiano y por una reciente cooperación popular en favor de las misiones.

Fruto, en gran parte, de este despertar misionero iniciado por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, es la floración de iniciativas de cooperación misional a lo largo de todo el siglo XIX.

En 1822 —hace ahora 150 años—, debido al celo misionero y al amor a la Iglesia de la joven francesa Paulina Jaricot, surge en Lyon la obra llamada de la Propagación de la Fe, con un claro programa de ayuda espiritual y material a todas las misiones.

Un siglo después, en 1922 —hoy conmemoramos su cincuentenario— Pío XI, recogiendo el pensamiento de Benedicto XV, transforma la Obra de la Propagación de la Fe en "órgano propio de la Sede Apostólica" (*Motu proprio Romanorum Pontificum*) para ayudar

a todas las misiones católicas, y declara también Pontificias (ibid.) a la Obra de San Pedro Apóstol en favor del Clero Indígena, y a la Obra de la Santa Infancia encargando a los obispos que las promuevan en sus diócesis por medio de la Unión Misional del Clero (ibid.)

En memoria de este triple acontecimiento deseamos que la Jornada Misionera Mundial de este año constituya un cálido homenaje de admiración, de agradecimiento, de ayuda a la Sagrada Congregación "Propaganda Fide", llamada ahora "para la Evangelización de los Pueblos", por la inmensa contribución que ha dado al desarrollo de la actividad misionera de la Iglesia, y a las Obras Misionales Pontificias, las cuales han promovido entre todo el pueblo de Dios un espíritu verdaderamente universalista y misionero, y han contribuido en gran parte a la citada Congregación la realización de sus planes apostólicos.

Esperamos que en este año la Jornada Misionera Mundial señale para todo el pueblo de Dios un decisivo paso adelante en la comprensión de sus deberes misioneros y en su colaboración a estas Obras de alcance universal que, aunque se llaman por antonomasia Pontificias, son también, por lo demás, verdaderamente Episcopales.

LOS MISIONEROS ENVIADOS DE TODO EL PUEBLO DE DIOS

Existe en no pocos católicos el peligro de no darse cuenta para nada de la actividad evangelizadora de la Iglesia entre los pueblos no cristianos. Para esta falta —se escusan— dispone el Papa de un apropiado instrumento; y para eso están también los institutos misioneros con sus colaboradores y bienhechores.

Es verdad que no a todos los cristianos se intima el precepto de ir a predicar el Evangelio a los gentiles. Para esta tarea el Señor elige a un determinado número de sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares, a los cuales, luego, la autoridad legítima envía a las misiones. Pero entiéndase bien que éstos son "enviados" en nombre de todo el pueblo de Dios, ya que "toman como misión propia el deber de evangelizar que pertenece a toda la Iglesia" (*Ad gentes*, 23).

Pero no se deben olvidar las repetidas y solemnes afirmaciones de los últimos Pontífices sobre la importancia, urgencia y universalidad del deber misionero, que el Concilio Vaticano II ha subrayado de modo particular.

UNIVERSALIDAD DEL DEBER MISIONERO

Afirma efectivamente el Concilio Vaticano II que, el pueblo de Dios "constituido por Cristo para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo, como luz del mundo y sal de la tierra" (*Lumen gentium*, 9); que la Iglesia es misionera por naturaleza y por mandato (*Ad gentes*, 2 y 35); y que, por tanto, el deber misionero concierne a todos y cada uno de sus miembros y a todas y cada una de sus Iglesias y comunidades locales (*Lumen gentium*, 9).

Es verdad que este deber afecta de manera primaria e inmediata al Papa y a los obispos (*Ad gentes*, 29 y 38), y de modo particular a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas por su consagración al servicio de Dios y de la Iglesia (*Ad gentes*, 39 y 40); pero ningún fiel cristiano debe creerse ajeno a este deber, ya que mediante su bautismo quedó incorporado a una Iglesia esencialmente misionera (*Ad gentes*, 36).

De hecho, todos los cristianos quedan obligados a cooperar a las misiones en la medida de sus fuerzas: unos podrán hacerlo con su palabra, otros con su pluma, éstos con su dinero, aquéllos con su trabajo manual, otros, finalmente, dedicarán a las misiones su tiempo. A todos se presenta la oportunidad de ofrecer por las misiones su oración, sus tribulaciones, sus misas alegrías, sus dolores.

Y es tan clara esta universalidad del deber misionero que el Concilio, al tratar de la iniciación cristiana entre los catecúmenos, determina que éstos, antes de su bautismo, "han de aprender también a cooperar activamente en la obra de la evangelización y edificación de la Iglesia" (*Ad gentes*, 14).

Y respecto de las Iglesias jóvenes, que como tales son, por lo general, muy pobres en personal y en recursos, el Concilio añade la conveniencia de que participen cuanto antes activamente en la misión universal de la Iglesia... Porque la comunión con la Iglesia universal se completará, en cierto modo, solamente cuando también ellas participen activamente en

el esfuerzo misionero directo para con otras naciones (*Ad gentes*, 20)".

Este deber de cooperar a la obra de las misiones podría parecer a algunos —ante el anuncio de una Jornada anual de Misiones— que sólo debe realizarse un único día al año. Muy al contrario. No se trata aquí de una recomendación marginal, sino de cumplir un deber fundamental del pueblo de Dios, inherente a la naturaleza misma del ser cristiano (*Ad gentes*, 36); del "deber máximo y más sagrado de la Iglesia" (*Ad gentes*, 29).

EL FORMIDABLE PROBLEMA DE LA MISION DE LA IGLESIA

Como la respiración física no puede interrumpirse sin peligro de muerte, tampoco el afán misionero puede limitarse a una sola Jornada anual, so pena de comprometer claramente el porvenir de la Iglesia y nuestra misma existencia cristiana. Por esta razón, en el importante documento postconciliar *Ecclesiae Sanctae* (III, 3) con el que se aplican a la pastoral práctica las normas conciliares, se afirma que la Jornada Misionera Mundial debe ser la expresión espontánea de un espíritu misionero, mantenido vivo todos los días del año mediante la oración y el sacrificio. La asfixia espiritual en que hoy se debaten tristemente dentro de la Iglesia católica tantos individuos e instituciones ¿no tendrá quizás su origen en la ausencia prolongada de auténtico espíritu misionero?

Problemas a veces inmediatos, de muy limpia trascendencia, hacen olvidar el formidable problema de la misión universal de la Iglesia.

Estas tensiones internas, que debilitan y desgarran a algunas Iglesias e instituciones locales, se desvanecerían ante la convicción firme de que la salvación de las comunidades locales se logra con la cooperación a la obra misionera en la universalidad del mundo (cf. *Ad gentes*, 37).

Hay una afirmación del Concilio Vaticano II que deseamos se medite atentamente: "Es tan estrecha la armonía y trabazón de los miembros (en el Cuerpo místico de Cristo), que el miembro que no contribuye, según su propia capacidad, al aumento del cuerpo, debe reputarse como inútil para la Iglesia y para sí mismo" (*Apostolicam actuositatem*, 2).

Existe una circunstancia que urge y agrava todavía más esta responsabilidad misionera del pueblo de Dios. Nos referimos a las múltiples posibilidades que ofrece el mundo actual para una penetración universal y simultánea del mensaje evangélico. Vemos convertida felizmente en realidad la presencia histórica de la Iglesia entre todos los pueblos. A pesar de que hay países que se cierran voluntariamente al Evangelio, es un hecho evidente que todos los pueblos se van acercando más y más entre sí y por lo tanto se ponen también en relación con la Iglesia.

Esta nueva y providencial situación de la Iglesia en el mundo nos hace comprender los grandes deberes y ventajas que hoy se nos ofrecen en el campo de la cooperación misional para una propaganda a nivel mundial del ideal misionero y para una aportación en gran escala a todas las misiones de la Iglesia.

Fue la intuición genial de este hecho la que movió a nuestro predecesor Pío XI, a instituir, el año 1926, la Jornada Mundial de las Misiones; iniciativa que se ha convertido en una poderosa e indispensable ayuda para las misiones dependientes de la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

Todos los hijos de la Iglesia y todas sus instituciones están llamados a colaborar en la preparación de este gran día misionero: sacerdotes diocesanos, misioneros, religiosos y religiosas, militantes de todas las obras de apostolado seglar. Pero, la Iglesia convoca de una manera especial a las Obras Pontificias que, como hemos dicho ya, podemos considerar también como verdaderamente Episcopales, a saber: la Obra de la Propagación de la Fe, la Obra de San Pedro Apóstol para el Clero Indígena, la Obra de la Santa Infancia y la Unión Misional de todas las almas consagradas, que es como el alma de las tres primeras.

Aunque es la Obra de la Propagación de la Fe la llamada especialmente a promover y organizar bajo la dirección de la Santa Sede y de los obispos esta Jornada, todo el sistema misional pontificio colabora activamente en su preparación. Los sacerdotes de ambos cleros, las religiosas y los hermanos laicales congregados en la Unión Misional, los niños asociados en la Santa Infancia, los jóvenes estudiantes promotores de la Obra de San Pedro Apóstol, aunque, conforme a sus normas propias, celebran sus jornadas especiales durante el año, deben sin embargo considerar la Jornada Misionera Mundial como el momento culminante de su constante acción misional.

A los cincuenta años de la erección de las Obras Misionales Pontificias queremos testimoniar a éstas nuestro afecto especialísimo, nuestra profunda gratitud por los servicios prestados a la Santa Sede y a la Iglesia entera, y proclamarlas una vez más como el instrumento principal de la Santa Sede y del Episcopado en el campo de la cooperación misional "ya que ellos son —como ha declarado el Concilio— los medios para infundir en los católicos desde la infancia el sentido verdaderamente universal y misionero y para estimular la recogida eficaz de subsidios en favor de todas las misiones, según las necesidades de cada una" (*Ad gentes*, 38). Por lo demás, acerca de estas Obras tan queridas para nosotros, afirmábamos ya en nuestro primer mensaje para la Jornada mundial de 1963 que "aunque no excluyan otras iniciativas de ayuda a las misiones y para fines

particulares, superan evidentemente a todas las demás obras en cuanto a expresión directa y más completa de la solicitud del supremo Pastor de la grey de Dios por todas las Iglesias".

La recta ordenación de la cooperación misional que debe ser dirigida por los obispos a nivel nacional y diocesano, tendrá en cuenta, por tanto, esta especial estructura pontificio-episcopal de dichas Obras y la necesidad de coordinar con ellas los derechos y las iniciativas de los institutos religiosos y de obras misioneras particulares.

EL UNIVERSALISMO MISIONERO CARACTERISTICA PRINCIPAL DE LAS OBRAS Y DE LA JORNADA MISIONERAS

El más puro universalismo caracterizó desde su nacimiento a estas Obras, y fue precisamente este carácter distintivo peculiar la razón principal de su elección para convertirlas en "instrumento oficial" de la Sede de Pedro para ayudar a todas las misiones (*Motu proprio Romanorum Pontificum*).

"Precisamente porque somos católicos —declara el primer presidente de la Obra de la Propagación de la Fe el año mismo de su fundación por Paulina Jaricot— no queremos sostener tal o cual misión en particular, sino todas las misiones del mundo".

El universalismo misionero debe ser también el lema que presida todos los actos que se organicen en torno a esta Jornada mundial que os anunciamos.

Sabed por último que esta Jornada, en virtud de su documento fundacional, está también destinada a la promoción de estas Obras Misionales Pontificias, particular a la Obra de la Propagación de la Fe.

Conocemos las dificultades que encuentran estas Obras en su camino, sobre todo en nuestros días; pero nos consuela grandemente el pensar que, a pesar de todas las dificultades, estas Obras Misionales Pontificias en su conjunto, no sólo no han detenido su paso, sino que en algunas naciones han superado sus antiguos logros.

Rogamos al Señor que las Obras Misionales Pontificias, renovadas en sus estructuras, conforme a las orientaciones pastorales del Concilio Vaticano II y a la guía del humilde Vicario de Cristo y de los obispos, puedan iniciar en este año de 1972 una nueva etapa de plenitud y desarrollo, y realizar su programa de cooperación de todo el pueblo de Dios, de manera directa y consciente, al quehacer misionero de la Iglesia.

Con esta esperanza, impartimos a nuestros hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes y religiosos, a las religiosas y a los fieles del laicado católico, nuestra bendición apostólica, en prenda de profunda gratitud y de férvido incentivo para su generosa colaboración. Dado en Vaticano, 21 de mayo de 1972, fiesta de Pentecostés, IX año de nuestro pontificado.

¿LAS MISIONES VIOLENTAN LA LIBERTAD RELIGIOSA?

■ Un dilema tan antiguo como la Iglesia

Jesús Pavlo Tenorio

Aunque el problema data de los primeros siglos, no ha sido sino en este tiempo postconciliar, en que la cuestión se replantea con nuevos bríos: *Si hay libertad religiosa ¿qué sentido tienen las misiones?*

Al parecer el solo planteamiento de la cuestión, acusa visos de cierta lógica, lo cual ha traído por consecuencia una información desorientada respecto a la Declaración del Concilio Ecuménico Vaticano II sobre la libertad religiosa. Por tanto hemos entrevistado a un experto en Teología Dogmática, que se ha ocupado de los documentos del último Concilio con un interés profundo: el R. P. Alejandro Garcíadiego S.I., Superior General del Teologado de los Jesuitas:

Conscientes de las múltiples ocupaciones que tiene nuestro entrevistado, vamos al grano en cada una de las preguntas. Y él con una extraordinaria capacidad de síntesis, responde a nivel de divulgación, para aclarar que entre Libertad Religiosa y el deber misionero de la Iglesia, no existe, ni jamás ha existido, contradicción alguna.

Este fue nuestro diálogo:

—Después del Decreto Conciliar Sobre Libertad Religiosa, algunos católicos se preguntan ¿cuál es hoy el sentido de las misiones?

Me alegro de que se me haga esta pregunta porque corresponde a una desorientación muy generalizada respecto de la Declaración Conciliar, no "Decreto", sobre la Libertad Religiosa, y que en parte se debe a la brevedad del título que se le dio. Si a la vez se mencionara el subtítulo que se le añade, esta desorientación estaría, tal vez, menos generalizada: *"De el derecho de la persona y de las comunidades a la libertad social y civil en materia religiosa"*.

Corrijo el nombre de "decreto", no sólo porque en el Concilio, se le llama "Declaración", sino porque este documento está dirigido a todos los hombres y únicamente respecto de los cristianos podía dar el Concilio un "decreto".

Tal vez para centrarnos un poco más en materia, quisiéramos nos hablara sobre el alcance de la Libertad

Religiosa reconocido en el documento respectivo del Vaticano II.

La Libertad Religiosa, de nuevo se proclama en el Vaticano II, respecto de cualquier coacción humana, moral, jurídica, llevada a cabo por cualquier clase de medios; no frente a la verdad ya escrita con minúscula, la verdad religiosa que el hombre puede encontrar dejado a sus solos recursos; ya frente a la Verdad escrita con mayúscula, que es la Verdad que nuestro Creador se ha dignado comunicarnos sobre todo haciéndose hombre en Cristo Jesús.

"Todos los hombres, recalca el Vaticano II, están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo que se refiere a Dios y a su Iglesia, y una vez conocida, a abrazarla y practicarla". (Decl. sobre la Lib. Relig. n.1.)

Según se desprende de esa Declaración conciliar la conciencia del hombre frente a la Verdad, su adhesión sincera o su rechazo, determinan la responsabilidad frente a esa libertad de que habla el Documento; ¿esto quiere decir que la tarea misionera de la Iglesia deberá dar un cambio en proyección a ese reconocimiento de la libertad humana?

La Iglesia, es decir su Jerarquía, en la promoción del Mandato recibido de Cristo, y recordado en el párrafo que acabo de citar: "Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas a guardar todo cuanto Yo os he mandado", siempre se ha atendido a dos principios. El primero quedó de nuevo consignado en la codificación del derecho eclesiástico hecha a principios de este siglo; dice así: "A nadie se obligará a abrazar la fe católica contra su voluntad". (Código de Der. Canónico, n. 1351). Lo recuerda la Declaración de que tratamos (n.10).

Allí mismo puede comprobarse la proclamación de este principio desde los Santos Padres, y luego a lo largo de la Edad Media.

El segundo principio nace de la dignidad misma: la Verdad Revelada, y a la vez de la dignidad de la persona humana, y dio ocasión a que se condenara

por el Santo Oficio, el año 1670, que fuera lícito un acto de fe, si antes no contaba con humana certeza de que Dios hubiera revelado, (Enchir. Symbolo. n. 1170), y se repitiera varias veces por el mismo Santo Oficio la obligación grave del misionero de declarar previamente antes del Bautismo de un catecúmeno, y pedirle los actos de fe correspondientes, las verdades básicas del Cristianismo. (ibidem nn. 1349 y 1966).

En consecuencia de estos principios, los indígenas de América quedaron eximidos de la jurisdicción de la Inquisición Española.

Reléase todo el número 10 de la Declaración sobre la Libertad Religiosa arriba citado.

Nada de esto excluye lo que afirma la misma Declaración: "La Iglesia Católica, para cumplir con el Mandato Divino: "Enseñad a todas las gentes, debe trabajar denodadamente para que la Palabra de Dios sea difundida y glorificada". (n.14).

Según esto que venimos diciendo ¿cuál va a ser la imagen del misionero hoy y en un futuro próximo?

Brevísimamente se puede responder: la misma de siempre como queda bien establecido en el Decreto del mismo Vaticano II sobre "la actividad misionera de la Iglesia". La misma de siempre si se exceptúan las temeridades o irresponsabilidades posibles de algún o algunos misioneros ignorantes de la Teología católica o de algún o algunos de sus ayudantes laicos, como desgraciadamente se dio más de una vez en los principios de la conquista de América por los españoles.

Quizás para muchos católicos acostumbrados a cuestionarlo todo, la imagen del misionero tradicional resulte negativa de todo a todo. ¿Cuál es su opinión a este respecto?

Mi opinión sería que no resulta negativa la "imagen del misionero tradicional", sino la que por ignorancia

o prejuicios, algunos se hayan formado del misionero católico.

En un tiempo en que la terminología religiosa sufre cambios ¿podemos hablar de "tierras de infieles", de "paganos", "tierra de misiones" etc.?

Creo que conviene cambiar sobre todo las dos primeras expresiones. Se referían a aquellas naciones donde aún no se ha establecido la Jerarquía Católica en plenitud. Una se justificaría mucho menos actualmente por la semántica que implica: "tierra de paganos". "Paganos eran en el Imperio Romano los que habitaban las aldeas o ranchos, a donde más tardíamente que a las ciudades, llegó el Evangelio en los siglos IV y V. Donde aún no se establezca cabalmente la Jerarquía de la Iglesia, o sea el Pueblo de Dios, tiene aún una gravísima "misión" por cumplir.

¿Cómo entender hoy en día el mandato de "Ir y predicar a todas las gentes?"

Evitando más que nunca todo lo que pueda herir la justa dignidad de las diversas naciones y culturas. Así lo ha entendido la Iglesia en el citado Decreto del Vaticano II.

El pluralismo, el materialismo inconsciente de las grandes ciudades, podrían tipificar hoy un concepto nuevo de "tierra de misiones".

Sí, en un sentido amplio, desgraciadamente; y como la Iglesia en Francia, pudo hablar humildemente y en ese sentido, amplio, de la "Misión de Francia", así lo podríamos imitar en otros países o ciudades con una secular cultura cristiana.

Agradecemos al Padre Garciadiego sus respuestas y le dejamos con la urgencia de una junta con el Teologado, que, según nos dice, durará unas cuantas horas...

"EL TROQUEL", S.A.

Casa Proveedora de Artículos de Iglesia.

Tel.: 522-59-94

Apdo. Postal No. 524

2a. Rep. Venezuela No. 50

México 1, D.F.

Tenemos en existencia un buen surtido de Expedientes Parroquiales con redacciones aprobadas por la S. Mitra.

Block o certificado de bautizo y matrimonio canónico, in facie ecclesiae, exhortos y suplicatorios, informaciones matrimoniales, libros para actas de bautizo y matrimonio, recibos de misas.

Inciensos importados y perfumados en cajas de 330 gramos:

"Lágrima", "Excelsis", "Angelus", y "Solemnis", pajuelas de incienso perfumado a \$15.00 %, carbón tardío e instantáneo con 100 panes a \$18.00 y \$30.00 caja.

PREDICACION

DEL DOMINGO XXX DURANTE EL AÑO

AL DOMINGO XXXII DURANTE EL AÑO

Del 29 de Octubre al 12 de Noviembre

Roberto Garza Evia, S. J.

DOMINGO XXX DURANTE EL AÑO — 29 de Oct.

Ex. 22, 21-27

1 Tes. -, 5c-10

Mat. 22, 34-40

Fariseos, saduceos y cuantos ocupaban lugares privilegiados trataban de justificarse ante Jesús y ponerlo en ridículo, atacarlo, destruirlo. Más valía conservar su posición que aceptar la manifestación de Dios y su Mensaje.

Hoy nos sucede lo mismo. Queremos escudarnos en el frío cumplimiento de la ley de Dios, de sus mandamientos, y se nos ha olvidado volver nuestro corazón al verdadero amor de Dios y del prójimo.

El Señor no quiere esclavos de la Ley, sino Hijos de Dios, hombres libres que sepan respetar e impulsar la libertad de los hombres. De aquí dependen toda la Ley y los Profetas.

Nuestra fe en el Dios vivo y verdadero consiste en mucho más que en el simple cumplimiento externo de la Ley. La Palabra del Señor inflamó de tal manera a los de Tesalónica que su fama era conocida en las regiones circunvecinas. ¿Se podrá hablar así de la fe de esta comunidad cristiana? ¿No tenemos todavía bastante débil nuestra fe? ¿No estamos demasiado distraídos en nuestra vida y creemos que "el problema Dios" ya lo tenemos resuelto?

Pidamos al Señor que mueva nuestros corazones para ser oídos fieles de su Palabra. Que vivamos de modo que el mundo admire al Cristianismo que así nos hace vivir. En esta comunidad cristiana reunida para la Eucaristía debe realizarse el mensaje del Padre que nos trae Jesús.

Hoy es día de renovación. No podemos estar satisfechos. No debemos ser fariseos. Somos Hijos de Dios. El Señor nos ha hablado claro y fuerte.

TODOS LOS SANTOS — 1o. de Noviembre

Ap. 7, 2-4, 9-14

I Jn. 3, 1-3

Mt. 5, 1-12c.

Celebramos hoy la festividad de todos aquellos hermanos nuestros que ya han terminado su vida terrena y gozan para siempre de la vista y la posesión de Dios con una alegría que nosotros no nos podemos ni imaginar.

Durante el año celebramos las fiestas de hombres y mujeres que llevaron una vida heroica de amor a Dios y a sus hermanos, que por este amor dieron su vida incluso en los tormentos, que se consagraron totalmente al servicio de los pobres y de los enfermos, que hicieron grandes y trabajosos servicios a la Iglesia. La vida de estos santos nos presenta muchos hechos asombrosos. De muchos de ellos sabemos incluso que hicieron milagros.

Sin embargo, todos ellos no fueron santos por hacer hechos maravillosos y deslumbrantes, no fueron santos por tener una vida llamativa que puede ser leída por nosotros con mucho interés. Fueron santos por algo que no es esplendoroso a los ojos del mundo: por tener y haber llevado a la práctica en su vida el espíritu de las bienaventuranzas que acabamos de leer en el evangelio.

Ellos fueron pobres de espíritu, es decir, no pusieron su confianza en atesorar riquezas, no quisieron encontrar la felicidad en el placer, no anhelaron tener mucha gloria y honor y fama entre los hombres. Ellos pusieron su felicidad en amar a Dios y poder hacer un servicio a los demás. Ellos comprendieron muy bien que la verdadera gloria y el verdadero honor están en el testimonio de la buena conciencia, por haber cumplido con honradez los propios deberes de esposo,

de padre, de ciudadano. Ellos fueron "mansos", es decir, comprendieron que la verdad no necesita de gritos, ni de intrigas ni de violencia para imponerse. Ellos supieron ver la vida y el mundo no como lo vemos los hombres sino como lo ve el mismo Dios. Los hombres vemos el mundo desde el punto de vista de nuestro egoísmo y por eso buscamos asegurarnos posesiones que nos hagan felices, por eso buscamos protegernos contra los demás y contra Dios mismo. Dios ve la realidad desde el punto de vista del amor. El amor nos lleva a dar sin reserva y a encontrar la felicidad en este dar que se olvida de sí mismo. Todos sabemos que un buen padre de familia es feliz y es feliz porque ha salido de sí, no se busca a sí mismo sino que busca siempre el bien de su esposa y de sus hijos. El es pobre de espíritu, manso, deseoso de la justicia y actor de ella, él acoge sus sufrimientos por amor de su familia y su sufrir y trabajar por ella constituye su más íntima felicidad.

Hemos dicho que ser santo no consiste en hacer cosas maravillosas sino en vivir el espíritu de amor que nos da la verdadera felicidad, preguntémonos ahora dos cosas: ¿Podemos nosotros ser santos? ¿Conocemos entre aquéllos que conviven con nosotros a algunos santos?

DOMINGO XXXI DURANTE EL AÑO 5 de Nov.
Malaq. 1, 14b-2, 2b. 8-10.

1 Tes. 2, 7b. 9-13.

Mat. 23, 1-12.

Hoy podemos reflexionar sobre las debilidades y contrariedades de la Iglesia. Y pedirle a Dios que nuestra fe acepte el modo concreto y humano como quiere realizar la salvación de todos. Pedirle que de veras CREAMOS en la Santa Iglesia.

Nos encontramos con escasez de Sacerdotes; nos encontramos con fallas de Sacerdotes, con que no es el Sacerdote la persona impecable que creíamos. Nos encontramos con el choque actual de costumbres, ideas y maneras de actuar dentro de la Iglesia.

Si nuestra fe es poca juzgaremos con autosuficiencia y tomaremos pronto un partido para poder condenar a los demás. Si nuestra fe es apocada nos refugiaremos en costumbres que nos dejaban instalados o tranquilos. O nos asustaremos ante exigencias actuales de la fe. O nos acobardaremos ante "la maldad que existe en los demás".

Pero nuestra fe debe estar cierta, en el presente, de que Dios es poderoso, de que realmente va encaminando a la Historia no rumbo al desastre sino a la plenitud de Cristo. Nuestra fe debe tener la fuerza de reconocer el poder de Dios y

su fidelidad por encima y a través de las mismas debilidades humanas. Y hemos de ver cómo, a pesar de esas debilidades— (y esto pasó con Pablo) va aumentando lo bueno, la entrega a los demás, la sinceridad y la necesidad de Dios.

DOMINGO XXXII DURANTE EL AÑO
12 de Noviembre.

Sab. 6, 13-17

I Tes. 4, 12-18

Mat. 25, 1-13.

El tiempo de adviento, de la preparación, la llegada del Señor está muy cercano. Este domingo y los próximos son como el pre-anuncio de la llegada.

Así la Iglesia nos propone estar atentos, prepararnos para que cuando el Señor llegue encontremos bien dispuestos y no digamos después "es que yo no sabía..."

En la primera lectura nos señala las cualidades que el hombre necesita para poder encontrar Sabiduría, al Espíritu del Señor. Una comparación adaptada al auditorio podría iluminar mucho. La comparación podría ir por estas líneas: Cuando se quiere algo, se busca con afán.

Se trabaja por lograr lo que se ama.

Se toman medidas fatigosas y se realizan sacrificios grandes con tal de lograr lo que se pretende.

Todo esto puede ser iluminador, pero hemos de añadir en nuestra comparación la segunda: la plena para el hombre que busca de esta manera al Señor, ciertamente le encontrará.

Junto con esto podemos ver la parábola puesta en el Evangelio. El prudente siempre está pendiente; al que le interesa por cualquier medio recibir a una persona en su casa, hace tiempo prepara los alimentos que va a ofrecer, cuando llega la persona esperada la recibe con atención y todo es gozo, paz y alegría. De lo contrario todo sale mal, la casa está tirada, los alimentos preparados, todo sale a la calle, en lugar de paz y alegría aquello es intranquilidad y mal humor, además de quejas. Pues bien, una cosa hemos de estar bien seguros: que el Señor va a venir pronto. Consecuencia: que estemos preparados, que no nos encuentre en casa revuelta y con el refrigerador vacío; al contrario, que todo esté listo que simplemente se puede traducir en : que encuentre un corazón abierto, bien dispuesto al que pueda llegar y no se quiera retirar.

También este domingo puede usarse con mucho fruto en dar una explicación sobre la esperanza cristiana y la muerte. Para esto se puede tomar la segunda lectura como pista que nos ayude a despegar.

LA LITURGIA DE LAS HORAS EN CASTELLANO

A LOS SACERDOTES DE LA ARQUIDIOCESIS DE PUEBLA

Con fecha 5 de los corrientes, el Excmo. Señor Arzobispo Dr. Don Octaviano Márquez, dirigió al Presbiterio de esta Arquidiócesis, una Circular (12/72), relativa al texto de la *Liturgia de las Horas en Castellano*, editado por la Comisión Episcopal de Liturgia de México y confirmado por la S. C. para el Culto Divino.

Esta Comisión Diocesana de Liturgia, conforme a dicha comunicación, desea informar a todos los sacerdotes, y por su medio a las religiosas y pueblo cristiano en general, los siguientes puntos:

1. En la Semana Sacerdotal de Espiritualidad, celebrada en el pasado mes de abril, se estudiaron diversos aspectos de la nueva Liturgia de las Horas, entre los cuales, su *estructura*:

- Los elementos constitutivos son: el *himno*, la *salmodia*, la *lectura*, breve o más extensa de la Sagrada Escritura, las *preces* (Ord. gral., 33).
- Los LAUDES y las VISPERAS: "Doble quicio sobre el que gira el oficio cotidiano, se deben considerar y celebrar como las *horas principales*" (Sac. Conc., 89, a). He aquí su esquema:

LAUDES

VISPERAS

- ó Señor, abre mis labios
- Invitatorio
- ó Dios mío, ven en mi auxilio
- *Himno*
- *Salmodia*
- *Lectura bíblica*
- Responsorio (puede omitirse)
- Benedictus con su antífona
- Preces - Padre Nuestro
- Oración conclusiva

- Dios mío, ven en mi auxilio
- *Himno*
- *Salmodia*
- *Lectura bíblica*
- Responsorio (puede omitirse)
- Magnificat con su antífona
- Preces - Padre Nuestro
- Oración conclusiva

c) OFICIO DE LA LECTURA: "puede recitarse a cualquier hora del día (Ord. gral. 59).

— ó Señor, abre mis labios (si es la primera celebración del día)

Invitatorio

Dios mío, ven en mi auxilio (si ya se ha celebrado otra hora)

— *Himno*

— *Salmodia*

— *Lecturas* (2) con su respectivo responsorio.

— *Oración* conclusiva

d) HORA INTERMEDIA: "cabe elegir una de las tres horas, aquella que más se acomode al momento del día" (Ord. gral., 77).

— Dios mío, ven en mi auxilio

— *Himno*

— *Salmodia*

— *Lectura* breve

— *Oración* conclusiva

e) COMPLETAS: "son la última oración del día que se ha de hacer antes del descanso nocturno, aunque haya pasado ya la media noche" (Ord. gral., 84).

Dios mío, ven en mi auxilio

— Examen de conciencia (muy de alabarse)

— *Himno*

— *Salmodia*

— *Lectura* breve con responsorio

— Nunc dimittis con su antífona

— *Oración* conclusiva

— Antífona final a la Santísima Virgen

Se han subrayado los elementos constituti-

vos en cada una de las Horas del Oficio Divino, lo cual hará ver la facilidad de su celebración y permitirá que resuene "más espléndida y hermosa la alabanza divina en la Iglesia de nuestro tiempo" (Const. Apca. LAUDIS CANTICUM).

2. "Siendo fin propio de la Liturgia de las Horas la santificación del día y de todo el esfuerzo humano, se ha llevado a cabo su reforma procurando que en lo posible las Horas respondan de verdad al momento del día y teniendo en cuenta al mismo tiempo las condiciones de la vida actual" (Sacr. Conc., 88). En consecuencia, las Horas se celebran así:
Los Laudes, en la mañana temprano
El Oficio de la Lectura, a cualquier hora del día.
La Hora intermedia, en la hora que más se adapte, v. gr. *Tercia* por la mañana; *Sexta*, hasta el mediodía; *Nona*, hasta las 3 p.m.
Las Vísperas, en la tarde.
Las Completas, antes de acostarse.
3. Mons. Bugnini, Secretario de la S. C. para el Culto Divino dice: "El Oficio Divino es un acto de comunidad, supone a la comunidad en su organización, en sus elementos constitutivos y en la misma celebración". De ahí que todos los elementos de la Liturgia de las Horas, "han sido ideados para una comunidad reunida y participante". Por consiguiente, se exhorta a todos los sacerdotes, para que poco a poco y de una manera continua, el pueblo fiel sea instruido en materia tan importante. Podrían servir de guía los números 5-9 y 20-22 de la Ordenación General de la Liturgia de las Horas y el No 100 de la Constitución Sacrosanctum Concilium.
4. En cuanto al *canto* en la Liturgia de las Horas, se podrían señalar los siguientes criterios prácticos:
 - a) En lugar de los *himnos* señalados para cada una de las Horas, pueden usarse cantos apropiados a la Hora, o que favorezcan el ambiente de oración en general, mientras se tengan las melodías oficiales; v. gr. *las incluídas en el libro editado por esta Comisión, para Laudes y Vísperas en Castellano*;
 - b) Pueden usarse las melodías apropiadas para los Salmos, aun cuando no coincidan con el texto propuesto en el texto oficial;
 - c) La Salmodia puede hacerse con melodías gregorianas.
5. Dados los usos y costumbres de nuestro medio, tómense muy en cuenta los criterios prácticos que se señalan en la Ordenación General, Nos. 93-99, para unir las Horas del Oficio con la Misa.
6. El volumen central de la Liturgia de las Horas, contiene lo siguiente: El Ordinario del Oficio

Divino; el Salterio, distribuido en cuatro semanas y con todas las Horas del Oficio; Completas; Salmodia complementaria para Tercia, Sexta y Nona; todos los Comunes; Oficio de Difuntos; Preces breves para Vísperas; selección de himnos en castellano (para la celebración con el pueblo). Se hallarán precisas y oportunas indicaciones para su manejo, a lo largo de las diversas partes del volumen.

7. En el número anterior se menciona el volumen central, lo cual hace pensar en otros complementarios. A este propósito, la Comisión Episcopal de Liturgia de México ideó los llamados FASCÍCULOS con los Propios del Tiempo y de Santos, que se integrarán al volumen central logrando con ello una edición barata y de fácil acceso para el pueblo cristiano. Estos fascículos irán apareciendo poco a poco y serán definitivos. A la fecha, únicamente ha visto la luz el No 14 del Propio del Tiempo, correspondiente a este año 1972, al mes de julio. La Comisión antes citada, ha anunciado que todos los fascículos irán apareciendo oportunamente.

Uno de los problemas para esta Comisión es saber si todos los sacerdotes adquirirán los fascículos en la Curia Arzobispal. En la próxima comunicación encontrarán una tarjeta, que *expone nos devuelvan inmediatamente*, para saber si cada sacerdote los consigue en el Arzobispado o si desea recibirlos a través de su respectivo Decano (Esto se hace principalmente para los sacerdotes que trabajan fuera de la Ciudad Arzobispal).

Con toda pena esta Comisión hace saber que no le será posible enviar por correo dichos fascículos pues elevaría los costos y se perdería tiempo.

8. En las Oficinas del Arzobispado (2 Sur 305) puede conseguir el volumen central a \$100.00 y cada fascículo a \$14.00.
9. Aun cuando en el documento del Señor Arzobispo se indica que, "no es obligatorio el rezo en castellano", ni "obligatorio el rezo conforme a la estructura de las horas canónicas", es obvio que lo más importante de la Iglesia es que "este nuevo libro de la Liturgia de las Horas pueda ser empleado inmediatamente después de su publicación" (Const. Apca. LAUDIS CANTICUM).

Esta Comisión Diocesana de Liturgia que con gusto se pone a sus respetables órdenes para cualquier servicio, encomienda a Dios que la reforma de la Liturgia de la Alabanza en la Iglesia, sea para mayor santificación de los sacerdotes, las religiosas y de todo el pueblo cristiano.

Puebla de los Angeles, 19 de julio de 1972
 RICARDO GUIZAR,
 Obispo Auxiliar de Puebla, Efrén Ramos,
 Presidente Vice-Presidente

LITURGIA DE LAS HORAS

El presente artículo apareció en el número de agosto de "NOTITIAE", que es la revista oficial de la Sagrada Congregación para el Culto Divino. Lo reproducimos aquí por la importancia que representa para el movimiento litúrgico.

Aunando esfuerzos, tanto técnicos como editoriales económicos, los Episcopados de México y Colombia a los que luego se sumó República Dominicana, proyectaron editar, lo antes posible, la versión oficial del nuevo Misal Romano para obviar así la necesidad sentida por muchos de renovar la oración del pueblo cristiano, oración que corría el peligro de caer en el abandono y en el olvido, por el hecho de presentar unas estructuras con un ropaje externo que muchos, sobre todo a los más jóvenes, les parecía poco expresivo.

Con un coraje digno del mayor encomio los responsables de Liturgia de estas naciones han sabido encontrar a los mejores técnicos en latín cristiano, liturgia y lengua castellana de sus respectivas naciones y, con la colaboración de una prestigiosa editorial, han logrado una edición modélica en todos los aspectos.

El trabajo, sobre todo al principio, fue muy arduo ya que cuanto sólo era posible trabajar con materiales aún provisionales —las pruebas de imprenta de la edición

latina— que la Sagrada Congregación del Culto puso amablemente a disposición de quienes preparaban esta edición, hecho que exigió la necesidad de revisar nuevamente todo el trabajo comparándolo con los textos latinos corregidos posteriormente. Pero sólo a este precio ha sido posible la realidad de tener esta edición dispuesta al cabo de pocos meses de haberse publicado los primeros volúmenes de la edición latina.

Esta rapidez, no ha significado sin embargo provisionalidad, ni merma de calidad en la obra: *Liturgia de las Horas* presenta, en efecto, una muy cuidada versión de los textos en una bella edición, papel biblia, a dos tintas, que nada tiene que envidiar a las ediciones latinas.

No dudamos en presentar esta edición de "Liturgia de las Horas" en castellano como un acontecimiento de la mayor importancia para la Pastoral litúrgica de los países de lengua castellana de América.

Describamos, aunque sea brevemente, este libro. En cuanto a su contenido, los salmos reproducen la versión oficial, ya habitual desde hace años en los países de

habla castellana. Las oraciones, por lo general, y al parecer de varios técnicos de diversas naciones de habla castellana que las han examinado, presentan una versión muy lograda, superior por lo general a la mayor parte de las traducciones aprobadas "ad interim" hasta el presente. Las lecturas patristicas —uno de los escollos más difíciles de resolver— han logrado una calidad poco común; aunque para algunos textos se hubiera podido recurrir a alguna versión castellana ya existente, para esta edición se ha preferido hacer trabajo nuevo; con ello se ha logrado, sin duda, una claridad de versión mucho mayor que la que presentan la mayoría de versiones castellanas de los Padres. Otra de las dificultades mayores la presentaban los himnos: creemos que este Breviario ha sabido encontrar la mejor de las soluciones: conservar en latín los himnos originales, himnos que podrán usar quienes conozcan esta lengua y añadir un apéndice con himnos de nueva creación que luego la experiencia dirá si tienen suficiente categoría para sustituir definitivamente, en futuras ediciones, a los himnos latinos; aunque casi nos atreveríamos a afirmar que, por lo menos algunos de ellos, merecerían ser incorporados ya definitivamente al cuerpo del libro en sustitución de los latinos. Examinando estos himnos se descubre fácilmente en ellos una doble fuente: algunos son los cantos populares, en uso en casi todas las regiones de lengua castellana y conocidos ya por el pueblo; otros en cambio presentan un conjunto nuevo, mucho más rico en contenido y escrito exclusivamente para este breviario. Este segundo grupo lo constituyen principalmente los himnos de la Hora Intermedia, —tercia, sexta y nona—, de completas y las de los comunes de santos. Nos atreveríamos a afirmar que la calidad de este segundo grupo de himnos, tanto por sus resonancias bíblicas como litúrgicas, consagrará a estos textos litúrgicos como definitivos; por ello estos autores latino-americanos merecen el mayor elogio por este logro tan difícil con el que colocan a sus respectivas naciones a la cabeza de los nuevos himnos litúrgicos para el pueblo.

En cuanto a la presentación material del libro, creemos que se ha logrado el mejor sistema para aplicar al Oficio Divino las posibilidades y orientaciones que

sugiere la nueva Ordenación General de la Liturgia a las Horas. El libro se presenta con un cuerpo central de 1342 páginas, que contiene el Ordinario del Oficio, el Salterio distribuido en cuatro semanas, las Completas, la Salmodia Complementaria y el Común de Santos. Esta es la parte que podríamos llamar fundamental del libro, la que se usará siempre. A ambos lados de las cubiertas unas pequeñas pestañas permiten incorporar por un lado, las semanas del Propio de tiempos y por el otro los meses del Santoral. De esta forma es posible ir renovando siempre que se desee tanto el Leccionario bíblico, como el patrístico; el Leccionario bíblico podrá seguir o bien el curso de un año (Cf. *Inst. gen. de Liturg. Hor.*, n. 153) o bien, sin aumentar el grueso del volumen el mucho más rico de dos años (Cf. *id.*, nn. 146-152), y el Leccionario patrístico podrá ir enriqueciéndose, proponiendo incluso lecturas totalmente nuevas cada año, a tenor de lo que se decide en la *Institutio gen. de Liturgia Horarum*, nn. 161-162, que nunca significarían para el usuario la necesidad de así se deja una puerta abierta a futuros enriquecimientos usar simultáneamente dos libros.

Un último acierto que quisiéramos subrayar en esta edición es el hecho de haber puesto en unos envases móviles los himnos castellanos más comunes: así, al comprometer la edición con textos cuya experimentación pudiera demostrar de menor calidad, será posible usar textos castellanos aunque en el interior del libro aparezcan los himnos en latín. Quizá ésta será también la mejor solución para los himnos de los tiempos fuertes que aparecerán en los fascículos: una pequeña hoja de himnos apropiados para los diversos tiempos acompañados útilmente a cada fascículo de los tiempos fuertes.

En resumen, diríamos, que esta edición, tanto por su presentación editorial, como por la calidad de sus ediciones, y por su presentación de cara al uso litúrgico, es modélica y digna de todo elogio.

*Obra Nacional de la Buena Prensa, A.C., México D.F. y Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano, Bogotá - 1972.



Vitrales, Emplomados y Mosaicos Venecianos Artísticos "De la Canal"

- Vitrales religiosos clásicos y modernos.
- Murales de mosaico veneciano.
- Restauración.

Los mejores precios y la mejor calidad.
J. Jasso 4, Col. Moctezuma 1a. Sección.

Solicítenos presupuesto y convéncenos
México 9, D.F. Tel.: 5-42-6048

Es necesario y urgente presentar el verdadero sentido de la sexualidad en su dimensión humana y cristiana. Teniendo en cuenta los datos de la ciencia y de la fe, se estudia en este libro la sexualidad sobre todo en función de la psicología moderna:

VIDA SEXUAL Y PSICOLOGIA MODERNA

Manuel Vieira

Ejemplar: \$ 15.00 — Dls. 1.35

Indice de EL RESPETO A LA VIDA: ¿Niños monstruos o niños anormales?; ¿Puede acelerarse la muerte?; ¿Puede ser lícito el aborto?; Prudencia en la Cirugía; Toxicomanía, ¿transformar al hombre o educar la voluntad?; La experimentación en el hombre; La imprudencia de los técnicos; Ese solitario que es el hombre; El sentido de la vida; El respeto a la naturaleza.

EL RESPETO A LA VIDA

Dr. Paul Chauchard.

Ejemplar: \$ 28.00 — Dls. 2.50

No se trata de resucitar al paterfamilias. Pero su desaparición, acompañada de la de las culturas tradicionales, nacidas en nuestras aldeas, nos obliga a reinventar la paternidad. ¿Qué es el padre en la actualidad? ¿Cómo debe ser el padre? En esta obra se intenta dar esas respuestas.

SER PADRE EN LA ACTUALIDAD

Varios autores.

Ejemplar: \$ 19.95 — Dls. 1.80

El autor, con la claridad y profundidad que le son habituales, expone en esta obra todo un tratamiento de la timidez, con la esperanza de que su utilidad alcance no sólo a los maestros, padres y educadores, sino al propio tímido deseoso de vencer su timidez.

TIMIDEZ Y ADOLESCENCIA

Jean Lacroix

Ejemplar: \$ 33.00 — Dls. 2.95

José María Guerrero, buen conocedor de la juventud, nos ofrece en esta semblanza una obra de cuyo valor hablan claramente las cuatro ediciones que ha tenido. Es la historia de un destino que puede ser el de muchas jóvenes de nuestro tiempo como la ha sido a lo largo de los siglos: el encuentro con el Ideal supremo.

UNA CHICA SE AVENTURA

J. M. G. del Val.

Ejemplar: \$ 20.50 — Dls. 1.75

Obra Nacional de la Buena Prensa A.C.

Donceles 99-A

Apartado M-2181 México 1, D. F.

Orozco y Berra 180

(A un costado de Omnibus de México)

Nombre: _____

Dirección: _____ Población: _____

☐ Envíenme los libros que marco. Les adjunto. _____ ☐ Envíenme el pedido por Reembolso.

Añada \$ 4.00 para gastos de envío. Para el Extranjero no hay servicio de reembolso.

NUEVO OBISPO DE ZACATECAS

CIRCULAR NUM. 12/72

A TODA LA IGLESIA DIOCESANA.

Quiero comunicarles por medio de ésta, que la fecha de la llegada y Consagración de MONS. RAFAEL MUÑOZ NUÑEZ, será el día 29 de SEPTIEMBRE PROXIMO.

El cambio obedece a un deseo de todos, ya que el día 8 de septiembre, la Iglesia hermana de Morelia, vive el hecho de la toma de posesión de su nuevo Arzobispo. Muchos Obispos y buen número de Sacerdotes estarán allá. Nosotros quisiéramos compartir también nuestro propio acontecimiento con todos nuestros hermanos.

Asimismo deseo hacer una reflexión con todos ustedes sobre el hecho que vivimos en estos momentos: mi propia renuncia. Son muchas las especulaciones y varias las versiones al respecto. Sepamos ver todo en la fe y apoyados en nuestra esperanza. Doy a continuación algunos elementos de juicio

1.- Ha sido una decisión personal mía, con toda mi responsabilidad, mi fe de Obispo y de cristiano.

2.- Cristo me ha hecho su Obispo en la Iglesia Diocesana de Zacatecas. Esta es mi realidad. "Llegué amando a mi Diócesis y la amo" (Carta a S. S. Paulo VI, 1 de enero 1972)

3.- "Tomar una decisión como la presente, no puede ser una huida. ¿He fracasado? A los ojos de la mayoría así seré juzgado, pero yo sé, en la verdad de mi vida, que mi resolución se basa en el amor. Amo a mi Sacerdocio, amo a mi Iglesia Diocesana, amo a la Iglesia del Señor" (Carta a S. S. Paulo VI, 1 de enero de - 72).

4.- "La situación que vivo después de 19 meses haber sido consagrado Obispo me ha hecho reflexionar en serio. Cristo Jesús me ha hecho su Obispo y me ha enviado a su Iglesia de Zacatecas. Mucho me he preguntado en los últimos meses ¿qué quiere de mí como Obispo? Llegué amando a mi Iglesia Diocesana y la sigo amando. He presentado mi renuncia como Obispo de Zacatecas y pedido mi reintegración a la Sociedad de María" (Documento 12 de marzo de 1972).

5.- "La situación de la Iglesia en el mundo, en México, y en Zacatecas me han obligado a reflexionar sobre el hombre y en el Plan de Dios.

EL HOMBRE. Vive una situación de injusticia social, que no puede sino desgarrar el corazón de Dios. Dios no es indiferente a su vida. El hombre es para Dios por el hombre.

EL PLAN DE DIOS. El hombre es hijo de Dios. El único mandamiento es que nos amemos los unos a los otros, como El nos ha amado.

Surge para mí entonces una pregunta que me atormenta. ¿qué hacemos los hombres y los cristianos en este mundo? Y sobre todo, ¿qué hago yo?" (Documento 12 de marzo 12 de 1972)

6.- "¿Qué ha pasado? ¿Por qué le escribo ahora?"

Me parece ver claro lo que ahora Dios quiere de mí" (Carta 12 de marzo 1972)

7. "He visto claro que para estar al frente de esta Iglesia Diocesana se podrá encontrar un hermano, sacerdote u Obispo, que sea capaz, mientras que para el trabajo que me parece urgente realizar, entregando mi vida a la Iglesia de México, se necesita quererlo y sentirlo, como algo propio en lo más íntimo del ser. Le adjunto el Documento para que pueda leerlo y enterarse de lo que pienso" (Carta 12 de marzo 1972).

8. "Busco... Hay que buscar caminos nuevos" (Documento 12 marzo 1972).

9. "No me parece ser una mera ilusión, sino un trabajo serio que me propone Cristo Jesús en mi vida de Obispo, y que concretiza muchas inquietudes de mi vida sacerdotal. Hay una alegría y una serenidad muy grandes en mí en estos momentos. No siendo nada institucionalizado..." (Carta 12 marzo '72).

10. "¿Qué significa mi opción? ¿Cuáles son sus implicaciones?"

"Necesito sea aceptada mi renuncia como Obispo de Zacatecas y ser reintegrado a la Sociedad de María. Ligado a una Diócesis, su administración, su problemática y su estructura actual hacen imposible una acción en el sentido que busco. Es una vocación y un riesgo personal que no puedo imponer a nadie... Desligado de mi Diócesis, necesito del marco y de la vida de la Sociedad de María para sostener mi vida de Obispo-

Sacerdote, de Cristiano" (Documento 12 marzo '72).

Zacatecas me hizo Obispo y aquí he sentido la alegría de ser Obispo. He palpado la realidad que vivimos como cristianos en México. He aprendido a ser un Obispo inconforme, y quiero buscar de verdad la vida nueva en Cristo Jesús. Esta es la razón y el sentido de mi renuncia. Por detrás de todo está el único mandamiento del Señor de amarnos como El nos ha amado.

Hace algunos días, el Santo Padre Paulo VI, decía al mundo: "la alegría y el dolor pueden convivir". Este es precisamente nuestro Misterio Cristiano, Misterio de muerte y de resurrección. Vivimos nosotros en este momento nuestro propio Misterio Cristiano Y debemos seguir viviéndolo. Cristo que es Vida, está presente entre nosotros. Sintamos en este momento la ausencia del pastor y preparemos en la fe el momento de dar una amorosa acogida a nuestro nuevo Obispo, Rafael. No son dos realidades diversas, SINO UNA SOLA: "Sólo hay un Señor, y un solo Padre y Dios".

Nuestra Iglesia Diocesana vive, Y VIVE LA VIDA DEL SEÑOR.

Fraternalmente en Cristo y María

JOSE PABLO ROVALO s.m.,
Antiguo Obispo de Zacatecas y
Vicario Capitular.

Ciudad de Nuestra Señora de los Zacatecas,
1o. agosto 1972

DOS NOVELAS

Es preciso afinar el oído para percibir los ecos de emoción que nuestra conducta despierta en el pecho del prójimo. Esto quiere decir el relato de:

LAS INQUIETUDES DE JUAN LUIS

De Louis Blanchet,

con su prosa íntima, expresiva, portadora de un realismo hondamente humano, evocadora de sentimientos santos y naturales

Ejemplar: \$ 28.50 - Dls. 2.55

NOCHE DE APARECIDOS

De José Luis Martín Vigil

Martín Vigil se lee en español, catalán, alemán, brasileño, francés, inglés, italiano y portugués.

Ejemplar: \$ 49.95 - 4.50

Obra Nacional de la Buena Prensa A.C.

Donceles 99-A

Apartado M-2181
México 1, D. F.

Orozco y Berra 180
(A un costado de
Omnibus de México)

¿LA LITURGIA ACTUAL, OPIO O CONCIENTIZACION?

Dr. Fernando Torre Lóp

I. El pasado:

Es fácil comprobar que la liturgia católica antes de la renovación provocada por el Concilio Vaticano II estaba agudamente desconectada de la historia, problemas y angustias del hombre.

¿A qué se debía tan triste situación?

Había varios factores, que fundidos estrechamente daban un resultado alienante (1). Helos aquí brevemente:

1) La celebración tan sólo aludía a la utopía cristiana en su etapa meta/histórica. Totalmente desvinculada de la etapa histórica del hombre. No se establecía ninguna continuidad entre "el Reino de Dios ya está entre vosotros" (Lc. 17, 21) y el "cielo nuevo y la nueva tierra" anunciados en el Apocalipsis, (21, 1-3).

Por consiguiente el creyente no se veía impulsado a acelerar el proceso ascendente de la historia y la vida terrenal era simplemente un lugar de espera, "una mala noche pasada en una mala posada", —como dijera, poco afortunadamente la gran Teresa de Ávila—, en espera de la mansión definitiva.

2) Lo dicho permite colegir cómo la liturgia, conducía, en la mayoría de los casos, a un palmario individualismo: cada asistente se veía urgido por la primordial preocupación de "salvar su alma al cumplir con el precepto dominical"... en consecuencia "la conciencia se tranquilizaba, pues se había "cumplido" con la "misas de obligación".

Como una consecuencia, quien "practicaba" o "frecuentaba" el templo era bueno y fomentaba "su vida espiritual". Naturalmente se establecía la igualdad culturalista y tan dudosamente evangélica: "a mayor asiduidad al templo, mayor perfección cristiana". Los beatos batían todas las metas alcanzadas.

3) Por tanto no había genuina comunión de creyentes en Cristo Jesús, que anhelaran su fe al ritmo del grupo, sino simple juxtaposición de individualidades que pretendían "arreglar cuentas con Dios". Por lo mismo, era indiferente "escuchar" cualquier Misa, celebrada por cualquier clérigo y no importa qué lugar. Con participación o sin ella, el resultado era infalible, la propia conciencia estaba en paz. Se había cumplido.

4) La sacralización era radical. Producía ruptura, una separación de todo lo profano: el hombre con su vida diaria, de la historia con sus conflictos, del mismo asistente de carne y hueso. Y en cambio introducía al creyente al mundo lo sacro, lo divino, lo eterno, sin lazo de unión con la realidad palpitante. Aquí acude espontáneamente la frase de Marx "los creyentes por pensar en el cielo traicionan la tierra".

5) El sacerdote oficiante se transportaba automáticamente a esa esfera tan lejana de la realidad. Sus reflexiones, desde el altar o la "cátedra del Espíritu Santo", debían mantenerse ajenas de cualquier resabio humano, sociológico, histórico. Cuanto más conceptual, es decir, abstracto y ajeno al mundanal vaivén, fuera su expresión, era más digna de la casa de Dios. Las únicas alusiones a cosas concretas eran justificadas mediante ejemplos de santos o anécdotas de épocas remotas y alejadas de la realidad. El cristiano debía ser como el caballero medieval o el monje recluso en el silencio, austero y artístico convento.

Lo que decía el sacerdote —"otro Cristo en la tierra y sobre todo en el altar"— estaba encima de toda discusión. Había simplemente que acatar su palabra. El bautizado asistente, el laico (el no clérigo) tan sólo tenía que escuchar, no

dar y ejecutar, de acuerdo al modelo forjado en la celebración tan ultraterrena.

6) Y todo lo dicho se realizaba en un clima misterioso donde sólo se escuchaba "la palabra de Dios en la lengua sagrada: el latín". Ininteligible para los asistentes, el acto rayaba en magia. El canto, si lo había, tenía que ser también incomprendible, en latín. Nada que permitiera la participación inteligente del bautizado. La iniciativa del cristiano era nula, todo estaba legislado desde arriba, de una vez para siempre, y debía ser cumplido con rigurosa exactitud, bajo pena hasta de pecado mortal (2).

Si no fuera por la celebración de la historia pensaríamos que esto es un cuento de hace muchos siglos, y, sin embargo, hasta el año de 1962 fue una vivencia cotidiana de todos los cristianos.

Bastó una década para transformar esta patética y, casi se nos antoja, increíble situación. Tan lejos nos sentimos ya de ella. Gracias sean tributadas al Papa Roncalli, quien, con visión admirable, permitió que soplara "viento fresco" y renovador en la Iglesia.

II. El Presente.

La carta magna de la revolución cultural fue la Constitución sobre la Sagrada Liturgia promulgada el 5 de diciembre de 1963 al final del segundo período de sesiones conciliares.

Luego surgió una abundante legislación complementaria, acompañada de tenaces, profícuos y esperados resultados.

Pero entre obra tan ingente y que aparecerá colosal cuando se haga el balance, destaca, por su incalculable proyección futura, un breve documento, titulado: "Instrucción sobre las Misas para grupos particulares", del 15 de mayo de 1969 (3).

Con ella se inicia de manera universal lo que hoy se practica bajo varias fórmulas: "liturgia doméstica", "misas en pequeños grupos", "comunidades de base", o "celebraciones para minicomunidades", etc...

En dichas celebraciones para pequeños grupos todo se entreteje de otra manera (4).

1.- La reunión se realiza en cualquier lugar decente y adecuado para el reducido número de participantes.

2.- Junto a la lectura de la Biblia se escucha una página de algún escritor contemporáneo que hace más palpitante el tema.

3.- El comentario a los textos es abundante, en ocasiones vibrante, pues todos se sienten interpelados por la palabra del Señor y enfrentados al momento actual. Aquí se producen verdaderos cambios de estructuras mentales. Se descubre el frescor del Evangelio.

Frecuentemente quienes se habían apartado del Evangelio comprueban que en él hay más savia y compromiso histórico del que sospechaban. Los cantos de increíble vigor, afirman musicalmente las ideas expuestas.

4.- El sacerdote es un animador del grupo. Abandona su actitud de poder y es un buscador más de las exigencias evangélicas junto con todos los presentes.

5.- Las reglas de oro para la reunión son: llaneza, espontaneidad, autenticidad.

Estas reuniones de cristianos difieren tanto en el modo, en el estilo, aún más, en la intención de las tradicionales "Misas", que preferiblemente se les llama "celebraciones", o bien "eucaristía", o a veces "fracción del pan".

Para dar una idea aproximada del espíritu que reina en las celebraciones, transcribo el Texto de algunos cantos empleados en ellas.

Revelan un modo diferente de pensar, de atender y de vivir el Evangelio (5).

III. Cantos de las Celebraciones.

Los textos de la Misa tradicional eran estereotipados, anodinos y alejados de la vida. Casi exclusivamente apuntaban a lo atemporal.

En las renovadas "celebraciones" los textos transpiran otro aliento vivificante. Son el eco del hombre preocupado por una vida cristiana genuina y un evangelio descarnado y escrito para los valerosos.

Destaca la preocupación por descubrir al Señor en el hermano, por ello "hay que vivir mirando al suelo", a fin de no olvidarlo y sobre todo "mostrarlo con obras"... pues son la medida de lo cierto". El mero título es elocuente: "Mirad al Suelo, no al cielo.

"MIRAD AL SUELO"

Estríbillo.

Mirad al suelo, corred la voz
de que en los hombres está el Señor
pasó ya el tiempo para soñar
llegó ya el tiempo de despertar.

I

Está la libertad encarcelada,
los bienes en poder de pocos dueños;
no basta con rezar mirando al cielo
también hay que vivir mirando al suelo.

II

Hablad menos de Dios, mostradlo en obras,
las obras son medida de lo cierto;
no basta con rezar mirando al cielo,
también hay que vivir mirando al suelo.

III

Dejad en vuestras casas las palabras.
Hablad con el lenguaje de los hechos.
No basta con rezar mirando al cielo
también hay que vivir mirando al suelo.

Otro texto es una nítida exposición del capítulo 25 de S. Mateo donde el Señor habla o vitupera según hayamos actuado con los hermanos, porque lo que hicimos al hombre lo hicimos a Jesús.

La medida del juicio es "tu hermano". Y en esto tanto creyentes como incrédulos, si se desvelan por el hombre, serán galardonados sin tener en cuenta la fe. Y es que claro "nadie puede amar a Dios a quien no ve, si no ama a su hermano a quien ve" (Ia. Jn 4, 20). Cuánta verdad y actualidad palpitante tienen estas estrofas.

"NO ME CONOCEIS"

Estribillo

Con vosotros está
y no le conocéis
con vosotros está
su nombre es "El Señor".

I

Su nombre es el Señor y pasa hambre,
y clama por la boca del hambriento
y muchos que lo ven pasar de largo
acaso por llegar temprano al templo.
Su nombre es el Señor y sed soporta,
y está en quien de justicia está sediento.
y muchos que lo ven pasan de largo,
a veces ocupados en sus rezos.

II

Su nombre es el Señor y está desnudo,
la ausencia del amor hiela sus huesos,
y muchos que lo ven pasan de largo
seguros y al calor de su dinero.
Su nombre es el Señor, y enfermo vive,
y su agonía es la del enfermo,
y muchos que lo saben no hacen caso,
tal vez no frecuentaba mucho el templo.

III

Su nombre es el Señor y está en la cárcel,
está en la soledad de cada preso,
y nadie lo visita y hasta dicen:
"tal vez éste no era de los nuestros".
Su nombre es el Señor: el que sed tiene,
quien pide por la boca del hambriento,
está preso, está enfermo, está desnudo,
pero El nos va a juzgar por todo eso.

Es patente que vivimos en un sub-continente que padece la violencia sostenida por las vigentes instituciones legales, económicas, políticas y aún religiosas.

Urge proclamarla a los cuatro vientos para que sus responsables cesen en su furor.

De lo contrario la revancha será despiadada y sobre todo una necesidad de justicia.

"OTRAS VIOLENCIAS"

Estribillo.

Violencia es una espada de dos filos;
Violencia es provocar la rebelión;
Violencia es mantener a sangre y fuego
el reino de una injusta situación.

I

Violentos son los hombres que se olvidan
de Dios que está presente en los demás.
Violentos los que aplastan la justicia
en nombre de lo que ellos llaman paz.

II

Violentos son los hombres que se callan
por miedo de perder su posición;
Violentos son aquéllos que no escuchan
el grito del que clama en la opresión.

III

Violentos son los hombres que mantienen
al pobre en la ignorancia y sumisión,
violentos son aquéllos que le niegan,
el pan de la cultura y promoción.

IV

Violentos son aquéllos que rechazan
al hombre por su raza o religión,
violentos son los pueblos que fomentan la
guerra entre naciones sin razón.

Ante semejante situación no queda camino sino la LIBERACION. Y conviene que la motivación es profundamente evangélica, no por "ideologías extrañas" como afirman los discursos oficiales o quienes están desposados con el dinero-poder del sistema.

Se dibuja claramente la diferencia entre los caminos fraternales que conducen al Reino de Dios y los rectos que apartan de él. Es un ejemplo entre otros.

"CUANDO VENDRAS, SEÑOR"

Estribillo.

¿Cuándo vendrás, Señor,
cuándo vendrás?
¿Cuándo tendrán los hombres libertad?
(bis)

A) Nos dicen que mañana
y nunca llegas;
nos dicen que ya estás
y no te vemos;
dicen que eres amor
y nos odiamos;

dicen que eres unión
vamos dispersos;
No es tu reino, Señor,
la tierra no es tu reino.

- B) Si nosotros salimos a la vida
partiendo nuestro pan con el hambriento
rompiendo piedra a piedra,
las discordias,
poniendo el bien en todos tus senderos
la tierra empezará, Señor, a ser tu Reino.

II

- A) Nos dicen que vivamos resignados,
nos dicen que Tú al hombre
das consuelo,
mientras tanto la intriga
hace estragos,
mientras tanto el rencor
es nuestro dueño.

No es tu reino, Señor,
la Tierra no es tu Reino.

- B) Si nosotros salimos a la vida
armados de concordia y
sin estruendo
gritando la opresión del oprimido
abriendo nuestra casa al foretero.
la tierra empezará,
Señor, a ser tu Reino.

- A) Cambiaron el sentido
a tus palabras,
al grito de lo urgente
han puesto freno,
de Tí hicieron un Dios
de su medida,
intentaron también
comprar tu cielo,
No es tu reino, Señor,
la Tierra no es tu Reino.

- B) Si nosotros salimos a la vida
viviendo en nuestra carne tu evangelio,
diciendo que es urgente despertarse
que sólo los sinceros ven tu reino,
la Tierra empezará, Señor,
a ser tu Reino.

Y por supuesto campea la seguridad de que
"nosotros venceremos" pues "Cristo venció" ¡Cuán
distinto suena este mensaje pascual! El Espíritu
sopla y no sabemos hasta donde llegará:

"NOSOTROS VENCEREMOS"

Estríbillo.

Nosotros venceremos,
nosotros venceremos,
sobre el odio con amor,
algún día será.
Cristo venció, nosotros venceremos.

I

Y caminaremos, la mano en la mano
alzada la frente hacia el amor,
Cristo es nuestra luz,
Cristo venció,
nosotros venceremos.

II

No tenemos miedo,
no tenemos miedo,
alguien nos espera más allá
de los montes y el mar.
Cristo venció, nosotros venceremos

III

Y seremos libres, y seremos libres,
no tiene cadenas el amor,
viviremos en paz,
Cristo venció,
nosotros venceremos.

Podríamos continuar, pero basta esta selec-
ción para atisbar hacia donde apunta la nueva
liturgia.

IV ¿La liturgia actual opio o Concientización?

Terminada la lectura de estas canciones se
intuye exactamente el título de este artículo.

Tengo para mí que la liturgia puede ser un
factor privilegiado de concientización humana,
social y política. Y me pregunto: ¿lo habrán vis-
lumbrado los obispos cuando aprobaron en 1963
la Constitución Litúrgica del Vaticano II?
Me temo que no, pues estaban sumergidos en un
mundo tan radicalmente distinto.

Ahora comprenderemos la zozobra de cier-
tos círculos derechistas preocupados porque "la
Iglesia hace política", y la "liturgia se ha huma-
nizado". Quizá ahora entendamos por qué los pri-
meros cristianos, que celebran la eucaristía en
forma doméstica, como ahora, eran considerados
sospechosos, pues de tales reuniones salían dis-
puestos a arrostrar el poder imperial, el ejército,
etcétera.

Pero ¡atención! es preciso que estas "cele-
braciones" no caigan en el defecto contrario. Antes
del Concilio la liturgia era angelista, y por tanto
era una ideología alienante. Pero no caigamos en
otra ideología que desvirtuaría la reunión cris-
tiana.

Pero eso sí, enfrentemos a la comunidad al
Evangelio con todas sus exigencias vitales e histó-
ricas. Alguien dirá que será una actividad subver-
siva. Yo diría que el Evangelio seguirá siendo fer-
mento que transformará toda la sociedad.

No nos extrañemos de que los dominadores
del pueblo clamen escandalizados. Si la liturgia se

encarna en la encrucijada histórica tendrá ineludiblemente compromisos actuales. Pues el Reino comienza desde aquí y ahora (6). Y en el Reino no hay división de clases "pues todos vosotros sois hermanos" (Mt. 23, 8), de ahí que se ponga en tela de juicio una sociedad estructurada clásicamente. Y no solamente en la sociedad civil, sino también en el interior de la Iglesia vige el clasismo. Con olvido de que la única superioridad que reconoce el Evangelio es aquella del servicio de lavar los pies, de que "el discípulo no es mayor que su maestro", etc.

Así podemos afirmar que el evangelio es realmente subversivo para la situación establecida considerada como si fuese de derecho natural.

Por ello acepto la vigorosa idea de Bishop. "El mero hecho de desacralizar las formas litúrgicas para hacerlas más apropiadas, casi inevitablemente desacralizará la figura del sacerdote y, eventualmente, de toda autoridad humana. Es aquí donde la Reforma litúrgica se hace más radicalmente subversiva", (o.c.p. 8).

NOTAS.

1.- Este trabajo está inspirado en el artículo de Bishop Jordan. "La liturgia como actividad subversiva" publi-

cado en español por CIDOC, Cuernavaca, 71.02, 183.

- 2.- Un libro profético del s.XIX sobre las urgentes reformas en la Iglesia y que acarrió grandes penas a su autor fue: "Delle Cinque Piaghe della Santa Chiesa" del egregio Antonio Rosmini. El concilio Vaticano II le ha dado la razón a la mayoría de sus planteamientos. Ha sido publicado recientemente en Morcelliana 1966. Es siempre erróneo querer detener el ritmo de la historia. La obra de Rosmini fue inscrita, con gran honor para el autor, en el Índice de los Libros Prohibidos (a.1849) y ahora ¡cuán tardía y elocuentemente! tiene la razón sobre todos sus contemporáneos que declararon, en el poder, sus adversarios y jueces impotentes.
- 3.- Puede encontrarse en la revista Christus, México 1971, pp.826-832.
- 4.- Un libro, precursor de muchas cosas que están ocurriendo en la Iglesia actual, fue "Secularización de la liturgia" de Luis Maldonado, ed. Marova, Madrid, 1966.
- 5.- Los textos han aparecido en "Ritmos del Pueblo y Dios", Secretariado Regional de Pastoral, Guayaquil, Ecuador, 1971, 4a. edición pp. 224. En sólo dos años han aparecido 4 ediciones. Signo del Interés que despertado en el Continente.
- 6.- Las expresiones de Jesús en el diálogo con Pilatos; "mi reino no es de este mundo... mi reino no es de aquí" (Jn 18, 36) no pueden interpretarse solamente en el sentido de que es un reino meta-histórico, sino que TAMPOCO SE RIGE POR LAS LEYES DE ESTE MUNDO y por ello trastoca los valores convencionales, clasistas, acumulativos, de consumo; claro estos no pueden ser valores del Reino del Señor.

EL PORVENIR DEL HOMBRE TEILHARD DE CHARDIN

Un hombre obsesionado por el porvenir del hombre.
Desde 1916 alude a él, y desde entonces aparecen todos sus escritos.

\$ 52.00 Dls. 4.50

El Pensamiento Religioso de Teilhard de Chardin

El hombre más discutido de nuestra época en un ensayo de un gran escritor contemporáneo.

Henrí de Lubac

\$ 49.95 Dls. 4.50

Obra Nacional de la Buena Prensa A.C.

Apartado M-2181
México 1, D. F.

Donceles 99-A

Orozco y Berra 188
(A un costado de)
Omnibus de México

EL OBISPO CABEZA Y GUIA DEL PRESBITERIO

P. Rafael Figueroa

Estas líneas no quieren ser otra cosa que una reflexión sencilla y fraternal, hecha en espíritu de solidaridad y de la búsqueda que nos pide el Concilio Vaticano II. Si este Concilio ha enriquecido enormemente la doctrina eclesial, con el desarrollo fecundo que se ha dado a la colegialidad entre el Papa y los Obispos, también ha puesto los cimientos, aunque fuera de una manera general y menos rica, de la relación más estrecha —colegialidad— entre el Obispo y su Presbiterio, uno de cuyos puntos centrales es la función del Obispo como cabeza y guía del Presbiterio.

DOCTRINA CONCILIAR

Los Obispos, puestos por el Espíritu Santo para apacentar el Pueblo de Dios (Act. 20, 28) y como sucesores de los Apóstoles, deben constituirse en los líderes espirituales que animen e impulsen, en primer lugar, a todos los que con él, en la diócesis, participan de la misión de enseñar, santificar y regir, por la misión confiada por el mismo Cristo, es decir, a los sacerdotes, a todo el presbiterio (L. G. nn. 20, 28): "Así pues, los obispos, junto con los presbíteros y diáconos, recibieron el ministerio de la comunidad para presidir en nombre de Dios sobre la grey, de la que son pastores..."

Los obispos, como sucesores de los Apóstoles, son los responsables de proveer el servicio necesario a la comunidad, por mandato del mismo Cristo (L. G. nn. 24, 25, 28).

La razón profunda de la unión tan estrecha y peculiar que debe reinar entre el Obispo y su Presbiterio es la identidad del sacerdocio ministerial, que es participación del único sacerdocio de Cristo: "Los presbíteros, aunque no tienen la rúbrica del pontificado y dependen de los obispos en el ejercicio de su potestad, están, sin embargo, unidos con ellos en el honor del sacerdocio y, en virtud del sacramento del orden, han sido consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento, a imagen de Cristo, sumo y eterno sacerdote (Cfr. Hebr. 5, 1-10; 7, 24; 9, 11-28), para predicar el evangelio y apacentar a los fieles y para celebrar el culto divino" (L. G. n. 28; P. O. n. 6, 7).

La primacía y la plenitud del sacerdocio, dentro del sacerdocio ministerial, deberá traducirse en

una triple actitud hacia la comunidad diocesana y en particular hacia el presbiterio:

1) ACTITUD DE CARIDAD (C. D. n. 28)

Las relaciones entre el Obispo y los presbíteros tienen que ser manifestaciones del amor de Cristo "Vosotros sois la luz del mundo" "El obispo, por su parte, considere a los sacerdotes, sus cooperadores, como hijos y amigos, a la manera que Cristo a sus discípulos no los llama ya siervos, sino amigos (Io. 15, 15)" (L. G. n. 28; P. O. n. 7).

Por otra parte todos los sacerdotes deben estar unidos entre sí por una íntima fraternidad (L. G. n. 28; P. O., n. 8).

Esta caridad no es sólo del Obispo hacia sus sacerdotes, sino también de los sacerdotes hacia el Obispo (P. O. n. 7).

Ya san Ignacio de Antioquía hablando de esta caridad entre el Obispo y su Presbiterio decía que "el Presbiterio debería estar unido a su Obispo como las cuerdas a la lira".

2) ACTITUD DE SERVICIO (L. G. n. 24).

El ser primero en el orden ministerial y el responsable nato de la comunidad debe traducirse en una primacía de servicio de modo que tanto la autoridad como la obediencia en el sacerdocio ministerial se conviertan en servicio a la comunidad. El ser mayor en autoridad debe corresponderse con el ser "mayor" en el prestar el servicio: "Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos, y los que ejercen autoridad sobre ellos se hacen llamar Bienhechores pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el menor y el que manda como el que sirve. Porque ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve". (Lc. 22, 25-27) "El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida para redención de muchos" (Mt. 20, 28).

Toda la actividad del Obispo se desarrolla en un triple servicio:

- a) Servicio a la palabra de Dios (L. G. n. 25; C. D. n. 12).
- b) Servicio al culto (L. G. n. 26, C. D. n. 15).
- c) Servicio a la comunión fraterna (L. G. n. 27; C. D. n. 16).

Todos estos servicios tendrán que hacerse en

íntima relación con los que por ordenación y misión tienen que prestar también estos mismos servicios a la comunidad eclesial.

Este espíritu de servidor de la comunidad impedirá que el obispo se considere el único responsable del pueblo de Dios encomendado a él. Ser el principal responsable no quiere decir el único. Por lo mismo el obispo no puede monopolizar las funciones y los trabajos de sus sacerdotes, que los realizan no por delegación suya, sino por participar en el mismo sacerdocio de Cristo.

Así como es imposible un presbiterio sin obispo, pues carecería de eficacia y de unidad, asimismo el obispo no puede suprimir el presbiterio o impedir su actuación responsable, sin ir contra la voluntad misma del Señor, pues la Iglesia la forman "el obispo, el presbiterio y la comunidad"; si falta uno de estos elementos ya no es la Iglesia o al menos la Iglesia de Cristo.

La misma actitud de servicio impedirá manejar la Iglesia como una cosa personal. Por la misma naturaleza de la Iglesia, el Presbiterio tendrá que tomar parte en ello de acuerdo con su responsabilidad.

Los sacerdotes son:

a) Cooperadores del orden episcopal. No son, por consiguiente, meros ejecutores pasivos de las órdenes recibidas (L. G. n. 28; C. D. n. 28; P. O. n. 7).

b) Son colaboradores natos del obispo en los ministerios o servicios de enseñar, de santificar y de apacentar la plebe de Dios (P. O. nn. 4, 5, 6, 7).

c) Son copartícipes y corresponsables en el mismo ministerio y misión (P. O. n. 6):

I) Por la exigencia de la comunión eclesial (P. O. n. 7).

II) Por la misión canónica (P. O. n. 7)

III) Por la exigencia de la participación en el mismo y único sacerdocio y ministerio de Cristo (P. O. n. 7).

El principio de subsidiaridad en todo organismo o cuerpo viviente, o en una comunidad humana, exige que cada miembro realice su función o trabajo vital y que no sea la cabeza quien haga todo; de la misma manera el obispo siendo el guía y cabeza del Presbiterio, en cuanto principal responsable de la actividad pastoral, fomentará y alentará la actividad responsable, consciente y personal del presbiterio y de los sacerdotes dirigida a proporcionar un mejor servicio evangélico a la comunidad cristiana.

Por otra parte el dinamismo del ministerio presbiteral es paralelo al dinamismo del ministerio episcopal. Por eso el Obispo deberá procurar la unidad en el colegio presbiteral, pero al mismo tiempo promoverá y aceptará un sano y enrique-

cedor pluralismo teológico, pastoral y administrativo, que responda mejor a las necesidades a las situaciones concretas.

3) ACTITUD DE DIALOGO (P. O. n. 7)

Este diálogo deberá ser constante, permanente, abierto y sincero, Diálogo que aumentará el mutuo conocimiento y el amor de caridad del obispo hacia su presbiterio y viceversa.

Un modo de prolongar la actitud de caridad de servicio es la actitud de diálogo, para ir ejerciendo la propia responsabilidad en el sacerdocio ministerial y así poder lograr un intercambio fecundo y enriquecedor con la aportación de todos los que participan en el sacerdocio ministerial.

El diálogo constante y variado, en todos los órdenes y a todos los niveles promoverá la iniciativa, aumentará la confianza y desarrollará el espíritu sincero y respetuoso de colaboración al servicio entre el obispo y su presbiterio (P. O. n. 7).

El diálogo responsable y maduro termina con las suspicacias, los malos entendidos, la murmuración, la crítica negativa y la falta de sinceridad en las relaciones mutuas entre el obispo y su presbiterio.

Una de las formas concretas y positivas para realizar el diálogo es a través de un Consejo Presbiteral representativo, responsable, libre, maduro y autónomo. Aunque hoy por hoy su papel es sólo consultivo tendrá que desembocar, tarde o temprano, en un papel también decisivo, por la aceptación y consentimiento del mismo obispo, al menos para algunas cosas y en ciertos casos. De otro modo se mantendrá en un perpetuo infantilismo y se entorpecerá su desarrollo y actuación responsables.

Estas actitudes del obispo hacia su presbiterio podrán ayudar a superar la crisis por la que atraviesan las relaciones entre el Obispo y el Presbiterio, cuyos aspectos principales son:

1) CRISIS DE AUTORIDAD Y OBEDIENCIA. Las dos son servicios que se tienen que prestar en orden a construir la comunidad, el pueblo de Dios. La primera se ha considerado como manifestación de poder y la segunda como signo de sujeción y dependencia. Ni la autoridad es una propiedad sobre las personas o las cosas de la Iglesia, ni la obediencia debe ser la negación de la personalidad y de la propia responsabilidad y autonomía.

2) AUSENCIA DEL OBISPO EN LA VIDA DE LOS SACERDOTES. Muchos sacerdotes no saben vivir o viven al margen del obispo, como si el obispo no existiera. El obispo no tiene que compartir la vida de sus sacerdotes y muchos de éstos es un extraño, no un hermano ni un amigo. Las únicas relaciones entre

sacerdotes y el obispo son las que la burocracia exige o el convencionalismo social, pero no hay ni diálogo personal ni acercamiento mutuo.

Los problemas del sacerdote (morales, espirituales y sobre todo económicos) parecen no interesar a los obispos; al menos existe esa impresión. El sacerdote muchas veces no se siente apoyado por su obispo, sino más bien vigilado y fiscalizado.

La dirección de las actividades viene desde arriba y no desde abajo. La base generalmente no se toma en cuenta. No hay interés ni por lo que el sacerdote hace, ni por lo que el obispo dispone y realiza.

3) DESCONFIANZA DE ALGUNOS SACERDOTES o grupos de ellos hacia sus obispos, que muestran una actitud decididamente conservadora, paternalista y de poder. Falta en muchos el "aggiornamento" en las ideas, en la pastoral y en la vida. En algunos de los obispos todavía se nota una actitud triunfalista y de satisfacción, que impide cualquier cambio y cualquier movimiento de renovación. No basta renovar el culto, la liturgia, lo exterior. Es necesario renovar la mente, el corazón y el espíritu. Muchos sacerdotes ven en sus obispos una actitud servil y de temor hacia la Santa Sede y todo lo que con ella se relaciona, en lugar de manifestar una actitud de respeto pero también de madurez y responsabilidad propias y personales.

Muchos sacerdotes ni siquiera leen o toman en serio las directivas de sus obispos, pues no representan ningún estímulo a la renovación y a la actualización. Hay cansancio de las reformas desde arriba.

4) Muchos sacerdotes ven en sus obispos todavía al Señor, al que manda, al que hay que obedecer. Se les teme, pero no se les quiere. Se sobrellevan mutuamente, pero no hay comunión espiritual, ni mucho menos unión fraternal.

Quiénes rodean y están cerca del obispo muchas veces son los que defienden intereses personales, pero no son ni los más celosos, ni los más renovados o comprometidos.

5) Muchos sacerdotes quisieran ver en sus obispos a los verdaderos líderes religiosos que impulsen a su comunidad a la renovación y al compromiso. Quisieran ver al profeta que anuncie la buena nueva a tiempo y a destiempo y que denuncie los sistemas de opresión y esclavitud, con absoluta libertad y sin compromisos con personas o cosas que coarten su libertad de palabra o de acción. El silencio prudencial hoy no dice nada a los sacerdotes, más bien a veces se juzga complicitad. Hay cansancio y desaliento al ver que muchos obispos no hablan cuando debieran hacerlo.

Se desea ver en el obispo al gran liturgo que hace viva, actual y vivencial la celebración eucarística. Muchos quisieran ver en el Obispo al pastor "que sabe dar la vida por sus ovejas", que se compromete el primero en la lucha por la verdad ("la verdad os hará libres"), por la justicia ("quien obra la justicia es justo, como Dios es justo"), y por el amor ("aquel tiene mayor amor que da la vida por sus amigos"), y no simples administradores o funcionarios burocráticos de las cosas eclesiológicas.

Se quisiera ver mayor convivencia de los obispos con los pobres, los desheredados, los marginados, al menos más que con los poderosos, los ricos, los influyentes; más con los comprometidos y los que luchan por construir una humanidad más libre y más justa y con los que trabajan por la promoción auténtica del hombre, que con los instalados y satisfechos que tachan de subversivos y sospechosos a quienes, descontentos del "orden establecido" buscan un cambio profundo y radical del hombre y de las estructuras en pos del hombre nuevo que la Escritura nos presenta. Su ejemplo más que sus palabras, moverán a sus Presbíteros a hacer lo mismo. El obispo será auténticamente la cabeza y el guía que impulse, aliente, sostenga y anime a todo el colegio presbiteral.

Cuernavaca, Mor.

P. Rafael Figueroa.

BIBLIOGRAFIA SOBRE EL TEMA

- 1) CORECCO EUGENIO: "El obispo cabeza de la Iglesia local", Concilium, n. 38, 1968, pp. 243-258.
 - 2) B. DUPUY: "¿Hay distinción dogmática entre la función presbiteral y la episcopal?", Concilium, n. 34 1968, pp. 81-94.
 - 3) G. D'ERCOLE: "Los colegios presbiterales en los orígenes de la Iglesia", Concilium, n. 17, 1966, pp. 360-374.
 - 4) R. FIGUEROA: "Ensayo teológico-canónico-pastoral sobre el consejo presbiteral. Iglesia, Presbiterio y consejo presbiteral", Christus, n. 398, enero de 1969, pp. 50-65.
 - 5) C. FLORISTAN Y M. USEROS: "Teología de la Acción Pastoral", Madrid, 1968, pp. 478-524.
 - 6) S. GALILEA: "Peligros actuales en el catolicismo latinoamericano", Christus, n. 398, enero de 1969, pp. 38-47.
 - 7) T. GARCIA BARBERENA: "Colegialidad en el plano diocesano" el presbiterio accidental, Concilium, n. 8, 1965, pp. 19-33.
 - 8) N. LOPEZ MARTINEZ: "La distinción entre obispo y presbíteros", XXII Semana Española de Teología, Madrid, 1963.
 - 9) J. PASCHER: "El Obispo y el Presbiterio", Concilium, n. 2, 1965, pp. 25-31.
- S I G L A S :
- L.G. = "Lumen Gentium". Constitución dogmática sobre la Iglesia.
- C.D. = "Christus Dominus". Decreto sobre el oficio pastoral de los obispos.
- P.O. = "Presbyterorum Ordinis". Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros.

Reflexiones en Torno a la Urgencia del Proceso de Evangelización

Comisión Episcopal de Pastoral de Conjunto

José Melgoza Obispo de Ciudad Valdez

I. FE Y CONVERSION

1. Base histórica: El Señor envía a sus apóstoles a predicar sus enseñanzas: (su vida y su doctrina) ya hacer discípulos: cristianos.

La respuesta será la fe.

"Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt. 28, 18-20)

Confía el Señor toda una empresa: La única empresa de salvación, ya que no hay otro Salvador fuera de Jesús. Así habla Pablo al Maestro: "Señor, ¿dónde, a quién vamos a ir? Tú tienes palabra de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn. 6, 68-69). "Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos" (Hch. 4, 12).

Una salvación: la de la Pascua del Señor Jesús. "Esta obra de la redención... Cristo la realizó principalmente por el misterio pascual de su bien-

aventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión" (C.S. 5).

Así, mientras los judíos piden señales y griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuera Dios y sabiduría de Dios" (1a. Cor. 1, 22-24).

La fe en Jesús Salvador es el primer objeto de la predicación apostólica. No simplemente fe, sino esta fe concreta, vinculada a una misión que implica renunciarse a una condición de mundo. Pedro hace una exposición sucinta de los acontecimientos pascuales. Los oyentes preguntan: "¿Qué hemos de hacer, hermanos?" (Hch. 13, 26). Pedro contesta sin titubeos: "Convertíos y cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch. 2, 38). "Arrepentíos, pues, y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados" (Hch. 3, 19).

El resultado de la predicación apostólica es gráficamente descrito en los hechos de los Apóstoles: Una vida caracterizada por la alegría y la esperanza en la resurrección y fundación de la resurrección del Señor Jesús.

La oración y la lectura de la divina palabra son el fuego que alimenta su fe y la "fracción del pan" es la celebración de la misma.

La caridad que inspira y acrecienta la celebración eucarística se cristaliza en una vida comunitaria tan singular que provoca admiración y estima en su favor.

"Acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderó de todos, pues los Apóstoles realizaban muchos prodigios y señales.

Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, repartían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo" (Hch. 2, 42-46).

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos sitúa frente a una fe que no es simple adhesión de la mente. Es un nuevo estilo de vida, una vida según Cristo. Aquellos cristianos realmente se han convertido al Señor Jesús. Viven en un medio judío y pagano; pero la fisonomía de su vida es todo un testimonio de amor entre hermanos como signo del amor de Cristo muerto y resucitado.

Aquellos cristianos tienen conciencias de su compromiso con Cristo, por cuyo amor renuncian a sus bienes para hacer frente a las necesidades de los pobres, de los huérfanos, de las viudas. Se consideran asimismo obligados a ser instrumentos de la salvación: cada cristiano es un apóstol.

Cristiano es sinónimo de seguidor de Cristo, testigo de su amor, mensajero de su salvación, hermano entre los hermanos. Las comunidades cristianas son la expresión obligada del amor de Dios, encarnado en el corazón de sus hijos.

Misión actual.

La Iglesia hoy tiene exactamente la misma misión conferida por Cristo a sus Apóstoles. La Iglesia lleva dos milenios de vida y experiencia. Su organización responde a su natural crecimiento. Sus inquietudes, fruto de fidelidad, se han actualizado. Es la Iglesia del siglo veinte. Pero su misión no ha cambiado. La actividad pastoral sigue teniendo un primer objetivo: la conversión que coincide con la fe-respuesta o sea la fe-compromiso, libre, consciente y explícito con Cristo-Salvador. La fe revelada a través de la vida configurada a la vida de Cristo, debe construir hoy, al igual que ayer, la fundamental preocupación de la pastoral.

3. Criterio.

La Iglesia ha entrado en un período de auto-enjuiciamiento. No se pueden evitar las desviaciones si no se tienen criterios de juicio.

Dado que el primer objetivo es la fe cristiana, el juicio sobre la fe es punto de partida y base para el juicio sobre la actitud que hoy se realiza.

No son las estadísticas, números, lo que ha de importarnos. Es el estilo de vida de los cristianos. Su conformidad o no con el Evangelio.

Ya no se puede detectar directamente. El termómetro de la fe es la vida.

La confrontación de la vida con el Evangelio nos hará los elementos de juicio sobre la fe.

4. Revisión

Debemos revisar la fe de nuestro pueblo. Para los apóstoles hubiera sido muy cómoda la predicación del Evangelio en el Imperio Romano con el sólo hecho de aceptar la condición jurídica o sea presentando el cristianismo como una religión y un culto entre los cultos paganos permitidos por la ley.

Ellos descartaron la vía fácil por su incompatibilidad con la fe auténtica en el único Dios-Salvador.

No puede satisfacernos, a nivel de conciencia, la afirmación optimista sobre "la gran fe de nuestro pueblo".

La fidelidad a la misión confiada obliga a revisar la vida de nuestros cristianos y de nuestras comunidades para concluir sobre la situación real de la fe. No basta saber o comprobar que "hay fe", sin averiguar con profundidad, serenidad y objetividad, la calidad de esa fe.

No somos simples observadores de lo que pasa, ni guardianes o fomentadores de la fe sin calificativo.

La misión incluye esencialmente nuestra instrumentalidad en orden a suscitar (por la palabra), a celebrar en la liturgia santificadora y a testimoniar a través de la caridad comunitaria la auténtica fe en Cristo-Salvador, muerto y resucitado. Nos importa saber cómo viven nuestros cristianos.

5. Interrogantes.

Pueden ser útiles estas pistas de sondeo para lograr un material objetivo de reflexión y valoración.

Conviene articular las respuestas a fin de tener una visión panorámica y precisa frente a la cual convendría preguntar: ¿A qué obedece esta situación? ¿Qué falta (realidad, énfasis, modalidades) en las tareas pastorales?

1. El distintivo de los que creen en Jesús es la caridad, no en fórmulas, sino en verdad, revelada en obras.
"Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad" (1a. Jn. 3, 18).
¿Qué comprobamos sobre la calidad en la vivencia del amor a Dios manifestado forzosamente en la persona de nuestros semejantes?
"Si alguno dice: "Amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso" (1a. Jn. 4, 20).
2. ¿Cómo se comportan nuestros cristianos frente al materialismo que nos invade?
"Cada seglar debe ser ante el mundo, testigo de la resurrección y de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, y señal del Dios verdadero" (L. G. 38).
3. Item frente al pansexua'ismo.
4. Item frente a la creciente pérdida de la delicadeza moral.
5. ¿Cuál es la actitud del cristiano frente a las exigencias de justicia?
"Todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos" (G.S. 12).
"...el género humano puede y debe no sólo perfeccionar su dominio sobre las cosas creadas, orden político, económico y social que esté más al servicio del hombre y permita a cada uno y a cada grupo afirmar y cultivar su propia dignidad" (G.S. 9).
"Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria, y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir" (G.S. 4).
Al cristiano corresponde estructurar los asuntos temporales de acuerdo con la justicia. "A ellos corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales... de tal manera, que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo" (L. G. 31; A.A. 7).
Que no se "brinde como ofrenda de caridad lo que ya se debe por título de justicia" (A.A. 8).
6. ¿Qué lugar ocupan en la vida de los cristianos los valores trascendentes?
La gracia, la oración, la inquietud por la santificación, la esperanza de la resurrección y de la glorificación en el reino del Padre. El estudio por un mejor conocimiento de Dios.
7. Calidad y proporción en el compromiso apostólico.
"El pueblo santo de Dios participa también del don profético de Cristo, difundiendo su vivo testimonio sobre todo por la vida de fe y de caridad" (L. G. 12).
El apostolado "no consiste sólo en el testimonio de la vida; el verdadero apostolado busca las ocasiones de anunciar a Cristo con la palabra, ya a los no creyentes para llevarlos a la fe, ya a los fieles para instruirlos, confirmarlos a una vida más fervorosa" (A. A. 6).
"...los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el Bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen, por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo" (L. G. 31).
"El apostolado de los laicos es la participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, a cuyo apostolado todos están llamados por el mismo Señor en razón del Bautismo de la Confirmación" (L. G. 33).
8. Interés real por la participación litúrgica.
"...la liturgia es la cumbre a la cual tiende toda la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza" (S. C. 10).
Todo bautizado participa del sacerdocio de Cristo, (sacerdocio bautismal o universal) por la virtud de tal participación "...todos los miembros de Cristo... han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva... asisten a la eucaristía de la Eucaristía y lo ejercen en la recepción de los Sacramentos, en la oración, y acción de gracias, con el testimonio de una vida marcada por la abnegación y caridad operante" (L. G. 10).
9. Si podemos hablar de conciencia e interés activo por vivir de acuerdo con las exigencias comunitarias de la Iglesia.
"Quiso... el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sino sí, sino construir un pueblo que le comulgara en la verdad y le sirviera santamente" (L. G. 9).
10. Actitud frente al problema de las vocaciones.
"El deber de fomentar las vocaciones pertenece a toda la comunidad de los fieles, que debe procurarlas, ante todo, con una vitalidad plenamente cristiana" (Opt. T. E. No. 2).
11. ¿Qué podemos comprobar en relación al deber misional?
"Todos los fieles, como miembros de Cristo vivo... tienen el deber de cooperar a la expansión y di'atación de su cuerpo para llegar cuanto antes a su plenitud" (A.D.G. 36).
"La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza" (A.D.G. 2).

TEOLOGIA DE LA FE.

Origen.

La fe viene de Dios en forma de don gratuito, a la vez, invitación que solicita respuesta. La fe no se hereda. Se heredan y transmiten ambientes y condiciones favorables o adversos a la fe.

Dios llama a Abraham, éste acepta el llamamiento, cree en Dios y se entrega a seguir sus indicaciones. La fe de Abraham será ejemplo para todos los creyentes (Gen. 12; Rom. 4, 3).

La fe abre las puertas de la salvación. "El que nazca de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Jn. 3, 5).

La salvación es de iniciativa divina: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que El nos amó y nos envió a su Hijo" (1a. Jn. 4, 10) "...El nos amó primero" (1a. Jn. 4, 19).

El Bautismo es el "Sacramento de la fe", porque abre a la vida divina al integrar al bautizado al Cuerpo místico de Cristo. La asfixia por el agua y muerte con Cristo y resurrección con El. "Señalados con El en el Bautismo, con El también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que os resucitó de entre los muertos" (Col. 2, 12).

El bautizado recibe el don de la fe, un don seminal que deberá ser cultivado con miras a la germinación, desarrollo y adultez.

En la totalidad de los casos, con muy raras excepciones, en nuestros medios el bautizado es un niño, sin capacidad actual de tomar decisiones. Sus padres, entendiendo que la fe es un bien absoluto, hacen la determinación en nombre de su hijo. Se trata de una opción, por su naturaleza irrevocable; pero que corre el riesgo de la rectificación al tenerla del conocimiento de quien deberá ratificar la decisión paterna formulada en su nombre y amor.

El bautizado ya tiene fe, en su fase don gratuito. Ya está incorporado a Cristo, ya entró por la puerta de la salvación, ya es Hijo de Dios, tiene a Cristo por hermano y es coheredero de los bienes que el Padre ha preparado para cuantos le aman.

La respuesta.

El que te hizo sin tí, no te puede salvar sin tí: pensamiento teológico de San Agustín. Nada hay en el proceso de salvación que opere mecánicamente. Toda intervención de Dios está condicionada por la respuesta del hombre. Dios, que hizo al hombre libre por exigencias de la propia naturaleza humana, se atiene a esta condición.

La salvación es gratuita, iniciativa divina.

"Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos a cau-

sa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo, —por gracia habéis sido salvados— y con El nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros, la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús" (Efes. 2, 4-8).

La participación efectiva en la empresa de salvación implica la decisión personal. Dios Padre salva en la persona de su Hijo; mas no impone la salvación. En formas múltiples y misteriosas invita a todos y a cada uno de los hombres a participar y a colaborar libremente en calidad de signos e instrumentos de su amor salvífico.

Un día, frente a la fuente bautismal, los padres del bautizado pidieron la fe para su hijo. Al adquirir éste, la capacidad actual para tomar decisiones, deberá ratificar con una respuesta libre y consciente, la petición paterna. Tal ratificación es la respuesta personal al don de la fe con todas sus implicaciones.

3. Implicaciones de la fe.

Decíamos que la fe no es el simple asentamiento de la mente, ni la sola aceptación intelectual de un conjunto de verdades. La fe, como respuesta al don-invitación de Dios, está situada en la compleja existencialidad del hombre. La vida del hombre en todas sus dimensiones queda comprometida con Cristo-Salvador.

La fe es aceptación de Cristo: vida y enseñanzas como único Salvador. Es aceptar también su salvación "...los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado... un Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (1a. Cor. 1, 22-24).

La aceptación lleva consigo la determinación de configurar la propia vida según el modelo que es Cristo.

"Os digo, pues, esto y os conjuro en el Señor, que no viváis ya como viven los gentiles, según la vaciedad de su mensaje sumergido su pensamiento en las tinieblas y excluidos de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la dureza de su cabeza, los cuales habiendo perdido el sentido moral, se entregaron al libertinaje hasta practicar con desenfreno toda suerte de impureza. Pero no es este el Cristo que vosotros habéis aprendido, si es que habéis oído hablar de él y en él habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús, a despojaros, en cuanto a vuestra vida interior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, a renovar el espíritu de vuestra mente, y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad" (Efes. 4, 17-24).

La fe nos lleva a un combate que dura toda la vida. Nadie puede verse libre de él. La victoria es condición para recibir la corona.

Es profundo y de gran densidad el siguiente texto paulino que resume uno de los aspectos serios y delicados de las implicaciones de la fe. "Por lo demás, dice el Apóstol, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de las armas de Dios para poder resistir las asechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas. Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneos firmes.

¡En pie!, pues; ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la paz, embrazando siempre el escudo de la fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercendiendo por todos los santos" (Efes. 6, 10-18).

La aceptación responsable, por lo tanto libre y personal de la fe, equivale a una entrega absoluta acompañada de una determinación concreta de modificar profundamente la vida hasta lograr que adquiera, en la realidad de actitudes, reacciones, comportamientos, opciones y direcciones, la fisonomía derivada de una auténtica búsqueda y seguimiento de Cristo.

La fe-compromiso, no implica impecabilidad porque no cambia las radicales limitaciones de la naturaleza humana. No excluye la posibilidad de infidelidades. La conciencia del compromiso, en dinamismo progresivo va imprimiendo gran delicadeza y sensibilidad, Voluntad de fidelidad y repugnancia deliberada respecto de cualquier conducta menos compatible con los requerimientos del Evangelio.

La vigilancia frente a los peligros y la inquietud por un mayor afianzamiento al amor del Señor, son exigencias de la respuesta. Exigencias que se vuelven actuales y progresivas, en la medida que son más continuas las respuestas a las gracias del Señor, que no deja de alimentar a los que aceptan permanecer en Él, al modo como el tronco rugoso de la vid, hace llegar la savia vivificante hasta los débiles y tiernos sarmientos (Jn. 15, 1-4).

OTROS SE HAN OCUPADO DE ESTOS PROBLEMAS ANTES DE NOSOTROS

- La conducta que hay que adoptar con respecto a lo SOBRENATURAL
- La manera de comportarse con respecto a UNO MISMO
- El modo de comportarse con respecto a las COSAS
- La forma de comportarse con respecto a LOS DEMÁS

G. BATTISTA GUZZETTI, Prof. de Moral de la Pontificia facultad de Teología de Milán, no lo desconoce y tras un esbozo Histórico propone sus puntos de vista y soluciones.

El Hombre ante Dios: Dios Si existe \$ 49.95 Dls. 4.50

El Hombre y los demás Hombres: Hay otros poseedores de la Naturaleza Humana. \$ 89.00 Dls. 8.00

Obra Nacional de la Buena Prensa A.C.

Donceles 99-A

Apartado M-2181
México 1, D. F.

Orozco y Berra 180
(A un costado de
Omnibus de México)